

en Clave Ψ a

Nº 15
Monográfico
Los Rostros de
la
Masculinidad
Julio 2020



En Clave Psicoanalítica

Revista digital de  AECPPNA

ISSN 2659-6938

Dirección y Coordinación:

Iluminada Sánchez García
Freya Escarfullery

En Clave Psicoanalítica no se hace responsable de los puntos de vista y afirmaciones sostenidas por los autores de los trabajos.

MASCULINIDADES...

... en el Ciclo de Sábados de Aecpna. En esta ocasión nuestros encuentros se han centrado en un tema que gira sobre el tapete de la actualidad social.

El lugar de la mujer no puede hacer movimientos sin incidir en el del hombre. Identidades sexuales que se construyen y entrelazan en planos que convergen y divergen. ¿Se puede definir qué es ser hombre o ser mujer? ¿Qué es la masculinidad? ¿Qué es la virilidad? Igualdades y diferencias: ¿qué articulaciones identitarias masculinas afloran en esta actualidad cargada de nuevos retos para hombres y mujeres?

Presentamos con gran satisfacción, en este número monográfico la exposición de siete interesantes y experimentados psicoanalistas, sobre la temática que hemos focalizado.

Los cuatro primeros artículos pertenecen a las charlas-coloquio habidas en el Ciclo de Sábados de Aecpna de este curso.

Los otros tres trabajos muestran los enfoques de otros tres psicoanalistas de marcado prestigio profesional que se nos han unido, colaborando con el enriquecimiento de este número temático.

A todos ellos hacemos llegar, desde aquí, nuestro afectuoso agradecimiento.

Que lo disfruten y Feliz Verano.

.

ψψψψψψψψψψ

- Twitter: @psicoanalitica_
- Facebook: www.facebook.com/escuelapsicoanalitica
- Instagram: @aecpna
- LinkedIn: AECPPNA-Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes
- En nuestra web: www.escuelapsicoanalitica.com

Tel.: 91.770.21.92

ÍNDICE

1	ACTIVIDADES PERMANENTES DE AECPPA	5
2	CICLO DE SÁBADOS: LOS ROSTROS DE LA MASCULINIDAD	6
2.1	VISICITUDES CONTEMPORÁNEAS DE LA VIRILIDAD* POR GUSTAVO DESSAL**	6
2.2	SEXO, SEXUACIÓN Y GÉNERO: EL NO-TODO MASCULINO** POR RODRIGO BILBAO**	20
2.3	MASCULINIDAD PERVERSA Y FAGOCITACIÓN DE LA MUJER: CASO CLÍNICO.* POR TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ**	32
2.4	LA MIRADA FEMENINA A LOS ROSTROS DE LOS HOMBRES DE HOY*. POR FRANCISCA CARRASCO**	55
3	SUMANDO APORTACIONES	67
3.1	MASCULINIZACIÓN* DE LAS MUJERES / FEMINIZACIÓN**DE LOS HOMBRES, ¿VIDAS CRUZADAS? POR LOLA LÓPEZ MONDÉJAR***	67
3.2	NI NEURÓTICOS NI PSICÓTICOS: SOLTEROS. EL FIN DE LA MASCULINIDAD EN EL SIGLO XXI. POR LUCIANO LUTEREAU*	81
4	CINE Y PSICOANÁLISIS	87
4.1	DEL SER AL HACER... PARA VOLVER A SER. POR DANIEL O. ANTAR* Y MELINA RIGONI**	87

1 ACTIVIDADES PERMANENTES DE AECPNA

- Posgrado en Psicoanálisis con Niños, Adolescentes y Padres.
- Opciones de formación: postgrado de 3 años; cursos independientes y complementarios (3 itinerarios) que, en su totalidad, conforman el postgrado, y asignaturas independientes.
- Sesiones Clínicas (entrada libre)
- Seminarios
- Conferencias
- Mesas Redondas
- Actividades gratuitas para socios
- **Ciclos:** Cada año bajo un tema monográfico.
- **Revista:** Nace con el propósito de acercarnos a otros profesionales y público en general interesado en el psicoanálisis.
- **Cine fórum:** Dentro del marco formativo de la Asociación Escuela, se realizan encuentros para la reflexión – desde una óptica psicoanalítica - sobre la infancia y la adolescencia a través de la narración cinematográfica.
- **Biblioteca Paula Mas:** Disponemos de un fondo bibliográfico de temas afines a la formación que imparte la Escuela, al que pueden tener acceso alumnos, profesores y socios. Damos las gracias a todos los que, a lo largo de los años, han hecho crecer el fondo con sus donaciones. Muchos han sido los donantes, y, de esas aportaciones, las más recientes han sido las de Susana Kahane y las de las bibliotecas personales de Bernardo Arensburg y Soledad Paris, donadas por sus familiares.
- **Centro Hans.** Red de profesionales para la investigación y atención psicoterapéutica de niños, adolescentes y padres. Colaboran: Nieves Pérez Adrados, Carmen de la Torre, Marlene García, Marian Rosales, Elena Traissac y Celia Bartolomé. Coordina Nieves Pérez Adrados
- **Paideia:** Es una asociación para la atención del menor en situación de riesgo, que ha implementado un dispositivo para la atención psicoterapéutica a menores, iniciado bajo la supervisión de Francisca Carrasco, y la colaboración con **AECPNA**. Los alumnos y socios de **AECPNA**, según su formación, podrán acceder a colaborar bajo supervisión. Actualmente están supervisados por Freya Escarfullery y Marjorie Gutiérrez y la coordinación de Nuria Sánchez-Grande.
- **Colaboración entre Instituciones:** **AECPNA** organiza dos jornadas anuales, una con **AMPP** y **ACIPPIA** y otra con **IEPPM** y **AMPP**. Son jornadas teórico clínicas que abordan temas de actualidad.

Para más información y actualización de todas las actividades, visite nuestra página

Web www.escuelapsicoanalitica.com, y redes    

Si desea recibir periódicamente información sobre estas actividades u otras, enviar un e-mail con el nombre y la dirección de correo electrónico a: info@escuelapsicoanalitica.com

2 CICLO DE SÁBADOS: LOS ROSTROS DE LA MASCULINIDAD

- **Gustavo Dessal:** “Vicisitudes Contemporáneas de la Virilidad”
- **Rodrigo Bilbao:** “Sexo, Sexuación y Género: El No-todo Masculino”
- **Teresa Sánchez Sánchez:** “Masculinidad Perversa y Fagocitación de la Mujer: Caso Clínico”
- **Francisca Carrasco:** “La Mirada Femenina a los Rostros de los Hombres de Hoy”

2.1 VISICITUDES CONTEMPORÁNEAS DE LA VIRILIDAD* POR GUSTAVO DESSAL**

Agradezco a los miembros, socios y autoridades de Aecpna y también a todos ustedes, que han venido para escucharme por primera vez aquí. Hablar de la virilidad implica hablar de muchos temas, puesto que efectivamente es imposible hablar de los hombres sin hablar al mismo tiempo de las mujeres, de lo masculino sin hablar de lo femenino.

Hoy nos parece muy evidente que el psicoanálisis está comprometido en las transformaciones sociales, políticas, históricas, pero es importante recordarles que en la historia del movimiento psicoanalítico esto no siempre ha sido así. Que los psicoanalistas abran una ventana más allá del espacio de la experiencia clínica privada e íntima, es algo relativamente nuevo, diría que en buena medida ha sido Lacan quien con su teoría de los discursos afirmó la necesidad de prestar atención a lo que él denominaba “*el horizonte de la época*”, manteniendo al mismo tiempo el marco que es específico al psicoanálisis, es decir, cómo prestar atención a lo que sucede en nuestro mundo sin confundirnos con la sociología, lo cual no significa que no tengamos por supuesto un respeto a la

dignidad de esa disciplina. ¿Cómo mantener nuestro marco, nuestro rigor, sin perder de vista que efectivamente el psicoanálisis se ocupa de, podríamos decir, dos dimensiones que pesan constantemente en la constitución de la subjetividad? Esas dos dimensiones se refieren a lo que cambia a lo largo de la historia, y a aquello que se mantiene constante, sin sufrir cambio alguno.

Hay cosas que efectivamente no cambian. Pero hay otras que sí cambian, y debemos prestar atención a cómo se transforman los semblantes y su dinámica, a los cambios en las estructuras familiares, las modificaciones en lo que se piensa respecto del género, del sexo, etc., todo eso tiene una incidencia. Debemos preguntarnos hasta qué punto llega esa incidencia, y hasta qué punto esas transformaciones históricas tocan o no lo que es la estructura más íntima de la subjetividad, es decir, nuestras definiciones más clásicas de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y que el significante es la causa del goce.

La dificultad para abordar las vicisitudes contemporáneas de la virilidad, no es un tema nuevo, es un tema que ya tiene su tiempo.

Voy a situar un punto de inflexión que tomo del seminario cuatro, "*Las relaciones de objeto*", donde Lacan, a propósito de estudiar el caso Juanito, dedica una serie de páginas en un momento del seminario a reflexionar sobre la masculinidad, sobre la virilidad. Y lo hace citando a quien había sido para él uno de sus grandes maestros, Alexandre Kojève, un filósofo refugiado en Francia en los años 50, un referente muy importante para Lacan. Fue considerado uno de los expertos más grandes en la obra de Hegel. Kojève, en un artículo que se titula "*El último mundo nuevo*", escrito en 1954, estudia una novela que en esos momentos había hecho furor en Francia, la novela "*Bonjour Tristesse*" de Françoise Sagan, donde hay una escena en la que la autora traza como una suerte de imagen caricaturesca de los hombres. Kojève toma ese capítulo de la novela lanzar una afirmación muy fuerte: ya no quedan hombres.

Lacan aplica eso al caso de Juanito, porque si bien considera que el niño ha alcanzado desde el punto de vista identificador el acceso a la heterosexualidad, él lo denomina que se trata de una masculinidad no legítima. A juicio de Lacan, La posición viril de Juanito padecía algunas dificultades en su estabilidad, pese a en su vida adulta, había hecho una elección que podríamos llamar heterosexual normativa.

Hay que tener también en cuenta que estamos hablando de los años 50, que el seminario de Lacan tiene un contexto y que Lacan también era un hombre de su época, es decir, que estas cosas también fueron variando, pero en ese momento esta observación me parece que es importante porque Lacan sitúa que después de la Segunda Guerra Mundial

se produce un cambio en la modalidad del ejercicio de la masculinidad y él lo dice de una manera muy irónica y humorística, "*los hombres de hoy en día* (se refiere a los hombres posteriores a la Segunda Guerra Mundial) *se están acostumbrando a que sean las mujeres las les bajen los pantalones*". Somos testigos de un fenómeno que se manifiesta de múltiples formas, pero que validan esa profecía o esa visión que Françoise Sagan tuvo y que Lacan retomó. La masculinidad es algo que va desapareciendo, o se va transformando en otra cosa. Hay otros modos de ejercer la masculinidad, pero esa pasivización es algo que hoy en día vamos comprobando. Por ejemplo, en el hecho de que las mujeres en todas partes del mundo se preguntan dónde están los hombres.

Basta una observación tan elemental como salir un sábado a la noche y ver lo que ocurre en los restaurantes, en las calles: bandadas de mujeres solas, que antes salían para reunirse con otra bandada de hombres. Hoy en día las vemos divirtiéndose entre ellas en los restaurantes, asistiendo a los eventos culturales, y por supuesto ya no hablemos de que son mayoría en casi todas las carreras universitarias, y eso ocurre en casi todos los países del mundo.

Estaba leyendo un estudio muy interesante al respecto. Las mujeres ya son mayoría en casi todas las universidades y todas las carreras en prácticamente todos los países del mundo. La proporción de mujeres que culminan la carrera universitaria es mayor que la de los hombres. Otro estudio que, realizado sobre la población gitana de nuestro país, muestra que hay cosas que están empezando a cambiar. Por primera vez empiezan a aparecer universitarios en la etnia gitana, pero, mejor dicho, universitarias. Las primeras personas universitarias de etnia gitana que están culminando su carrera y entran a ejercerlas en el mercado laboral, son mujeres.

Es decir, una de las transformaciones más importantes que ha ocurrido en la sociedad contemporánea, es este extraordinario cambio, que comienza a reparar esta deuda histórica que el mundo tenía con las mujeres.

Ana Isabel hacía una pregunta, cómo de una niña castrada se fabrica una mujer, y cómo de un niño fálico se fabrica un hombre. Bueno, por supuesto es un proceso sumamente complejo, pero no hay ninguna duda de que, en la actualidad, el proceso de fabricación de un hombre depende muchísimo de las mujeres.

Hace poco he publicado una pequeña nota sobre *el gran mito de Jeff Bezos*, el creador de Amazon. Todo el mundo cree que el invento surgió enteramente de su cabeza, y claro que es un tipo genial. Pero ahora se sabe el papel que su mujer tuvo en la creación de esa empresa, un papel que actuó casi siempre en la sombra porque como muchas veces ha ocurrido en la historia, ella le cedió el papel protagónico. Ahora que se han divorciado, los biógrafos están sacando a la luz el rol que ella ha tenido en la creación de ese imperio.

Mujeres de toda condición en afirmar que los hombres parecen haberse batido en retirada. Ellos todavía conservan una alta cuota de poder en la esfera fundamentalmente política y empresarial, pero eso es cuestión de pocas décadas, eso también va a cambiar y las mujeres también van a empezar a dominar esos terrenos que durante muchos siglos fueron patrimonio masculino.

Es decir, que si ustedes tienen presente *las fórmulas de la sexuación* que Lacan planteó, del lado llamado “el lado de la izquierda”, el lado macho de las fórmulas, donde se pueden inscribir sujetos con independencia del género biológico al que pertenezcan, se puede estar del lado masculino con independencia del sexo, y del lado derecho están las fórmulas de la posición femenina en donde se pueden inscribir sujetos que no necesariamente son mujeres del punto de

vista biológico. Si tienen en cuenta esos dos campos, durante muchos años, los psicoanalistas lacanianos por lo tendíamos a comprender el lado de la posición femenina, como algo que se deducía de la posición masculina. A medida que van transcurriendo los años, Lacan va desarrollando nuevos conceptos, y el mundo nos obliga a arrojar una mirada distinta sobre muchos fenómenos, nos damos cuenta que la falta de un universal femenino, (que es una de las tesis centrales de Lacan, ese famoso aforismo de que “*la mujer no existe, existen las mujeres, una por una*”), tiene consecuencias sobre la posición masculina.

También debemos tener presente que todos estos cambios históricos en el papel de la mujer, no solo produce conflictos en las relaciones entre los sujetos, entre los grupos sociales, sino que en la intimidad misma de cada mujer hay algo que aparece de un modo conflictivo, es decir que hay algo que a ellas mismas las divide. Muchas veces las escuchamos decir que ser modernas es una cosa tremendamente agotadora, que a lo mejor no es tan seguro que lo que han podido conquistar históricamente resulte ser una ventaja. Es algo sobre lo que muchas bromea, pero sabemos que hay una relación entre chiste y el inconsciente. ¿Vivimos mejor nosotras que nuestras abuelas o nuestras madres?, se preguntan algunas. Habernos liberado del yugo que asimilaba nuestra condición femenina a la función de esposa y madre, ¿nos ha traído una mayor satisfacción?

La cuestión no es entrar a debatir si la condición actual de las mujeres es mejor que la anterior o no, no es ese punto al que quiero ir. Lo importante para el psicoanálisis es ese resto que cae de las transformaciones de los discursos, eso siempre se precipita bajo la forma del síntoma. Todo aquello que aparece en el plano de la autorrealización personal, de las conquistas sociales, etc., no necesariamente se asocia con una armonía en el campo de la economía libi-

dinal de una mujer. Lo que cada vez resulta más evidente es que todo lo que históricamente han conquistado no anula la dimensión del síntoma, es decir, que el malestar se sostiene, el malestar subsiste, porque en la condición del sujeto hay un malestar que no depende de los cambios sociales, es decir, que mejorar nuestras condiciones sociales por supuesto que trae una serie de beneficios, pero que observamos que en sociedades tan evolucionadas, donde tantas cosas se prevén, por ejemplo las sociedades nórdicas donde las cosas están tan previstas, tan cubiertas, tan pensadas, tan garantizadas, no es tan seguro de que la gente sea más feliz que los que viven en Haití. No estoy comparando esas sociedades, por supuesto, sino que quiero señalar que hay un malestar que es transversal, y que está más allá del entorno social, cultural, económico.

No está demostrado que los avances y las conquistas sociales logren eliminar los impasses en la relación con el deseo y con el goce. Freud ya lo dice en *"El malestar en la cultura"*, "el placer no está asegurado en el programa de la civilización", hay algo que nosotros reconocemos más allá del principio del placer, algo que se impone, que se precipita, que sedimenta, más allá de todas las transformaciones históricas, incluyendo aquellas en las que reconocemos un progreso para la humanidad. Es por ese motivo que porque el psicoanálisis tiene al respecto una posición que puede sonar un poco chocante, pero Lacan afirma en su seminario sobre la ética: el psicoanálisis es antiprogresista.

¿Y esto que quiere decir? Que el psicoanálisis no cree en la idea de progreso promovida por Ilustración. Por supuesto, se reconoce como una consecuencia del Siglo de las Luces y no habríamos podido ni imaginar la existencia del discurso analítico sin el nacimiento de la

ciencia moderna, pero lo que el psicoanálisis viene a mostrar -a diferencia de lo que vemos en la historia de la ciencia- es que no hay progreso en el plano de la subjetividad. Puede haberlo en materia de avances técnicos, de mejoras en la salud, la educación, etc., pero hay algunos de elementos de la condición humana que no cambian. Cuando se descubrieron los horrores de la Shoah, todos se volcaron a repetir aquello de "nunca más". Pero lo que más se repite es precisamente eso que se promete no volver a repetir.

Hay una cuestión que creo que es importante señalar respecto las mujeres en la actualidad, incluso en aquellas que han logrado un cierto grado de satisfacción con el lugar que ocupan, que han sabido articular un equilibrio entre sus ideales profesionales, culturales, afectivos, sentimentales, que han podido tomar decisiones importantes, como por ejemplo elegir libremente la maternidad o no, que han comprendido que eso ya no es un deber ni una obligación que les corresponde por su presunta condición femenina.

Pero ustedes son practicantes del psicoanálisis, saben que esto lo escuchamos en la clínica, que hay una división interna, un interrogante, un cierto malestar que las mujeres experimentan en relación a estos nuevos cambios y se empiezan a preguntar qué lo que está pasando en el campo masculino, si acaso eso tiene que ver con las transformaciones producidas en el terreno de lo femenino. Un ejemplo: una mujer dedicó todo el tiempo de su sesión a expresar una doble queja, por una parte, la indignación que le produce cuando va por la calle y algún hombre le lanza un piropo, y acto seguido la queja continua de que tiene la impresión de que su marido cada vez está más desinteresado en el sexo con ella. Evidentemente, ella no establece ninguna conexión entre una afirmación y la otra, pero más allá de lo

que podamos pensar desde el punto de vista de la singularidad de este ejemplo, los hombres son cada vez más censurados por practicar la masculinidad al tiempo que se les reprocha el no querer ejercerla. Es decir, están siendo sometidos a ese doble mensaje, se les acusa de que por su condición de hombre ya son tóxicos, y al mismo tiempo se les reprocha no ser suficientemente viriles, no querer comprometerse en el ejercicio de la masculinidad.

Está claro que lo que está en juego es el imperativo de crear un semblante nuevo de masculinidad, un modo diferente de jugar el juego de los sexos, al mismo tiempo de que quienes se inscriben del lado macho de las fórmulas de la sexualización están sometidos al lecho de Procasto que los matemas demuestran: ¿cómo salirse de las condiciones impuestas al varón por la estructura del fantasma?

Hace poco escribí sobre el ascenso impresionante e imaginable para nosotros los españoles de este nuevo partido Vox. Es la primera vez que un partido político aprovecha un nicho de mercado que tanto la derecha como la izquierda habían desatendido: la cuestión del goce. Emplear un discurso que alcance el punto del goce conmovió de alguna manera las consciencias sociales y políticas como ningún otro discurso lo ha hecho hasta ahora. En este momento hay toda una población sensible a escuchar a un profeta que promete venir al rescate de los hombres pisoteados por la historia contemporánea.

Es muy importante que nosotros pensemos en estas cuestiones porque la incidencia no afecta solamente a la clínica. El retroceso en el campo masculino genera inhibiciones, imposibilidades en el compromiso, dificultades en el ejercicio de la paternidad, pero también respuestas terribles, de violencia, monstruosidades como esta designada con el significante “manada”. Lacan observó que cada vez que un significante se echa a rodar por el mundo, eso produce efectos

imparables. Alguien inventó el término, o no sé si fueron ellos primeros los que se llamaron “la manada”, y ese significante ha dado vueltas por el mundo entero y entre los efectos están los de identificación y de contagio que los significantes producen.

Con independencia de que el feminismo tiene una larga historia, ahora nuevas corrientes comienzan a comprender y a realzar el valor y la importancia que el psicoanálisis ha tenido en la transformación y condición de las mujeres, porque al principio Freud era como el enemigo o el demonio para las primeras corrientes feministas, mientras que y hoy en día -especialmente en los Estados Unidos- hay corrientes feministas que no solamente abrevan en la teoría freudiana sino fundamentalmente en los estudios culturales sobre Lacan. Estados Unidos es el país que más páginas publica sobre el psicoanálisis lacaniano en el mundo, en el marco del discurso universitario.

Así como la clínica psicoanalítica es relativamente escasa en los Estados Unidos, sin embargo el interés que hay en las Universidades, sobre todo en las carreras de historia, economía, sociología, literatura etc., los llamados estudios culturales lacanianos por van en un aumento exponencial.

Por supuesto que el psicoanálisis ha contribuido a la legítima renovación del papel que las mujeres han ido conquistando. Con independencia de que Freud fuera un hombre de su época, hay que tener en cuenta algunos datos importantes. En primer lugar, la sociedad psicoanalítica fundada por Freud fue la primera asociación científica que permitió la entrada de mujeres sin ninguna clase de condicionamientos ni restricciones, y en segundo lugar desde un principio las mujeres ocuparon la cabeza directiva de ese movimiento ¿Cuántos años tuvieron que pasar para que en una corporación económica existiese algo equivalente a una Melanie Klein, que encabezó toda

una escuela mundial? Es algo que el feminismo tardó en reconocer, pero tuvo que admitir.

Hablo del feminismo por lo siguiente, porque más allá de la polémica interna, hay muchas corrientes dentro del feminismo, hay por ejemplo corrientes que están peleadas entre sí, como siempre surge en cualquier movimiento académico e intelectual, pero lo cierto es que más allá de todas esas diferencias, por supuesto que el feminismo les ha aportado a las mujeres en el mundo entero, incluso en aquellos lugares en donde se tenían que reunir clandestinamente, como en los países islámicos, todo ese discurso les ha proporcionado a las mujeres un soporte, algo que les ha estimulado o ayudado a sentirse amparadas en su reivindicaciones, es decir, las mujeres han tenido que luchar en algunos lugares poniendo verdaderamente el cuerpo, y ese discurso, insisto, más allá de todas sus diferencias, les ha dado un respaldo, las ha ido acompañando, les ha permitido generar entre ellas una comunicación a nivel global, les ha permitido sentirse respaldadas, apoyadas y crear una solidaridad internacional en sus reivindicaciones.

Nada de esto ha sucedido en el campo masculino. Los hombres en ese sentido han quedado completamente desasistidos, no ha habido estudios específicos sobre la masculinidad, y ahora con todo lo que está ocurriendo empiezan a haberlos, pero es algo que apenas acaba de comenzar. ¿Qué es lo que le pasa a los hombres?

Toda la vida, el enigma siempre cayó del lado de la femineidad, y es así como Freud se refiere a la femineidad, *El continente negro*, *El corazón oscuro*, *El enigma*, ¿*En qué consiste la esencia femenina?*, y Lacan ha mostrado que no hay ninguna esencia femenina. La negación del universal femineidad es un

modo de sostener que no hay una esencia femenina. Los psicoanalistas habíamos perdido un poco la visión y quizás porque no estamos libres de tener nuestros propios prejuicios y fantasmas, creíamos que en el plano de lo masculino las cosas estaban muy claras, pero ahora nos damos cuenta que la pregunta “¿Qué quiere una mujer?”, tan difícil de resolver y para la que Freud confesó que no tenía respuesta, tiene su correlato en el otro lado: ¿Qué quiere un hombre? Tampoco la respuesta es muy clara. Los hombres también presentan enigmas tan difíciles de resolver o que necesitan formulaciones y conceptos que ni el psicoanálisis ni los estudios culturales han sabido proporcionar.

El sentimiento de desamparo que muchos hombres experimentan proviene de muchos factores, pero uno de los más importantes es: “Y a nosotros, ¿quién nos defiende?”, “¿Quién nos protege de esto?” Porque no todo el mundo se identifica con los agresores, ni con los violadores, también hay hombres que todas las mañanas se levantan, van a trabajar, cuidan de su pareja, de sus hijos, y sin embargo es verdad que se ha extendido la idea de que hay algo intrínsecamente maligno o demoníaco en la masculinidad, y esa es una desprotección ontológica que muchos hombres experimentan en la actualidad frente al cual las reacciones son múltiples y distintas, “*Nuevos rostros*”, como dice el título de esta conferencia; hay rostros de inhibición, de retroceso y también está todo lo contrario, los rostros de furia, de crueldad, de sadismo, etc., rostros que reivindican la masculinidad a través de los valores más siniestros o más nefastos que se han asociado a veces simbólicamente a lo largo de la historia.

Pero quiero señalar que todo este cambio tiene que ver con la lenta disolución del patriarcado, que no es algo nuevo, a

veces tendemos a creer que el patriarcado es algo que se empezó a desmoronarse en los últimos años, pero esto ya lleva muchos siglos, lo que pasa es que el proceso ha sido muy lento y muy gradual y ahora es cuando empezamos a notar los primeros signos.

Todos los sujetos, cualquiera sea la posición en la que se encuentren, son sujetos del discurso en el que viven. Por lo tanto, el patriarcado ha ejercido una crueldad y una tremenda desigualdad en muchos aspectos, pero los hombres no han salido victoriosos de ese discurso. Es bajo el régimen del patriarcado donde cientos de millones de hombres perecieron en los campos de batalla. Creer que bajo el patriarcado los hombres gozaban de mejores condiciones respecto de las mujeres es un error. El hecho de que tuviesen más poder no significó que no pagasen un terrible precio por ese privilegio. Han sufrido y siguen sufriendo en sus carnes la brutalidad de ese régimen. Los hombres viven menos años que las mujeres, y no por razones biológicas.

Para el psicoanálisis es fundamental distinguir entre patriarcado y la figura del padre. El padre es otra cosa, no es lo mismo que patriarcado, el padre es algo que el psicoanálisis descubre como una función, una función que tiene un propósito muy determinado. Si lo planteamos desde el punto de vista edípico, el padre tiene la función de producir un efecto de corte en la posición fálica que el niño o niña tiene respecto del deseo de la madre. Esa sería como la caracterización más clásica.

Para Lacan, el padre es una función que permite producir un efecto de abrochamiento entre dos planos que parecen naturalmente conectados pero que no lo están: el plano del significante y el plano del significado.

La psicosis es un ejemplo interesante, porque cuando debido a la forclusión del Nombre del Padre no se produce este

efecto de abrochamiento, los significados empiezan a deslizarse por debajo de la cadena significante y eso es lo que inaugura el desencadenamiento de un delirio.

Pero el padre como función, y Lacan va deslizándose hacia eso, puede ser sostenido por figuras alternativas, o incluso ni siquiera ser un sujeto. La teoría final de Lacan respecto del síntoma, es que puede suplir la función del padre. El padre es en definitiva un rasgo del Otro, y que puede encontrarse incluso en padres deficitarios. La efectividad de la función paterna a veces se puede producir a partir de personas, de padres en el sentido más simple del término, que tienen un papel bastante nefasto en la vida de una persona, y sin embargo, a pesar de ese papel nefasto el sujeto nos trae un elemento, un recuerdo, una evocación, un significante que nos muestra que ese padre nefasto ha logrado transmitir la significación fálica. Entonces, por eso es importante tratar de “des-psicologizar” lo que entendemos por madre, así como lo que decimos cuando hablamos de la función paterna.

Volviendo a la cuestión del sistema patriarcal, es verdad que no podemos negar la importancia que tiene que su progresivo desmantelamiento en tanto ideología. Una ideología es una estructura narrativa que tiene la posibilidad de alcanzar un grado de colectivización importante y que tiene como función principal, más allá de los contenidos manifiestos, que es la de introducir una forma de regulación del goce, como corresponde al discurso del amo clásico, un discurso que le dio un lugar más o menos preciso a cada sexo, aseguró una serie de vías institucionales y ritualizadas, además, para perpetuar uno de los fundamentos estructurales de la cultura: cómo se vinculan los hombres con las mujeres.

Hemos pasado de la estructura familiar de clanes, formada por muchos integrantes, a la moderna familia nuclear de la pareja parental y los hijos. Hoy en día

existen hay modelos familiares alternativos, como las familias monoparentales o las constituidas por una pareja homosexual. Siguen siendo una minoría, pero es cada vez más poderosa, puesto que una de las características de nuestra época es que las minorías comienzan a cobrar un protagonismo y una capacidad de presión cada vez mayor, y es importante tenerlo en cuenta. Es decir, que el número ya no cuenta de la misma manera. Ahora lo que cuenta es la capacidad que tiene una minoría para imponer su mensaje y producir una demanda generalmente legítima, donde lo que se pide es que el Otro la reconozca y la sancione simbólicamente.

Gracias a eso, hay mujeres que son generales del ejército, y yo lo respeto mucho. Cuando era joven, hice todo lo posible para evitar el servicio militar y no lo conseguí. Por lo tanto me resulta muy curioso que las mujeres quieran ser generales, pero es una decisión de ellas. Hoy en día las voces minoritarias tienen una repercusión y ejercen una presión en lo político muy importante. Los políticos en la actualidad no solamente se interesan por saber qué es lo que dice el pueblo, en el sentido global del término. Quieren saber qué dicen esas pequeñas minorías, porque han comprendido que esas pequeñas minorías tienen una presencia cada vez más importante. Tanto el feminismo como los psicoanalistas, así como las mujeres en general, no deberían perder de vista que el discurso capitalista tiene la propiedad de convertir todo en una mercancía, y que la promoción de lo femenino, de los valores de la feminidad, la promoción del lugar de las mujeres en la sociedad, puede convertirse en una mercancía, es decir, que no tenemos que ser tan ingenuos de pensar que estamos avanzando y progresando. Por supuesto, hay un nivel donde eso es absolutamente indiscutible, y celebro que la Guardia Civil pueda ser dirigida por una mujer, no sé si el resultado final es mejor o peor que cuando

la dirige, un hombre, no tengo ni idea, pero hablando como ciudadano y no como psicoanalista, eso me parece una verdadera conquista. No obstante, todo eso se puede servirle muy bien al sistema.

No vayamos a creer que el Orgullo Gay se ha impuesto solamente a base de un reconocimiento simbólico de la lucha histórica ¿Porque los partidos de derecha no han prohibido el desfile del Orgullo Gay en ninguna ciudad? Porque eso genera una economía brutal, vende muchísimo, y el movimiento gay ejerce una influencia importantísima en la política y en la intención de voto. Es lo que se llama el capitalismo emocional, que es un capitalismo que se apoya fundamentalmente en las emociones, y esas emociones están vinculadas a modalidades de goce.

Los suecos fueron los primeros en comprender que era fundamental el reconocimiento del movimiento gay. Un grupo de empresarios se dio cuenta del potencial económico de ese colectivo. Treinta años atrás, el movimiento gay estaba en sus inicios, es decir, no se había llegado aún a la reivindicación de la paternidad. Las parejas homosexuales de clase social más o menos media, que no tenían hijos, con buenos ingresos, gustos en general refinados y que se podían permitir gastar bastante dinero. Entonces hubo una firma que fue pionera, la primera empresa a la que se le ocurrió inventar un producto dedicado a ese target en particular. Una firma que fabricaba cocinas y que hizo un estudio de mercado para ofrecerles unos modelos especialmente adaptados a los gustos de las parejas homosexuales.

Eso tuvo un éxito impresionante, y a partir de ese momento, cuando alguien vio que había un mercado especial para vender cocinas pensó que si los homosexuales compran cocinas, tal vez existan un montón de otras cosas que se les

pueda vender. Es la perversidad que tiene el discurso capitalista, el hecho de que todo se puede mercantilizar. Se pueden mercantilizar los valores femeninos, se pueden mercantilizar incluso todo lo que las redes sociales están ahora promoviendo en el plano de las luchas sociales.

En el plano de los efectos de la práctica clínica y de la experiencia social sobre el sufrimiento que padecen las mujeres en su relación con los hombres, es importante que también pongamos un foco en la problemática de la virilidad. Porque esta virilidad por fin cuestionada tiene varias respuestas. Cuando el sujeto se siente acorralado, responde de maneras distintas. He mencionado algunas, pero me estoy olvidando de una que es muy importante: la dimensión suicida. No me refiero solo al hecho de que no son infrecuentes los casos de hombres que se suicidan tras matar a su pareja. También está el suicidio inconsciente. El cuestionamiento de la virilidad en un momento tan delicado como el de la adolescencia, puede generar serias inhibiciones en el abordaje del otro sexo, favorecer a veces pasajes al acto hacia conductas homosexuales que tienen que ver con la angustia y la dificultad para resolver la aproximación a lo femenino. Ante este cuestionamiento de la masculinidad o de las insignias viriles, vemos surgir un fenómeno nuevo que es el heroísmo tánático, es decir, los jovencitos que hacen las cosas más idiotas que se les puede ocurrir, tales como colgarse de una mano de la azotea de un rascacielos y hacerse un selfie. La acción heroica que termina en un pasaje de acto suicida también forma parte de los síntomas y también podemos decir que es uno de los rostros de la masculinidad.

Demos paso a escuchar cómo piensan ustedes este tema o como lo aprecian desde el punto de vista de la perspectiva social en vuestra práctica clínica.

Pregunta: Me quedo con una reflexión que hace ruido desde hace tiempo que es, para hablar de la masculinidad en

psicoanálisis partimos siempre de los referentes femeninos, y cuando dijo que la falta de un universal sobre lo femenino, tiene consecuencias sobre la masculinidad o en la posición masculina, me preguntaba, ¿Cuáles son esas consecuencias? ¿Estamos hablando de una masculinidad construida no solo en oposición a lo femenino sino con temor a ella?

Gustavo Dessal: por el hecho de que su sexualidad está enteramente tomada en la lógica del falo, el hombre solamente puede abordar del goce solo aquello que puede ser contabilizado, localizado, situado y representado. Eso es lo que al hombre le permite constituirse como un universal, lo que le da al carácter de universalidad a lo masculino. En esa posición podemos inscribir también un sujeto biológicamente mujer, como es el caso de la histeria, lo cual no le impide hacer todo lo que más o menos uno imagina que hace una mujer.

La ausencia de un universal femenino determina que las mujeres no se rijan enteramente por la medida del falo, y esa parte de su goce no tomada por la lógica fálica es lo enigmático tanto para el hombre como para la propia mujer. Lacan se interesó más por el goce femenino que por la pregunta sobre el deseo de ellas. La cuestión del famoso “punto G”, fue un efecto del fantasma masculino, que trató de darle una representación y fundamentalmente una localización a esa parte del goce de la mujer que no se localiza en ninguna zona erógena. El punto G es un fantasma masculino que muchas mujeres adoptaron, porque para la mujer su propio goce también es algo extraño, por eso cuando Lacan dice que “una mujer es otra para sí misma”, lo que quiere señalar es que hay un punto que se refiere al goce sexual con el cual la mujer no se identifica, lo experimenta a veces como una extrañeza, como algo que la desborda, que la excede, que no puede ponerle palabras, por eso Lacan dice que se trata de algo tan complejo que esta fuera del inconsciente, que en el incons-

ciente de la mujer no hay algo que permita representar eso otro. El punto G fue un invento fantástico, para que muchos hombres pensaran, bueno es cuestión de afanarse en ello y hurgar, porque en algún lugar seguro que está la zona que responde al goce que se nos escapa. Todo eso sigue prosperando porque las revistas femeninas, los canales de YouTube, etc., explican a las mujeres cómo encontrar distintas formas de satisfacción.

Lo interesante es que si uno se pone a indagar va a ver lo siguiente, hay canales de transexualidad donde jóvenes explican a otros jóvenes cómo asumir ese proceso y en qué consiste, las dificultades que se van a encontrar, etc.; hay canales donde se habla del mundo gay, de LGTBI y todas sus variantes posibles, pero es curioso y estuve investigando sobre el asunto, que no existan cursos para hombres heterosexuales, cursos para perfeccionar la heterosexualidad y enseñar a manejarse con la nueva realidad femenina. En ese sentido los hombres se han quedado un poco rezagados, hay una especie de perplejidad histórica frente a esa carencia del universal femenino. Hay una respuesta a nivel del uno por uno y es de lo que nos ocupamos, pero también es evidente que hay una perplejidad, que uno de los rostros de la masculinidad de hoy es la perplejidad ante el no-saber. No saber cómo actuar. Hay una periodista que escribió una frase extraordinaria *El mundo contemporáneo actual no quiere comprender que si pretendemos eliminar por completo un cierto grado de tensión libidinal entre los hombres y las mujeres, entonces tendremos que prepararnos para la evolución de un mundo en donde el sexo va a dejar de existir*. Es fundamental distinguir la violencia y esa “tensión” libidinal. Si eso desaparece, y nos volvemos todos sexualmente neutros, ¿qué va a ocurrir? ¿Queremos que eso suceda?

Pregunta: Respecto a lo que acabas de decir de los foros de hombres, y retomando lo que has dicho del capitalismo. Los laboratorios y la hipermedicación de la vida cotidiana, ya se han ocupado en los foros de hombres de decir qué pastillas tomar. “La pastilla azul” podría ser un rostro de la masculinidad. Me interesaba también retomar un tema que dijiste respecto a la función del padre como corte, a la que recalcaste y agregas, el padre como el dador del sentido de la vida.

Me interesa destacar una escuela donde trabajamos con niños y adolescentes, porque lo que nos estamos encontrando es que ese corte que debe darse, ese “*no puedes venir a la cama de papa y mama*”, “*no puedes elegir los horarios*”, ese “*no*” que ejerce la función de corte y que da igual si lo ejerce la madre o el padre, esa función de corte, en la sociedad actual no se está dando. En la sociedad actual, “su majestad el bebé de 1914” pasó a ser “su dictador el bebé”, el niño emperador que decide y manda y tiene anulada la función de corte del padre porque el padre tiene miedo que le deje de querer, entre otras muchas cosas. O nos podríamos cuestionar entre todos, ¿qué está ocurriendo con la función de corte que no se puede dar?

Tú dices que después en la clínica, realmente muchos de nosotros nos asombramos cuando incluso escuchamos las historias de esos niños y después no nos encontramos con niños psicóticos, entonces es que algo de la función paterna llegó, vete a saber por dónde, posiblemente por el abuelito o el Guardia Civil de la esquina, muy posiblemente por figuras de identificación secundarias que muchas veces se encuentran en la escuela o en la vida cotidiana pero no en el seno de la familia, que como bien dices, está desapareciendo tanto que tendríamos que incluso repensar el formulamiento lacaniano de que el padre va a

ser el corte, porque el padre también está desapareciendo como figura de la masculinidad, si es al que le vamos dar la función de corte.

Lo que sí nos tendríamos que plantear desde el psicoanálisis, ¿cómo vamos a volver a ejercer esa función de corte? Porque lo que nos estamos encontrando es que ya están siendo padres aquella primera generación que no tuvo corte alguno, es decir, hijos de adolescentes.

Gustavo Dessal: Este comentario es todo un tema y merecería otra reunión. El padre como donador es una cuestión muy importante porque tiene que poder transmitir algo que sitúe al sujeto, que le dé una cierta orientación en relación al goce.

Más que el sentido de la vida, la función paterna, cuando funciona, le otorga a un sujeto un cierto abrochamiento al sentimiento de la vida, porque el sentido de la vida pueden ser muchas cosas, pero en la base de la constitución subjetiva lo que importa es captar si se ha producido en un tiempo originario un enganche al sentimiento de la vida, es decir, si el sujeto está del lado del Eros o del lado de Tánatos.

Me parece que esa es una de las funciones del padre. Ahora bien, asistimos a una serie de cambios sociales donde cada vez se vuelve más problemático la cuestión del corte. Creo que esta cuestión está problematizada y la juntaría con toda la complejidad entorno al estatuto simbólico de la ley, que también se degrada cada vez más, es decir, de la misma manera que los hombres en su calidad de sujetos sexuados están desorientados, los padres también están tremendamente desorientados, efectivamente “su majestad él bebe” es ahora el dictador y el niño se convierte en el superyó de los padres. Freud dice que las mujeres tienen miedo a perder el amor del superyó, y los padres tienen miedo de perder el amor de sus hijos. Antes los hijos tenían miedo de perder

el amor de los padres. Es evidente que ahora los hijos encarnan el súper yo.

El saber tradicional sobre la parentalidad ha quedado completamente destituido. Ahora los padres no suelen recurrir al saber de sus propios padres. Eso cada vez se pierde más. Antes las madres eran el sujeto supuesto de saber de las mujeres en materia de niños, ahora las mujeres jóvenes prefieren consultar con Google y no con sus madres, es decir, que aquí la incidencia en todos los registros de la vida del discurso tecnocientífico tiene una importancia crucial, porque si hay un espacio en donde podemos apreciar la progresiva disolución de la función del corte es en el discurso científico-técnico, y cuando digo esto me refiero al hecho de que la técnica va progresivamente colonizando el espacio científico, la ciencia cada vez va quedando más relegada al movimiento de la técnica, que es extraordinariamente veloz, mientras que la ciencia es una cosa muy lenta.

El dominio técnico va evolucionando en la dirección de una progresiva denegación de la función del corte, si entendemos por corte el hecho de que hay cosas que son imposibles, que axiomáticamente no se pueden. La técnica parte en cambio de una postura completamente distinta, es decir, lo que hoy es imposible lo es simplemente por circunstancias temporales, por lo tanto, hay algo que promueve la dificultad del corte es vivir en un mundo donde todo el tiempo se nos envían mensaje que desmienten la existencia del corte. Por ejemplo la promesa de eternidad. La muerte va desapareciendo como aquello que todo el mundo al menos podía reconocer en tanto función de corte, porque ya se nos está anunciando que la vida va a prolongarse indefinidamente.

P: Quería preguntar de que, si estás informado con lo que está ocurriendo con esta desmentida del corte, la desmentida del goce sexual, en el sentido de que, si bien la feminidad y la masculinidad son construcciones muy complejas

como bien has dicho, pero ¿por qué motivo, y yo no tengo la hipótesis, hay este furor de desmentir la diferencia? No sé si la técnica o la ciencia contribuyen a ello, y esto tiene ver con una anécdota de hace muchos años atrás, cuando yo estaba colaborando en una revista que se llama “*Ser padres*” y una empresa de leche maternizada contactó (porque se paga mucho por la publicidad en estas revistas) con una fotografía donde aparecía un muchacho con el torso desnudo y un bebé en brazos al que le estaba dando un biberón de leche maternizada y decía “*nosotros también podemos amamantar*”. Se armó un lío en el consejo editorial porque decíamos, bueno era caro lo que pagaban y convenía a la revista, pero por otro lado estábamos apoyando una desmentida y una renegación muy grande, y esto se ve en el ambiente, se ve y se palpa como algo que no se quiere elaborar.

Gustavo Dessal: Por una parte, se ha producido una distorsión al confundir la igualdad social, jurídica, salarial, etc., de los hombres y las mujeres, totalmente indiscutible, con la uniformización en el plano de las diferencias en cuanto a la sexuación. No es lo mismo lo que sucede en plano del sujeto como ser social, que como sujeto del inconsciente. Hay un interés del mercado en anular la diferencia, porque se trata de vender un mismo producto a la mayor cantidad de personas.

En esta anulación de la diferencia, hay un cuento de Borges que se llama “*Utopía de un hombre cansado*” y la primera frase del cuento dice así, “*No hay dos cerros iguales, sin embargo, la llanura es una y la misma en todas partes*”. En esa frase está el desarrollo de toda la reflexión que Borges hace sobre el cuento, y que es una reflexión que va en torno a toda esta cuestión, es decir, no hay dos cerros iguales, lo que se refiere al tema de la diferencia, mientras que la llanura es lo que equipara todo, y al anular la

diferencia la existencia se vuelve en un ideal asexuado.

He escrito un ensayo sobre la importancia histórica de los movimientos LGTBI y lo que han aportado a la visión que hoy tenemos del mundo. Pero es verdad que todos ellos caen en una cuestión muy paradójica. Creen que el sexo es algo que uno puede elegir a la carta, y por lo tanto niegan el inconsciente, para ellos no existe una determinación, el inconsciente como determinación no existe, uno elige lo que quiere ser, es decir, uno es amo de su propio deseo, es amo del goce que ha decidido practicar. Es interesante dialogar con ellos, pero hay un punto muy difícil y muy irreconciliable. Pero lo interesante es que ellos mismos caen en la paradoja de querer abolir la diferencia, y al mismo tiempo querer ser reconocidos en su excepcionalidad. Son rehenes de su propio discurso, porque uno no puede reclamar un lugar de excepción si al mismo tiempo no reconoce que ese lugar de excepción solo puede sostenerse en un discurso que admita la función de la diferencia.

Hace pocos días Argentina se convirtió en el primer país que otorgaba un Documento de Identidad “no binario”. En Inglaterra, hace unos años, un ciudadano británico consiguió un pasaporte donde se le reconocía como “Cyborg”, (mezcla de persona con maquina), porque tenía unas antenas que se había implantado en el cráneo. Litigó hasta que logró que esa identidad fuese admitida. Argentina dio por primera vez un documento donde se reconoce el carácter no binario de un ciudadano.

¿Por qué es tan importante que el Estado sancione simbólicamente estas cuestiones? Es decir, después de una época donde una generación puso el alma y el cuerpo al servicio de luchar contra los valores del Estado, ahora vemos lo contrario, que movimientos que

supuestamente encarnan una vanguardia muy particular, al mismo tiempo se acomodan a los valores más clásicos del Estado, es decir, quieren un reconocimiento.

Antes lo revolucionario era sentirse orgulloso del carácter extraterritorial de la condición, política, sexual, etc. El colectivo homosexual celebró con bombos y platillos cuando el ejército americano admitió que podían alistarse al ejército, lo cual me parece una reivindicación fantástica, pero en el fondo no dejaba de asombrarme. Gente que se supone debería tener una posición contraria a una institución como el ejército, y que y sin embargo celebran esto como un gran triunfo. Tal vez lo sea, y posiblemente haya que admitir como una victoria que en el ejército más poderoso del mundo haya altos mandos que sean homosexuales, y que posiblemente sea un avance histórico muy importante que ese joven haya obtenido en Argentina ese documento. Aun así, me asombra la importancia que se le confiere al reconocimiento del Estado.

P: A propósito de lo que comentas, recuerdo que en Estados Unidos primero fue no aceptar personas que pudieran asumirse como homosexuales, el segundo en la época de Clinton que no se podía preguntar y la persona ya es como que no tenía sexualidad, no tenía deseo, no se lo podía preguntar y uno tampoco podía asumir ante el entrevistado su sexualidad. Ahora creo que ya en realidad el tercer momento es que puedan decirlo. Es un tema importante cuando decías que aquí en España hay una Guardia Civil que es general, entre lo que es el semblante y esta promoción tan grande que hay en los medios culturales y universitarios de dejar el psicoanálisis de lado y poner como primera línea el semblante, el género.

P: Me gustaría que pudieras hablar de, ¿Qué es para ti lo masculino?

Gustavo Dessal: Para Lacan, "*hombre y mujer no son más que significantes*",

por lo tanto, bajo esos significantes podemos desplegar todo lo que acude a nuestra imaginación, por eso se trata de semblantes, es decir, que juegan el papel de sustituir esencias que no existen, porque efectivamente, ¿Qué es una mujer? No hay respuesta, ¿Qué es lo femenino? Tampoco hay respuestas, ahora, sí hay una respuesta un poco más precisa en lo que se refiere a dos modos distintos de vinculación con el goce sexual.

Lo masculino no se puede definir en términos ni de conducta, lo femenino tampoco. Ni el comportamiento ni los roles sociales nos dan una respuesta.

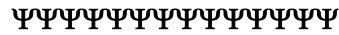
La prueba es que a lo largo de la historia todo eso ha ido cambiando, y como el anuncio que habéis mencionado del hombre y el bebé, no significa que ese hombre sea ni más ni menos viril de lo que vulgarmente entendemos por masculinidad.

La vestimenta, los roles, el comportamiento, los usos y costumbres, si se es más activo o más pasivo, etc., todo eso son meras descripciones, semblantes que tratan de rellenar un vacío originario, puesto que no hay en el inconsciente algo que permita una inscripción de la relación hombre-mujer. Cuando Lacan dice, "*la mujer no existe*", quiere decir que no hay una esencia, pero tampoco hay una esencia masculina.

Sí que hay una diferencia importante, que separa no a los hombres de las mujeres sino distingue una posición masculina de una femenina. En cada una de dichas posiciones caben ambos géneros. El sujeto puede declarar cualquier identidad sexual que le dé la gana, pero hay solo dos modalidades de relación con el goce, hay una modalidad donde el goce se caracteriza por la posibilidad de ser dicho, es decir, es un goce que está adscrito a la función fálica y enteramente contenido en la estructura del inconsciente, y hay un goce que participando de eso, escapa de la medida fálica y por lo tanto escapa también a las

formaciones del inconsciente, que es ese otro goce tan misterioso y tan enigmático, el goce otro, en el cual pueden situarse individuos biológicamente hembras pero también machos.

La sexualidad masculina está regida por una lógica que Lacan llama “*para todo*”, con una excepción que permite a lo masculino constituirse como un conjunto universal, a diferencia de lo femenino.



*Ponencia dentro del Ciclo de Sábados: “Los Rostros de la Masculinidad”, celebrado en AECPPA durante el curso 2019 – 2020.

**** Sobre el autor:**

Gustavo Dessal (Buenos Aires, 1952) es psicoanalista y escritor, miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis y docente del Instituto del Campo Freudiano en España. Dicta seminarios y conferencias en varios países, y su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano, portugués, rumano y polaco. Autor de numerosos artículos y libros de psicoanálisis, así como obras de ficción. Su novela “El caso Anne” ha representado a la literatura argentina en la Feria de Frankfurt 2018. El último libro “Inconsciente 3.0. Lo que hacemos con las tecnologías y lo que las tecnologías hacen con nosotros” es el resultado de una larga investigación psicoanalítica sobre los efectos de la técnica en la vida humana. Vive en Madrid desde el año 1982.

2.2 SEXO, SEXUACIÓN Y GÉNERO: EL NO-TODO MASCULINO”* POR RODRIGO BILBAO**

Agradecimientos

Deseo iniciar esta conferencia agradeciendo a esta institución AECPPNA, a todos sus miembros por la invitación y en particular a Ana María Caellas y Curra Carrasco de quienes guardo un gran afecto por su recepción. De forma especial quiero agradecer a Ana Isabel Perales por su invitación y su amistad incondicional, y a todos los asistentes por estar acá. Me declaro amigo de esta institución, teniendo un gran respeto y cariño.

Introducción

Comenzaremos aclarando un equívoco -como si toda la relación del sujeto con el sexo no fuera más que eso-, el título debiera decir sexuación¹ en vez de sexualidad, pero ya veremos que solo esta corrección requeriría una conferencia entera para explicarlo. Es verdad que hablar de la posición sexuada atañe a la sexualidad, pero de un modo diferente a la sexología, más bien de la manera amplia y enrevesada en las cuales el cuerpo se mezcla con la palabra como bien lo muestra Freud.

Este ciclo que lleva por nombre “Los rostros de la masculinidad”, toca cada uno de estos temas como bien lo planteó Ana Isabel en la introducción del ciclo en la sesión pasada. Me he tomado el tiempo de escuchar la conferencia de Gustavo, quien de manera lúcida y clara ilustró los diferentes escenarios donde este tema converge en la actualidad. Para esta presentación intentaré ahondar en el final de esa presentación, particularmente en la última pregunta que se hizo respecto a cómo concebir lo

masculino desde el psicoanálisis. Espero desde ahí poder aportar alguna faceta de los nuevos rostros, pero primero creo que debemos revisar los “rostros” propuestos por el psicoanálisis para lo masculino que tienen sus peculiaridades.

El título que propongo da ciertas luces, ya que podríamos intentar distinguir el sexo, del género y la sexuación, Gustavo aludía al estatuto de semblante, término que adquiere con Lacan una cualidad específica y que nos remitiremos a lo largo de este trabajo.

Una revisión de lo masculino plantea una dificultad, como me lo hizo saber Ana Isabel cuando preparaba este ciclo. Me comentaba que los textos que encuentra en su gran mayoría son en relación con lo femenino, y efectivamente ese par significativo se desarrolla en un conjunto cerrado en el ámbito del sexo. En este punto adelanto una idea central que plantearemos, para Freud no existe lo masculino ni lo femenino puro, es decir, la posición de un sujeto siempre concibe una mezcla, por lo que ya es difícil decir qué es lo masculino; más aún para Lacan, tanto masculino como femenino son posiciones lógicas de discurso que apuntan al goce. Todo lo anterior nos aleja más del campo de la sexualidad y de la idea de encontrarnos con respuestas certeras como intenta ofrecer la identidad de género.

Para poder avanzar en el tema me he propuesto un breve recorrido por tres puntos que permitan abrir un diálogo posterior:

- Revisar algunos elementos de base propuestos por Freud.

¹ El título de la conferencia inicialmente llevaba la palabra sexualidad en vez de sexuación, y fue

difundida como “Sexo, sexualidad y género: el no-todo masculino”.

- Proponer algunos aportes de Lacan a la discusión.
- Establecer algunas coordenadas del debate contemporáneo que nos permita hablar de los nuevos rostros de la masculinidad.

Asumo que, como todo en psicoanálisis, pero más en estos temas, solo se habla desde un lugar parcial, por lo que compartiré mi visión para poder luego conversar con ustedes.

- **Freud: anatomía y destino.**

Centrarse en los problemas y las críticas de la teoría freudiana en estos temas (que las hay), me parece sumamente injusto luego de todos sus desarrollos que permiten hoy en día estar debatiendo estos asuntos. Si hoy lo podemos hacer, se debe a que Freud instala la pregunta por la sexualidad en el ser humano más allá de una biología o una visión religiosa. Por supuesto que Freud es un hombre de su época, es un hombre de ciencia del siglo XIX que se abre camino en los comienzos del siglo XX, pero se abre camino subvirtiendo las concepciones conservadoras de su momento. Sabemos que un punto problemático fue su posición frente a la sexualidad y toda su teoría de sexualidad infantil. De esto ya mucho se ha hablado, aunque el tema nunca se agote.

Cuando se revisa el apéndice a los “Tres ensayos de teoría sexual”², Strachey destaca treinta y nueve “escritos de Freud que versan predominantemente o en gran parte sobre sexualidad”³. Si uno lo revisa constata que solo en uno Freud describe abiertamente algo referido al

hombre en el texto “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el Hombre (1910)”⁴ en sus “contribuciones a la psicología del amor”, retengamos esta idea que nos servirá más adelante. Quizás por el espíritu de la época no había mayor interés o preocupación para abordar lo masculino, pues como sabemos le dedica varios textos a lo femenino con las conclusiones que ya conocemos. Ahora bien, estos treinta y nueve textos siempre recorren la diferencia sexual, diferencia que va más allá de la anatomía, aunque ésta juegue un papel en el destino para Freud, dicho de otro modo, se centra en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” que es su texto de 1925⁵. Pero ya en “Los tres ensayos...” titula la parte cuatro como “diferenciación entre el hombre y la mujer”.

Sabemos que en su investigación intenta apoyarse en la biología, ya dijimos que era un hombre de la ciencia de su época, hasta el punto de extrapolar cualidades de los gametos masculinos y femeninos para decir algo sobre el sujeto sexuado: lo masculino como el espermatozoide es activo y lo femenino como el ovulo pasivo. Se puede señalar que toda la investigación freudiana se recorre en el contrapunto de estas dos posiciones que instala para él la diferencia anatómica: macho y hembra. Pero esta investigación lo lleva inevitablemente por fuera del campo biológico, hacia lo psíquico y acá encontramos elementos interesantes para nuestro análisis. Destacaré solo algunos, me imagino que en la conversación posterior pueden aparecer más.

² Freud, S. (2000). Tres ensayos de Teoría sexual (1905). O.C. Vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu.

³ Ibid, p.223.

⁴ Freud, S. (2000). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el Hombre” (1910). O.C. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.

⁵ Freud, S. (2000). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos (1925). O.C. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Para Freud la diferencia sexual es una diferencia simbólica que solo se adquiere a partir del complejo de Edipo, máquina que convierte al cachorro humano en ser sexuado. Es más, en Freud eso debe ser resignificado en la pubertad⁶ y confrontado en la adolescencia. La diferencia existente en la primera infancia, pasivo/activo o genital masculino/castrado de la etapa fálica, no dice nada de una posición sexual, es decir, previo al complejo de Edipo no existen hombres y mujeres. La posición inicial bisexual, o me atrevo a aventurar “asexuada psíquicamente”, devendrá en una “posición sexual psíquica inconsciente”.

Quizás aquí ya establecemos un problema para el debate contemporáneo, ya que lo que propone Freud es que aquello que llamamos masculino y femenino es una posición sexual por advenir, luego de un complejo proceso de intercambios simbólicos que no se reduce a un tránsito directo desde la biología, aunque la diferencia sexual se ancle en la diferencia anatómica y a partir de allí se extraigan consecuencia. Con Lacan más adelante se clarifica un poco este punto, ya que para Lacan son posiciones lógicas que se extraen de un real, posiciones de discurso que no logran una consistencia en el ser, de allí es que se requieran semblantes para recubrirlo pues no hay una esencia inconsciente que vayamos a encontrar. La partición real macho/hembra, el binarismo que Paul B. Preciado atribuye al patriarcado no dice nada de qué y cómo ser un hombre y una mujer, solo define dos posiciones significantes. Para Freud un punto fundamental es la ausencia de una posición sexuada inicial en el niño “perverso polimorfo”.

En el “Sepultamiento del complejo de Edipo”⁷ plantea el difícil camino hacia la feminidad a partir de la imposibilidad inicial de descubrir el genital femenino, esa dificultad provoca la ausencia de representación y “la búsqueda de respuesta en el símbolo y la Imagen” según Lacan⁸. Por este motivo es que Freud llega a decir que la feminidad es un desarrollo complejo con movimientos dobles (identificación y traslación de zona), que no se logra más que a esbozos⁹ y donde la propia neurosis hace obstáculo. Recordemos que la posición histérica es una posición todo falo que rechaza la castración a costa de su feminidad dice Freud. Sabemos que Freud se adhiere en este punto al ideal de la época y ofrece una salida polémica a partir del deseo de hijo en la 33ª conferencia, el cual sería “meta de deseo femenino por excelencia”¹⁰. Acá hay un problema grande al querer homologar feminidad con maternidad, aunque me parece que no hemos sacado todas las consecuencias al hecho real de la posibilidad de procrear en las mujeres y los efectos simbólicos que esto puede tener, es diferente el deseo materno, mujer y madre no es lo mismo, pero quizás este tema nos desvía del eje central.

Volviendo a Freud y lo masculino, quizás la primacía fálica a partir de la tenencia del órgano permite pensar lo masculino desde una supuesta consistencia, consistencia siempre amenazada por la castración como pérdida irreductible en la que por el hecho de hablar todos estamos afectados, pues la castración es un hecho de discurso que deja en el *pasado pretérito perfecto* un supuesto goce total del ser. Esa consistencia fálica o supuesto hecho empírico

⁶ Freud, S. (2000). La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad) (1923). O.C. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

⁷ Freud, S. (2000). El sepultamiento del complejo de Edipo (1924). O.C. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

⁸ Lacan, J. (2002). Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina (1958). Buenos Aires: Siglo XXI.

⁹ Freud, S. (2000). Sobre la sexualidad femenina (1931). O.C. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

¹⁰ Freud, S. (2000). 33ª conferencia. La feminidad (1933 [1932]). O.C. Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.

puede haber afectado el desinterés en la investigación, dándolo por sabido y conocido. El tener y poder perderlo, definiría una posición no solo enmarcada en el tener y la pérdida, sino que también alude al **Poder**. Tener poder, es lo que reclama el patriarcado y allí empiezan las confusiones entre masculino, poder, macho, padre y un largo etcétera. Esa consistencia fálica, *agalmática* dice Lacan, pareciera cegarnos con su brillo, dejar dicho todo, todo y nada, porque aún no podemos decir mucho.

En los textos donde Freud intenta esbozar algo específico de lo masculino, en sus “Contribuciones a la psicología del amor I¹¹ y II¹² de 1910 y 1912, Freud apunta hacia las condiciones de amor, que son por otra parte condiciones de goce en estos casos. La escisión del objeto y la degradación, definen un goce propio de la neurosis obsesiva más que del hombre en general (si lo hay) o la supuesta masculinidad. Ahí se presta para una ambigüedad, como también para una reflexión en torno a la homologación neurosis obsesiva/hombre, histeria/mujer, atribución polémica por decir menos, toda vez que Freud se presenta en la sociedad científica de su época relatando un caso de histeria masculina en 1886¹³. Como quiera que sea, la posición sexual en la neurosis es compleja, más aún podríamos decir que la neurosis misma hace obstáculo, en tanto el varón obsesivo tramita su sexualidad edípicamente; y por otra parte el acceso a la feminidad en la histeria se plantea

como una salida sintomática en las tres orientaciones que abre Freud en 1931: a) suspensión de toda sexualidad, b) la porfiada hiperinsistencia en la virilidad, c) los esbozos de la feminidad definitiva¹⁴.

En este momento quizás debiéramos destacar algunas conclusiones freudianas. Advierte de manera reiterada que el psicoanálisis no pretende describir qué es el hombre o la mujer, si no cómo advienen esos esbozos de feminidad, por ejemplo, e “indagar cómo se desarrolla la mujer [y el hombre] a partir del niño en posición bisexual”¹⁵ o como he llamado asexuado psíquicamente. Pero aclara que lo masculino y femenino puro son “construcciones teóricas de contenido incierto”¹⁶, es decir, la posición sexual a la cual se puede advenir es una mezcla de masculino y femenino como resultado de identificaciones parciales, a esbozos, siempre dobles.

• Lacan: Lógicas de discurso

Si bien es cierto las llamadas “lógicas de la sexuación” con la cual Lacan desea aportar al debate se producen a comienzos de la década de 1970, desde el comienzo de su enseñanza se esfuerza en separar lo somático de lo psíquico, apuntando al privilegio del estatuto significativo en este problema. La presencia para ambos sexos de un solo significativo para dar cuenta del goce y la diferencia, obliga a acotar el campo de posibilidades. Se pregunta Lacan si “¿es

¹¹ Freud, S. (2000). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el Hombre (1910). O.C. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.

¹² Freud, S. (2000). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (1912). O.C. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.

¹³ Freud, S. (2000). Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico (1886). O.C. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.

¹⁴ Freud, S. (2000). Sobre la sexualidad femenina (1931). O.C. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu. P.233

¹⁵ Freud, S. (2000). 33ª conferencia. La feminidad (1933 [1932]). O.C. Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu. P.119.

¹⁶ Freud, S. (2000). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos (1925). O.C. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, p.276.

entonces a ese privilegio de significante al que apunta Freud al sugerir que tal vez no hay más que una libido y que está marcada con el signo masculino?”¹⁷.

Donde debiera haber representación de lo femenino no se encuentra más que un vacío de significación, eso es un real imposible de ser enunciado. Esto implica entre otras cosas que el complejo de Castración tiene la función de nudo de la estructura y ofrece al sujeto una posición inconsciente a la cual se va a identificar. Es decir, la posición masculina y femenina no está garantizada de antemano y no queda más que semblantes para hacerse de ella. Pero esta identificación no deja de ser verdadera, en tanto, responde a las condiciones de posibilidad producida por la ausencia del significante par, significante de la feminidad decíamos, que resuelva esta imposibilidad. En esto es muy freudiano.

La primacía fálica establecida por Freud supone una relación al significante impar para todo sujeto, en donde hay “una relación del sujeto con el falo que se establece independiente de la diferencia anatómica de los sexos”¹⁸.

Un solo significante para los dos sexos, siendo el falo el significante privilegiado de la unión del logos con el deseo. La función fálica estructura y somete las relaciones de los dos sexos, pero al mismo tiempo hace obstáculo en la relación con el otro, pues no hay una relación directa sino mediada por el falo. Por la relación a este significante impar (no tiene la pareja) es que la mujer para ser el falo rechaza una parte esencial de su feminidad dice Lacan¹⁹, asumiendo un costo de entrar en el juego del deseo, siendo el falo para completar al otro

(hombre) o teniendo el falo para provocar el deseo, tanto hombres como mujeres deben perder algo en el juego del deseo. Por su parte Lacan se pregunta “¿por qué el hombre no debe asumir sus atributos sino a través de una amenaza?”²⁰ O más aun rebajando su vida amorosa como veíamos antes. Es en una danza con el significante fálico en que hombres y mujeres localizan su relación al deseo y el goce, por medio del amor en algunos casos, amor que permite condescender al goce en el deseo. Es decir, hombres y mujeres son posiciones en relación con el goce y el deseo, arropadas con las vestimentas y semblantes posibles ante la ausencia de consistencias que definieran el ser como tal.

El salto más radical de Lacan lo instala en su seminario “*Aun*” de la década de 1970 (1972-1973), allí plantea el problema a nivel lógico, “todo ser que habla se inscribe en uno u otro lado”²¹. No se trataría ya de cuerpos biológicos, si no de lógicas en el lenguaje y lo escrito, que ofrecen dos posiciones posibles: el todo (y la excepción) y el no-todo. Precisemos aún más, posiciones de goce a partir del lenguaje, que todo sujeto macho o hembra, en tanto ser que habla y debe confrontarse con la diferencia sexual sin los instintos, se confronta a los efectos e incidencias del significante sobre el cuerpo. Ese tránsito lo llamamos sexuación. Asumir inconscientemente una posición en términos de deseo y goce. A partir de allí es que Lacan escribe estas dos posiciones lógicas a las cuales podemos advenir o sobre las cuales podemos estar en el discurso, el todo y la excepción, goce fálico (“todos tienen falo, todos castrados”), y un goce suplementario no-todo sometido al goce fálico, goce femenino. Sobre este último

¹⁷ Lacan, J. (2002). Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina (1958). Buenos Aires: Siglo XXI, p.714.

¹⁸ Ibid, p.666.

¹⁹ Lacan, J. (2002). La significación del falo (1958). Buenos Aires: Siglo XXI.

²⁰ Ibid, p.665.

²¹ Lacan, J. (2008). El seminario de Jacques Lacan, Libro 20: *Aun* (1972-1973). Buenos Aires: Paidós, p.96.

señala “a todo ser que habla, sea cual fuere esté o no provisto de los atributos de la masculinidad -aún por determinarle está permitido, tal como lo formula expresamente la teoría freudiana, inscribirse en esta parte. Si se inscribe en ella, vetará toda universalidad, será no-todo, en tanto puede elegir estar o no en falo X”²², cualquiera, independiente de su condición biológica puede estar en esa posición llamada femenina si es que no está sometido/a completamente al goce fálico. Para el lado macho, indica que se inscribe todo en la función fálica, todo goce pasa por allí. Ambas lógicas no se complementan, son diferentes, suplementarias, por eso no hay relación/proporción sexual, y es categórico al señalar que “tales son las únicas definiciones posibles de la parte llamada hombre y de la parte llamada mujer, para los que se encuentran en la posición de habitar el lenguaje”²³.

En el lado hombre la totalidad franqueado por una excepción que sostiene el límite (lógica de conjuntos), el goce localizado en el objeto fálico, del lado de lo completo, un goce fetichista que se puede contabilizar como lo hace el macho con sus conquistas, orgasmos y polvos. Este lado completo es lo que plantea Freud como lo que quieren sostener el pequeño infante con su investigación sexual infantil, sostener la madre fálica. La excepción el padre de Tótem y Tabú, el padre gozador que bien muestra la neurosis. Es un goce constitutivo que ofrece la relación al falo que tanto hombres y mujeres tenemos acceso por el hecho de estar en el registro simbólico del lenguaje.

En el lado mujer, se descompleta el todo, por eso lo llama no-todo, es ilimitado, en algún punto impensable. Imaginemos el concepto de infinito, el espacio

infinito, abrume angustia, porque el pensamiento es discreto, con significantes que se excluyen y relacionan como 0 y 1. Plantea un goce no localizable en el órgano, podría ser gozar de la falta, en el vacío y la ausencia. Está fuera de la lógica macho, es contingente, pues se podría o no tener acceso a ello.

Coincide con Freud en la imposibilidad de describir el ser de lo masculino y femenino. No hay consistencia, solo posiciones de deseo y goce, que se revisten de semblantes, máscaras, identidades y géneros, vestimentas, fachadas, telas. Posiciones imposibles de cerrar complementariamente, el goce fálico no se complementa con el goce femenino ni viceversa, no cerrarán el campo del goce, no hacen uno, no hay medias naranjas y si las hay, la otra mitad está perdida. Lo femenino como lógica a partir del falo va más allá, no-todo queda sometido al falo, ya lo decía Freud a propósito del complejo de Edipo. La posición del goce del lado mujer, no está toda sometida a la función fálica, así surgen distintos modos de abordar el falo, existiendo un goce del cuerpo más allá del falo y un goce fálico que siempre es *extimo* al cuerpo, fuera de cuerpo decía Lacan, pues no es el goce peniano ni clitoriano. Decíamos con Lacan, que tales son las únicas definiciones posibles de la parte llamada hombre y la parte llamada mujer, algunos se atreven a decir a partir de esto que debiéramos dejar de utilizar los significantes hombre y mujer ya que conducen a confusiones imaginarias, y dejarlo a la sexología para quedarnos con la división todo y no-todo, así nos referiríamos a la bipartición de goce que no hace Uno. Podemos decir que estas lógicas se desprenden de los efectos del significante sobre la diferencia sexual, pero no está atrapada en una anatomía específica de quien habita o se posiciona en ella. Ser el falo o tener

²² Ibid, p.97.

²³ Ibid.

un hijo no agota la feminidad, pero tampoco un fantasma o un semblante lo dice todo; el lado macho tampoco se limita al tener y la falta, pero el goce sexual no dota de identidad alguna. De hecho, ni siquiera hemos hablado del goce a-sexual del *objeto a*, ni del goce en el síntoma.

Debiéramos aclarar -y para ir cerrando los aportes de Lacan a la discusión-, que hombre, mujer, niña, niño, etc., son significantes, lo que quiere decir a) no significan nada en sí mismo, solo constatan las diferencias que mantiene con los otros, b) al ser significantes no guardan relación con la naturaleza o la biología, más que como una referencia siempre cambiante, en tanto se ha perdido la condición natural sexual en el ser humano. Esos significantes se podrían fijar y ser una letra que es el “estado que adquiere el significante cuando está localizado”²⁴, recibiendo un significado o sentido perdurable en un tiempo y un contexto lingüístico familiar y sociocultural. Esos sentidos pueden causar el sufrimiento en alguien y llevarlo a consultar. Por este motivo podemos investigar los sentidos adquiridos de hombre y mujer, masculino y femenino, en esta época sin que sean una definición para todos, ni que nadie se arrogue esa identidad más que un modo particular y contingente. No habría identidades constantes al respecto. Más aún, como lo señala Eidelzstein “el concepto de sujeto en Lacan, cuya definición es: lo que un significante representa para otro significante, implica necesariamente que no es hombre, no es mujer, no es niño, no es gay, no es lesbiana, no es trans, no es bisexual, no es ni neurótico, etc., sencillamente “no es”, carece de ser e identidad [falta de ser]. En cada historia particular de una persona, una familia, un pueblo,

etc., el valor de sujeto participará de las redes significantes, cadenas de cadenas, en las cuales adquirirá significados y sentidos múltiples, nunca garantizados en su verdad ni en su perduración”²⁵.

- **Una pregunta por la sexualidad: entre síntoma y posición sexual**

El debate contemporáneo nos empuja a interrogar nuestros presupuestos. Este ciclo evidentemente es un intento de respuesta o reflexión llevado por la llamada “cuarta ola del feminismo”. La lucha de derechos sociales igualitarios y reivindicaciones del lugar de la mujer en el orden social conmueve a los hombres y particularmente en su posición social. Pero no solo eso, la proliferación de prácticas sexuales y la reivindicación que la acompañan, trituran la clásica división de género masculino/femenino: bi, trans, fluido, neutro, etc...

El punto problemático para nosotros, psicoanalistas, es cómo evitar que el discurso jurídico se homologue al discurso analítico, para poder dar cuenta de la novedad psicoanalítica sin desconocer el movimiento social imperante y las consecuencias que se desprenden. La pérdida de la condición natural sexual que comentábamos en el ser humano, la falta de ser en el sujeto, la ausencia de identidad consistente nos obliga al juego de máscaras y semblantes. El riesgo en este debate es perder el lugar analítico y hacer una psicología general de atributos descriptivos donde hombre y mujer se consolidan; u otorgarle del mismo modo, a una práctica sexual, homo, hetero, trans, fluida, neutra, bi, etc., una consistencia identitaria.

²⁴ Eidelzstein, A. (2019), en

[https://www.facebook.com/notes/alfredo-eidelzstein/diferentes-posiciones-psicoanal%C3%ADticas-frente-al-sexo-la-](https://www.facebook.com/notes/alfredo-eidelzstein/diferentes-posiciones-psicoanal%C3%ADticas-frente-al-sexo-la-sexualidad-y-el-g%C3%A9nero/2688625884564574/)

[sexualidad-y-el-g%C3%A9nero/2688625884564574/](https://www.facebook.com/notes/alfredo-eidelzstein/diferentes-posiciones-psicoanal%C3%ADticas-frente-al-sexo-la-sexualidad-y-el-g%C3%A9nero/2688625884564574/)

²⁵ Ibid.

Si la sexualidad natural está perdida, solo queda una apropiación, una asunción siempre desfalleciente, más o menos sintomática que Lacan llama sexuación (neologismo de los suyos). Posición sexual en torno al deseo y el goce, semblantes de ser en falta siempre, falta de goce, de deseo, de amor, carentes y deseantes; identificaciones sujetas al discurso familiar. Intentos de consistencia en prácticas de goce que escapan a toda identidad, que Lacan despeja en las fórmulas de la sexuación que comentábamos. Al insistir en estas dos posiciones lógicas, no biológicas, lugares de discurso que no se explican por ninguna biología, ni genética, apunta al campo de la palabra.

Estar del lado macho, independiente de la condición biológica de ese sujeto dijimos, no se determina más que por un efecto signifiante, de discurso, en un goce esencialmente finito, localizado, goce fálico que es “fuera del cuerpo” para Lacan, no alude a una sustancia, más bien a su forma fetichista que prescinde de la palabra²⁶. Del lado femenino goce no localizable, infinito que condensa amor, deseo y goce como el *Liebe* Freudiano. El goce es finito del lado macho, como lo muestra el orgasmo, pero ¿al amor podemos ponerle límite? ¿Te amo solo los sábados? Quizás por eso se dice que cuando se está enamorado se feminiza o que el amor es fundamentalmente femenino, o como planteaba Freud que la amenaza de castración se vivía en la mujer fundamentalmente como pérdida de amor. Amor que permite que el deseo condescienda al goce, recubre el goce del Otro deseándolo.

¿El fenómeno Tinder no sería la proliferación del goce macho? ¿Hablar lo justo y necesario para ir a lo suyo?

Con esto no defendemos ni idealizamos posturas, solo expresamos estas dos lógicas que Lacan reconoce a partir de Freud y que me parecen esclarecedoras para la práctica clínica. Lacan explicita que el goce femenino es suplementario, no complementa ni cierra nada, hace uso del falo para ir más allá, un goce contorneado por el agujero fálico, el agujero en lo simbólico que produce el falo. Esto ya está en Freud, la castración instaura la falta simbólica que pone a trabajar la diferencia sexual, porque en lo real no falta nada. ¿Será este tejido de lado macho y hembra lo que Freud apunta a la mezcla posible entre hombre y mujer, donde lo puro es incierto?

Del lado hombre el todo y la excepción, ¿será por ello los totalitarismos son comandados por hombres identificados a su posición de macho? Todos tienen falo y todos castrados, el padre totémico es la excepción. El no-todo no alude a una posición incompleta, carente, eso sería nuevamente el error del macho: machismo, donde la mujer representa esa inferioridad.

Para Lacan el lado mujer es no-toda en la castración y sin una figura de excepción (todas están castradas de entrada, decía Freud), lógicas del lenguaje a las que nos adherimos todos los seres que hablan. Ese lado femenino otorgaría un plus-de-goce, un extra que va más allá de la localización fálica, goce de ese vacío infinito bordeado y contorneado, ilimitado, no inferior. ¿Es por ello que Freud señalaba a la mujer con un superyó lábil, menos sometida a esos ideales culturales?, un goce más allá del falo, de la cultura. Si todo ser que habla está sometido a la ley del falo, no todo el goce se reduce al goce fálico.

²⁶ Miller, J.A. (2008). El partenaire-síntoma. Buenos Aires: Paidós.

Las posiciones masculinas y femeninas nos hablan de los problemas en torno al deseo y el goce, eso nos devela el psicoanálisis y ante aquello, los nuevos rostros de la masculinidad debieran ser revisados contando con estas premisas para no diluirmos en el discurso jurídico o el discurso social. Conozco muchos sociólogos que hacen mejor *socioanálisis* que los psicoanalistas, y para el sentido común tenemos la opinión “publica”.

Sobre ese real que llamamos diferencia sexual o atribución de sexo, la posición sexual se establece discursivamente, allí hacemos uso de los significantes de la época también. Por eso el movimiento feminista perturba las viejas consistencias, pero ojo, se puede hablar en nombre de ese movimiento como macho, si nos planteamos un discurso que sea del todo, para todos igual. El hombre muy identificado a ese lugar habla para todo: la cultura universal del fútbol, y el machismo latinoamericano lo muestran día a día.

El macho de hoy pierde sus referencias, y es verdad que Freud planteaba cómo la mujer al iniciar el complejo de Edipo desde la constatación de la castración quedaba más liberada de aquellas consistencias que en el hombre cuesta tanto sacudir, pero insisto tampoco es garantía que la mujer biológica esté ubicada en el lado no-todo, no-todo respecto al goce decíamos en tanto goce fálico, localizable en el tener, masturbatorio, etc.

Lo femenino es un suplemento de goce extra-fálico, una satisfacción que va más allá, no en el tener que sabemos por Foucault es poder. Como señala Braunstein, “Lacan llegó a las fórmulas de la sexuación, de la sexuación y no de la sexualidad ni del sexo, de la elección de un modo particular de posiciones de cada hablante ante la función fálica que

está determinada no por la anatomía ni por la cultura sino por los avatares del complejo de Castración (determinante del saber inconsciente) y del deseo que resulta de ese complejo como expediente para la subjetivación de la falta en ser”²⁷. Por esta falta es que utilizamos ropajes, identidades de género como telas para vestirnos y recubrir el vacío, y está bien hacerlo, pero son trajes.

Quizás por lo anterior es que proliferan preguntas de cómo ser hombre en los tiempos actuales, donde ciertas consistencias que anclaban las respuestas se han desmoronado. Me parece paradigmático en esta época de la *desvirilización* el auge de superhéroes (supermacho), pero en *Avengers* es una mujer quien viene a salvar el universo (¿mujer en posición fálica?). El reverso de ello es la violencia de género, violencia machista que puede ejercer insisto hombres y mujeres biológicas, y que sabemos los psicoanalistas que tampoco recubren toda la relación entre los sexos. No toda violencia en una pareja puede y debe ser nombrada con ese significante, habrá que ver en cada caso cual respuesta representa a ese sujeto, sin confundir el discurso jurídico con el psicoanalítico, pero tampoco desmintiendo la realidad jurídico social de los hechos.

Desde este contexto del hombre contemporáneo, surge la interpelación de la ideología de género bien representada por Paul B. Preciado²⁸, quien recientemente se presentó ante la “Ecole de la Cause Freudienne” en París en noviembre de 2019, desde un lugar que él define como “la jaula de hombre transexual” insta abolir todo binarismo para liberar al sujeto contemporáneo de la diferencia sexual binaria. Preciado se sustenta en una biología para desmentir esto, Paul B. que mantiene en letra am-

²⁷ Braunstein, N. (2015). El goce. Un concepto lacaniano. Buenos Aires: Siglo XXI, p.152.

²⁸ Preciado, P.B. (2019). En <https://www.youtube.com/watch?v=vqNJbZRQZ4&t=378s>

bas identificaciones, presenta el problema de intentar desde los nuevos géneros solucionar la diferencia y el estigma patriarcal. El problema es que el género no alcanza a recubrir el real de la diferencia (que no se reduce a la biología) y ni siquiera el lenguaje neutro (tan impuesto en América Latina: chiquilles/chiques) puede anular la ley del significante que es pura diferencia como decíamos, por lo que el sujeto está vacío de esas consistencias. El género admite el neutro, pero el sexo es binario.

Los lugares trans, bi, hetero, homo, neutro, no recubren todo y nuevamente si compartimos en algo lo planteado por Lacan, podríamos pensar que esas respuestas son semblantes necesarios ante la falta en ser. Habría que ver en cada caso si el hetero, homo, bi, trans, neutro, habla desde la posición hombre o mujer, y qué quiere decir para él, ella o elle ese lugar respecto al goce y el deseo. Nuestra posición ético-clínica no cambia, sino que se complejiza y enriquece con las teorías de género.

Curiosamente la mejor respuesta para este problema planteado y explicitado por Preciado, se antepone a la pregunta por varios años. Habiendo respuestas muy interesantes para revisar y recomendando Eidelsztein²⁹, Amigo³⁰ o Maleval³¹.

Una respuesta la encuentro en la actualización que hace Braunstein³² hace quince años en el 2005 a su texto original de 1990, "El goce...". Ahí agrega a su texto -y con esto termino para abrir a la conversación-, un punto que titula "Freud (Lacan) o Foucault". Leyendo la propuesta de la teoría *queer* acuñada por Teresa de Lauretis en 1990, propuesta que intentan dar cuenta de las experiencias de goce que escapan a la normatividad social impuesta "heteronormativa", aquella ideología heterosexual, monogámica, familiar, etc., nos dice que se saltan la lectura lacaniana al atribuir la causa de los males absolutamente al biopoder. Por su parte la investigación psicoanalítica y esta es la fuerza renovadora creo, deconstruye toda categoría normativa, clasificatoria, identitaria, para revelar en cada caso la singularidad del deseo. Entre el goce y el deseo en sus polos opuestos se juega la experiencia subjetiva, de "un sujeto inmerso en redes de lenguaje, escindido y separado del objeto que causa su deseo y evocador del goce prohibido"³³.

No hay relación normal entre los sexos y por eso insistimos, aunque solo quede fracasar, volver a empezar e ilusionarse nuevamente, sus goces no son complementarios. Existen diferencias culturales susceptibles de ser deconstruidas, pero la diferencia no es un invento de la cultura, ni puramente biológica, "no es un

²⁹ Eidelsztein, a. (2019), en <https://www.facebook.com/notes/alfredo-eidelsztein/diferentes-posiciones-psicoanal%C3%ADticas-frente-al-sexo-la-sexualidad-y-el-g%C3%A9nero/2688625884564574/>

³⁰ Amigo, S. (2019). En : https://m.facebook.com/story.php?story_fbid=1576323285855344&id=520683781419305

³¹ Maleval, J.C. (2019). En https://psicoanalisislacaniano.com/2019/12/01/preciado-psicoanalisis-maleval-20191201/?fbclid=IwAR0MhEbPauXQ7VYArWeDh31mdFIHqspbaYA6EvYUDj9_Xu8Y9FAR6p2V1tQ

³² Braunstein, N. (2015). El goce. Un concepto lacaniano. Buenos Aires: Siglo XXI.

³³ Ibid, p.168.

binarismo que es una producción sexista". La idea de liberarse de esta diferencia es el imperativo del yo autónomo tan propio de la época, yo autosuficiente y que busca gozar a su manera creyendo no depender de nada ni de nadie por pura autodeterminación. Los rostros actuales de la masculinidad tampoco pueden ni deben desconocer este imperativo contemporáneo: "goza tú mismo, a tu manera".

La época de la tecnología de masas nos inunda con machos alfa exponiendo su vida con tal de obtener un like en sus redes sociales como una pseudoseparación, ¿no es la misma cara del lado macho pero recubierto de un barniz tecnológico?

Desconocer la propia barrera interna al goce que demuestra e instituye Freud, Lacan y muchos otros, es una posición ingenua respecto al "montaje lingüístico de la pulsión"³⁴, supone que el sexo puede llegar a ser solo placer cosa que desmiente tajantemente los síntomas.

Del mismo modo interrogar lo masculino exige por nuestra parte desprendernos de las consistencias del macho, el hombre no existe, pero lo masculino identitario sí. Quizás debiéramos aplicar la inconsistencia de lo femenino para decir algo diferente, pues lo masculino en este tiempo podrá ser no-todo o no será, no será más que una pura identidad ya conocida.

Bibliografía

- Amigo, S. (2019). En https://m.facebook.com/story.php?story_fbid=1576323285855344&id=520683781419305
- Braunstein, N. (2015). El goce. Un concepto lacaniano. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Eidelstein, A. (2019), En <https://www.facebook.com/notes/alfredo-eidelsztein/diferentes-posiciones-psicoanal%C3%ADticas-frente-al-sexo-la-sexualidad-y-el-g%C3%A9nero/2688625884564574/>
- Freud, S. (2000). Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico (1886). O.C. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). Tres ensayos de Teoría sexual (1905). O.C. Vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el Hombre" (1910). O.C. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (1912). O.C. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad) (1923). O.C. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). El sepultamiento del complejo de Edipo (1924). O.C. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos (1925). O.C. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). Sobre la sexualidad femenina (1931). O.C. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). 33ª conferencia. La feminidad (1933 [1932]). O.C. Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.

³⁴ Ibid, p.174.

- Lacan, J. (2002). Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina (1958). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2002). La significación del falo (1958). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2008). El seminario de Jacques Lacan, Libro 20: Aún (1972-1973). Buenos Aires: Paidós.
- Maleval, J.C. (2019).
En <https://psicoanalisislacaniano.com/2019/12/01/preciado-psicoanalisis-maleval-0191201/?fbclid=IwAR0MhEbPauXQ7VYArWeDh31mdFIHqspbaYA6EvYUDj9Xu8Y9FAR6p2V1tQ>
- Miller, J.A. (2008). El partenaire-síntoma. Buenos Aires: Paidós.
- Preciado, P.B. (2019).
En https://www.youtube.com/watch?v=vqNJbZR_QZ4&t=378s

.ψψψψψψψψψψψψψψ

*Ponencia dentro del Ciclo de Sábados: “Los Rostros de la Masculinidad”, celebrado en AECPNA durante el curso 2019 – 2020.

**** Sobre el autor:**

Rodrigo Bilbao R. es psicoanalista, psicólogo clínico, doctor por la Universidad Complutense de Madrid, miembro de la ELP y Asociación Mundial de Psicoanálisis, miembro de la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica, docente universitario en Chile y España, supervisor en UNIPSI Psicología. Ejerce su práctica clínica en Madrid. Correo electrónico: rbilbaor@yahoo.com. Teléfono: +34 618005433 Madrid

2.3 MASCULINIDAD PERVERSA Y FAGOCITACIÓN DE LA MUJER: CASO CLÍNICO. * POR TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ**

Resumen: El objetivo que me guía es ofrecer una serie de vislumbres de un caso clínico complejo en el que la sexualidad cobra un valor simbólico y real en la estructuración de entramados relacionales muy alienantes para las mujeres. En segundo lugar, presento hipótesis interpretativas que plasman el desenlace de la intimidad perverso-narcisista creada desde un falso *self*. Pretendo evidenciar una ligazón indiscutible: los procesos que articulan la identidad son los mismos que tejen la intimidad: imposibilitada ésta, no puede erigirse aquélla. Tanto la identidad masculina (¿qué significa ser hombre?) como la imposible intimidad con los objetos poseen en los fragmentos clínicos presentados un relieve importante, aportando muy brevemente hipótesis psicodinámicas para su comprensión. Se aportan significativas viñetas de la historia clínica de un proyecto fallido de psicoterapia psicoanalítica que destapó –bajo la superficie de una depresión reactiva– una estructura perversa en una personalidad como sí.

PRESENTACIÓN CLÍNICA

El paciente (H.M.), de 56 años, acude a consulta deprimido y desubicado tras su segundo divorcio. Tiene dos hijos, uno con cada una de sus exmujeres, pero mala relación con ambos. Procede de una familia industrial del campo, dedicada por tradición desde hace tres generaciones al mismo negocio. Es el mayor de 5 hermanos, todos ellos varones; su padre, fallecido hacía 15 años y la madre hacía 10. No mantiene contacto

con ningún miembro de su familia de primer o segundo grado por lo que se encuentra socialmente aislado. Sus únicas relaciones sociales son ocasionales dentro del seno de grupos de Singles, en los que espera obtener algunos planes de excursiones, vacaciones, cenas o ligues, y, si ello fuera posible, una nueva pareja. Su vida cotidiana carece de alicientes fuera del trabajo, tras cuya jornada se encierra en casa viendo televisión o chateando al ordenador.

Mantiene de sí mismo una creencia (yo ideal) que sugiere rasgos megalómanos, encubridora de un narcisismo muy frágil y sobrecompensado, pero que dista enormemente de la visión que tienen los demás sobre él. Así, por ejemplo, él se define como un hombre bien situado, capaz de vivir en la mejor zona de la ciudad, tener coche de marca, que puede comprar siempre lo mejor, apuesto, que ha ido a colegios de prestigio, y que puede pagar siempre los mejores servicios (abogado, asesor fiscal, médico, psicólogo, etc.). En su disfraz de arrogante autoestima pesan como baldones tres rasgos físicos: tiene un vientre abultado, papada y ojeras, tras las gafas. Sin embargo, ante mi mirada, lo que se muestra reiteradamente es que presenta una higiene descuidada, acude lleno de polvo y con su ropa a menudo sucia, que emite muy mal olor, que habla en tono despótico y que, tras la cortesía elemental inicial, pasa a emplear un lenguaje imperativo que refleja en la transferencia el modo en que se dirige a empleados y contratistas.

Mi percepción es que me invisibiliza y no me contempla como un ser humano,

pese a que –dice- se ha informado sobre mí y le han dicho que “soy la mejor”, por eso “compra y paga” mis servicios. En el transcurso del primer año de terapia, se me hace evidente que él ha comprado una función, más allá de la cual neutraliza mi condición de mujer, mi edad o aspectos de mi salud muy llamativos y significativos (por los que me vi obligada a suspender el tratamiento durante casi 3 meses), por los que jamás llegó a interesarse. Siendo muy sarcástico siempre con la indumentaria o estilo de todas las mujeres con quien trataba, con su ‘clase’ en las ropas, peinado, maquillaje, etc., jamás emitió opinión alguna sobre mi aspecto físico o mi forma de vestir, pero no porque fuera respetuoso o no se atreviera, sino porque solo me asignaba una función terapéutica que podía prescindir de cualquier componente humano. Calificaría esto como *función oracular*. Trato alienante e instrumentalizador en su vida diaria (sus empleados no tenían nombre para él, y el resto serían: el camarero, el portero, el transportista, el asesor...) que vuelca en la transferencia un guion relacional idéntico. Él espera que yo –al modo de una máquina expendedora- suministre soluciones a sus problemas y “le ponga en condiciones de volver al mercado” a conseguir una mujer joven antes de que se haga demasiado viejo o se estropee todavía más. Se refiere a que presenta bastantes trastornos y patologías crónicas: dislipemia severa, hipertensión arterial, soplo cardíaco, claudicación intermitente, diabetes secundaria e impotencia frecuente. Además, se cuida poco a nada en cuanto a la alimentación y otros hábitos de vida y sueño, padeciendo insomnio recurrente y/o despertares tempranos. En su negocio cuenta con pocos

empleados, de quien ignora o ridiculiza y devalúa casi todos sus méritos y actitudes, y a quien trata siguiendo la misma pauta que su padre aplicaba con los empleados cuando vivía. El trato con los representantes y distribuidores que atienden a su negocio es frío, pícaro y a menudo manipulador y fraudulento, considerando que en temas de dinero están justificadas todas las deshonestidades posibles, porque “si no la metes, te la meten”.

En mi propia elaboración mental tras concluir la terapia por su abandono, he llegado a colegir que la cosificación de la función del terapeuta obedecía a la deformación de un hábito incorporado a su vida: adquiriría muchos productos a través de *Amazon* y otras empresas de telecomercio; de igual forma, conseguía contactos en Internet, que estaban disponibles a golpe de clic y que ni siquiera tenían rostro o nombre (o éste estaba falseado), por lo que la transferencia que volcaba en mí era sobre la función que él precisaba: consejo terapéutico, y sobre el producto que él quería comprar e incorporar a su vida para su mejora personal: seguridad, seducción, atractivo, habilidad oratoria, magnetismo.

Durante los años previos a su segundo divorcio, H.M. se había aficionado a líneas de chat con mujeres desconocidas, creando ad hoc perfiles completamente falsificados en los que usurpaba fotos de individuos atractivos mostrándolas como propias. Siempre se atribuía en dichos contactos unos 15 o 18 años menos, lo que le obligaba a negar tener hijos (su hijo menor tenía por entonces unos 8-10 años), y a crear una pseudología fantástica que le llegó a poner en situaciones difíciles de solventar, por

sus incongruencias y contradicciones. Con la identidad disociada en varios heterónimos virtuales, mantenía relaciones eróticas también virtuales con varias mujeres simultáneamente, pero llegado el momento de plantear un posible encuentro físico con ellas, lo eludía y se excusaba porque, naturalmente, tales encuentros hubieran descubierto la estafa de identidad que había pergeñado y, además sospechaba, su realidad (tripa-papada-ojeras-gafas) las disuadiría. Las relaciones on-line no siempre culminaban en cibersexo, pero H.M. buscaba en ellas un reforzamiento narcisístico, dado que con la infinidad de atributos deseables con los que él se engalanaba (empresa propia, dinero, vivienda bien situada, coche de lujo, barniz cultural), se aseguraba la admiración, los elogios y el deseo de esas mujeres desconocidas y a menudo solitarias y subdepresivas que le avizoraban como una lotería que milagrosamente se había derramado sobre sus maltrechas vidas. Convencido él de que le piropaban, halagaban y reconocían a él, y no al avatar o personaje que había fabricado.

La ciberadicción invadía su tiempo de ocio y de negocio y le aisló de su mujer e hijo pequeño, siendo conocedora de la misma su esposa, ante quien él alardeaba de ciertas conquistas en la red y le hacía escuchar sus relatos de triunfos sexuales con otras mujeres, usándolos luego en su propia intimidad sexual con ella como un potente estimulante. No se trataba de un juego o *menage a trois* en el que la tercera participe deliberadamente, sino de un tercero excitatorio que incrementa el deseo de H.M. en un doble sentido: imaginariamente copula con dos mujeres, al tiempo que impone sádicamente a la mujer real el imperativo de asemejarse a la virtual y de ser para

él una actriz/prostituta que simule todas las otras identidades de las amantes cibernéticas. La connivencia aparente de su esposa no es sino una consecuencia de la extorsión y el sometimiento que H.M. había logrado mediante el despojamiento previo de su identidad y su voluntad.

Pero retrocedamos en el tiempo para poder sustentar la hipótesis clínica que está expuesta en el título. Durante su infancia y adolescencia, era conocido y aceptado por los hermanos que su padre (D.M.) era “un putero”, que aprovechaba sus viajes de negocios para pernoctar en clubes de carretera o mantener relaciones con mujeres que ocasionalmente se cruzaban en su camino en bares u hoteles. También era evidente que su madre (R.G.) lo sabía y transigía con ello con una mezcla de rabia, humillación y resignación que le fueron agriando el carácter hasta anestesiarla afectivamente y configurar un rictus pétreo, incapaz de cualquier muestra de afecto hacia sus hijos. La ley patriarcal, el nombre del padre, poseía en ese hogar rasgos arcaicos y duros, recubiertos socialmente por una pátina de normas superficiales de cortesía (misa de domingo, buenas apariencias en festejos populares, asistencia a los colegios de pago preferidos por la burguesía de la provincia, etc.). Sin embargo, bajo dicho maquillaje, la convivencia familiar era sórdida y violenta verbalmente, abundando las descalificaciones, humillaciones e invalidaciones a la capacidad intelectual de los hijos. Convertirse en ricos, respetados y ocupar un lugar de ventaja entre otros negocios competidores, configuraba el mito familiar y se convirtió en lema para todos ellos. En dicho encuadre, los muchachos no podían entablar amistad con niños del pueblo si no tenían cierto estatus económico y no eran

bien vistas sus relaciones con muchachas que no ofrecieran un claro porvenir de formación o 'dote' en herencia. Una infancia solitaria, en la que sus amigos escasos eran vetados por no tener el pedigrí social que la familia aspiraba conquistar, y en la que H.M. obtenía malas calificaciones y comía de cara a la pared fuera de la mesa de comedor, cual si ésta fuera un pódium al que hubiera que merecer ascender.

Cuando H.M. cumplió los 22 años, la familia se confabuló para 'elegirle' una novia, que era, por descontado, la más guapa de la comarca. Con ello, consolidaban su prestigio y su poder, porque no solo iban prosperando económicamente, demostrando su habilidad y sagacidad empresarial, sino que acreditaban que sus chicos poseían la prestancia suficiente para hacerse acreedores de la belleza: machos alfa, mostrando poderío en la *berrea*. No se trató de un matrimonio concertado al estilo del medio rural en épocas pasadas, sino de la insinuación que adquiere el valor de una orden, de la que no es posible sustraerse, a riesgo de desobediencia y ostracismo familiar.

H.M. recuerda que, desde pequeño, intuyendo por el malhumor y la frecuente tristeza de su madre, por las discusiones domésticas -donde se verbalizaban las acusaciones de infidelidad con prostitutas-, y por la jocosidad de los comentarios de su padre con su tío sobre las mujeres, desarrolló pensamientos e inquietudes hipersexualizados, quedando no obstante reducida la sexualidad a mera actividad (y no a muestra afectiva o comunicativa) y permaneciendo como un virulento tabú que quemaba su mundo imaginario con un tinte tribal y primitivo

como en la alienada y alienadora sexualidad del padre. Por ello, una de las actividades obsesivas que H.M. acometía desde los 9 años era: recortar fotos de revistas con mujeres desnudas o en poses insinuantes, y transcribir pasajes de novelas (como *El amante de Lady Chatterley*, entre otras) donde se describían minuciosamente muchos de estos contenidos y se abría a su fantasía un sinfín de posibilidades a ejecutar en el futuro. Su escuela de sexualidad fue la promiscuidad paterna. Nuevamente, sobresale esta cualidad deshumanizada que se haría presente en H.M., ya que las mujeres eran etiquetadas como productos de consumo impersonal y efímero, cual producto de supermercado. El coleccionismo de imágenes y pasajes eróticos era, en la configuración psicosexual de un niño, un puente a la posesión posterior: recortes en un álbum secreto. La disociación patriarcal: mujer/madre, mujer/objeto de deseo fugaz, se repetía como un guion transgeneracional.

En su imaginario, él tendría que ser un amante capaz de sumar y superar todas las variantes sexuales desplegadas por los personajes literarios, cuyas hazañas admiraba y aspiraba a realizar algún día. Mi hipótesis a este tenor es que: en el coleccionismo de álbumes de recortes y pasajes eróticos transcritos, él estaba expropiando de su intimidad a otras personas/personajes para componer una identidad de súper-macho, aspecto central en sus identificaciones con la figura paterna y en la idealización del patriarcado más rancio que impregnaba el entorno familiar. Podría juzgarse que se trata de un itinerario de aprendizaje común a niños y adolescentes, pero en H.M. tenía un componente obsesivo y paranoide que desbordaba cualquier rito

iniciático: esbozaba su ideal del yo más afín con la imagen paterna, al tiempo que erigía un rasgo central en su identidad: qué significa ser hombre: ser “todos los hombres”, aunar en un macho, toda una manada de machos. La ambivalencia hacia su padre admirado/odiado impregnó sus identificaciones: de una parte, deseaba ser el omnipotente comprador (conquistador) de mujeres; por otra, lo escarnecía por desdeñar y ultrajar a su madre con sus aventuras furtivas y adúlteras. Su padre (D.M.) y él mismo actuaban cual si cumplieran una consigna ancestral: los hombres tienen el derecho y el deber de demostrar que lo son acumulando el mayor número de mujeres bajo su poder, rubricado con una sexualidad parcial que despojaba de identidad (nombre, rasgos, atributos) a cuantas mujeres accedieran. No me resisto a introducir el concepto adquisición, en lugar de relación, ya que para ambos faltó siempre el reconocimiento de la subjetividad del otro (u otra), y no alcanzaron jamás una forma de intercambio en la que el otro fuera un ser completo e integrado, más allá de la función específica y temporal que le asignaran: procreación, sexo, compañía, negocio, compra-venta.

El primer matrimonio duró 10 años, y se rompió por infidelidades de ella, sanitaría en un hospital importante, y que, según él, se había acostado con media plantilla de médicos. Lo que hace de este episodio algo singular es lo que comenzó a suceder a partir de entonces: durante los meses que siguieron al descubrimiento y la explosión pública del ‘escándalo’ y que, por descontado, justificó que a ella la juzgaran una puta y que la familia de H.M. le obligara a repudiarla y a separarse de ella, es que continuó teniendo encuentros clandestinos con ella –desprestigiada como mujer pero

revalorizada eróticamente como amante-, teniendo a partir de este momento el mejor sexo de toda su historia conyugal. El material con que se alimentaba el deseo de H.M. era la evocación supuesta y minuciosa de los episodios de adulterio que ella había mantenido durante su matrimonio, ingrediente éste en el que ella consentía porque se sentía adulada al comprobar en él un enardecimiento pasional que no existió durante su convivencia regular previa al adulterio y al divorcio. Mi propuesta interpretativa es la siguiente: H.M. fagocitaba las virtudes amatorias de los amantes de su exmujer, empleándolas en sus encuentros, pues trataba de demostrarle/se que él era mejor amante que ellos y podía ofrecerle a ella una mejor intimidad erótica. Asimilaba, se apropiaba y reproducía los comportamientos de sus rivales y construía imaginariamente un escenario en el que él triunfaba sobre ellos porque, buen aprendiz, emulaba la creatividad de los otros y de este modo trascendía una identidad empobrecida y torpe, deviniendo “todos los hombres” y el mejor entre ellos. No se trataba en absoluto de un intento de reincorporar al objeto perdido, completamente denigrado y aborrecido por la humillación pública que le había infligido al haberle ‘puesto los cuernos’, sino de una autorreferencial exhibición de narcisismo perverso: si él se acostaba con su exmujer adúltera triunfaba sobre el resto de los hombres (machos) que antes habían estado con ella, por lo que se coronaba como el vencedor entre los amantes.

Sin lo que precede no puede entenderse la siguiente viñeta: En sus viajes de negocios, aún en vida de su padre –actuando como testaferro del mismo y como hermano mayor-, comenzó a via-

jar para diversificar y expandir el negocio. Casado aún con su primera mujer, comenzó su propio álbum de mujeres de carne y hueso (ya no cromos, recortes de *Interviú*, pasajes de novelas o postales eróticas), repitiendo la pauta paterna de clubes de alterne y relaciones furtivas, que él no computaba como infidelidades porque a su juicio no eran más que expresiones del ejercicio normal de la masculinidad que él había introyectado y sin más función que el puro desahogo fisiológico (racionalizaciones sobradamente comunes en nuestro entorno cultural y de las que están transidos millones de hombres y mujeres, contemporáneos nuestros todavía). Si se da pábulo a su confesión, habría estado con más de 200 mujeres en su vida. No es este el asunto que, no obstante, deseo resaltar ahora, sino su hallazgo del placer voyerista que pronto descubrió: solía alojarse, si era posible, en hoteles que tuvieran ventanas a parques o jardines y, aprovisionado de unos prismáticos, observaba las actividades de las parejas en los alrededores. Esta variante de su coleccionismo de estampas la expresó ante mí con bastante más vergüenza y pudor que otras y una vez más la racionalizaba como una fórmula para contrarrestar su inseguridad y su fragilidad: “no quería quedar anticuado y fuera de onda en sus prácticas amorosas y por eso absorbía con sus ojos esas nuevas ideas de la sexualidad fugaz y juvenil”. Mi hipótesis es aquí que expropiaba y robaba la intimidad de otros para construir una intimidad potencial e imaginaria en la que su propia angustia de castración no existía porque, mirando, se convertiría en competente y tendría todas las fórmulas de éxito sexual que le impedirían fracasar

como hombre, ya que emulaba a “todos los hombres”. El sexo voyeur que protagonizó en la década de sus '30, fue reemplazado por el cibersexo voyeur en su década de los '40 y por las páginas de contactos en sus '50. En todos los casos, una personalidad como sí, inscrita en una fantasía megalómana y perversa regida por un yo ideal delirante fagocitaba y se apropiaba de todas las aventuras sexuales que contemplaba negando su propia castración y su impotencia. Su realidad tan prosaica y sórdida de hombre cornudo, abandonado y solitario era suplantada en su voyerismo por el simulacro de un galán irresistible, sabio en sus artes amatorias, seguido y aclamado por varias amantes a quienes imaginariamente había conquistado desde sus falsos perfiles con fotos robadas.

Un episodio más en esta andadura perversa, tal vez el más sádico de todos ellos, se desarrolla durante su segundo matrimonio. Se casó con una mujer agraciada, 10 años menor que él. Durante sus primeros años de casado, él la devaluó y sometió porque a la par que mantuvieron los primeros contactos, ella estaba viéndose todavía con quien había sido su pareja anterior, en una serie de cariñosas despedidas, que certificaban la ambigüedad y las dudas que ella tenía sobre a quién elegir definitivamente. No teniendo trabajo propio ni formación completa, bastante dependiente de su familia de origen, se decidió por H.M., a juicio de él porque le ofrecía mayor tranquilidad económica y no precisaba buscarse un empleo. H.M. gusta de exhibirla en sus paseos por las calles céntricas de la ciudad, mostrando a todos que su primer ‘fracaso’ matrimonial no le ha derrotado y que no ha quedado

mancillado por el adulterio, puesto que él ha conquistado a una chica joven y sin 'cargas' de hijos: una mujer *de primera división*, como la presentaba él. La intimidad sexual que van confeccionando entre ambos se va tiñendo de crecientes elementos de dominación por su parte, incorporando gradualmente ingredientes sádicos claros: por ejemplo, para su estimulación sexual, la coacciona a visionar películas pornográficas y, sobre todo, se hacía contar pormenores de los encuentros que ella había mantenido con otras parejas previas.

H.M. se irritaba y violentaba conociendo lo que su mujer era forzada a referirle -siendo falso en gran medida-, para estimularlo sexualmente y a lo que ella accedía para que acabara cuanto antes y la dejara descansar, a menudo entre lágrimas y dolorida. En uno de estos terribles momentos, ella relató que su propio padre la obligó a copular con él. El presunto incesto y otras truculentas agresiones sexuales narradas por ella obraba el milagro de vivificar una sexualidad que mostraba ya impotencia ocasional pero cuya culminación orgásmica él vivía como un desafío diario. En paralelo, su mujer acusaba el desgaste emocional de estos atropellos a su dignidad y a sus secretos, sintiendo paulatinamente que aquello que representaba su mayor bochorno personal se convertía en afrodisíaco que enardecía la virilidad declinante de su marido. Las vivencias que más la degradaban a ella eran utilizadas por su marido para despojarla de su condición de mujer y convertirla en un objeto mediador en su reafirmación sexual. La consecuencia fueron manifestaciones depresivas: llanto, abulia, repliegue, reforzamiento de los lazos con su familia de origen y, finalmente, el abandono sin preaviso ni nota explicativa de

la casa conyugal. Es obvio para mí que, con ella, H.M. perpetró

Un abuso más grave que los anteriores, una violación de su cuerpo y de sus límites, invadiendo aquello que ella necesitaba mantener en penumbra y en silencio para poder respetarse mínimamente a sí misma. Como no le fue posible, pagó el precio de despersonalizarse: devino una muñeca, un personaje que exageraba estridentemente todas las transgresiones para complacer otra forma de voyerismo auditivo (las historias eróticas de las violencias sexuales de las que ella, presuntamente, había sido víctima. Mi hipótesis a este respecto es: con ella, H.M. dio un giro de tuerca más en la necesidad de construir una pseudoidentidad de macho y una pseudointimidad de marido: de cara al exterior, estaba casado con una mujer "virtuosa", pero él la moldeaba y extorsionaba para convertirla en la intimidad en una incestuosa mujer, triunfando con ello frente a otros hombres y frente al rival-padre.

Una vez consumado su segundo divorcio, regresa sin restricciones a su viejo hábito de las páginas de contactos. Falseando y ocultando siempre las características que le avergonzaban, se aventuraba esporádicamente a tener encuentros sexuales con chicas con las que había conectado en el coqueteo virtual, pero al no atreverse a desvelar los rasgos que él pensaba que las ahuyentaría, planificaba una escena erótica que puedo entender como de antivoyerismo. En una ocasión, acordó un encuentro con una chica que tenía la misma edad de su hijo mayor, por lo que él se sentía halagado y reforzado, pero para no descubrir el engaño de ella simuló un juego: ella llamaría al timbre, él la abriría y la esperaría en la cama sin luz alguna. Él

guiaría sus pasos con su voz, de tal modo que el encuentro erótico no tendría prólogo ni visual, ni de conversación. De forma tal, que él sacrificaba su pasión de ver a su joven conquista a cambio de no ser visto por ella, pretendiendo con ello mantener la ficción de ser como el joven avatar de treinta años que había fabricado en su perfil. Ella accedió, pero el tacto la sacó de su engaño y le propinó una vivencia de humillación y bochorno que ni esperaba ni sentía merecer, huyendo muy violenta por el ultraje. Mi hipótesis en este punto es que, a oscuras, H.M. jugaba plenamente con su pseudoidentidad y manipulaba al objeto como un fetiche confirmatorio de su hombría, siendo el hombre en plenitud que, desde la impostura, había creado en la representación mental de sus amantes.

Una última viñeta ilustrativa de su estructuración perversa: comenzó a viajar al Caribe tras comprobar que ninguna mujer de las que conocía en singles o en foros de internet le interesaba. Rehuía cualquier situación que pudiera comprometerle a mantener encuentros sexuales con ‘amigas’, no se preocupaba de no experimentar deseo sexual alguno hacia ellas, sino que la intimidad le repugnaba. Reducía a todas las mujeres a una burda categorización: “follables y no follables”. Pues bien, las mujeres reales a su alcance pertenecían sin excepciones al segundo bloque, pero su prurito identitario de hipermacho le dictaba que debía tener intimidad sexual con mujeres, aunque para despertar su deseo y burlar su impotencia creciente debiera recurrir a píldoras azules y a mujeres muy jóvenes. En el Caribe recuperaba – puede ser que con alguna menor- su yo ideal de virilidad sobresaliente. Lo

asombroso es que, al fin, pudo renunciar a la intimidad y a la comunicación real o impostada. Solo le fue vitalmente importante para su supervivencia personal preservar lo que consideraba troncal en su identidad: ser ‘hombre-macho’, encarnar a su propio padre.

De los malestares de la masculinidad a los “molestares”.

Jablonka (2017), en una durísima obra en la que traza y reconstruye las variables que confluyeron en la muerte violenta de una chica francesa con tan solo 18 años, a manos de un desalmado delincuente reincidente, contempla los múltiples rostros de la masculinidad que forman parte de la sociedad del siglo XIX:

El espectro de las masculinidades descarriadas del siglo XXI, tiranías de machos, paternidades deformadas, el patriarcado que no termina de morir: el padre alcohólico, el nervioso, histrión exuberante y sentimental; el cerdo paterno, el pervertido con mirada franca, el padre que te da lecciones mientras te toquetea en los riñones; el cabecilla adicto, presuntuoso, posesivo, el que jamás será padre, el hermano mayor que ejecuta a manos desnudas; el jefe, el hombre del cetro, presidente, decisor, potencia invitante. Delirium tremens, vicio untuoso, explosión mortífera, criminopopulismo: cuatro culturas, cuatro corrupciones viriles, cuatro maneras de hacer de la violencia una heroína (Jablonka, 2017, p. 364).

El retrato (o perfil) dibujado de este hombre difiere mucho del ofrecido por Verdú (2001) hace unos años al hablar de las

nuevas masculinidades. No se ha resituado ni ha elegido a partenaires que le ayuden a reubicarse en el nuevo ajuste de sensibilidades y géneros. Superficialmente se muestra como un 'cavernícola', desvirilizado pese a su machismo y al sometimiento de sus objetos. Entre todas las etiquetas diagnósticas que le son aplicables, la de "perverso narcisista", podría ajustarle como un traje, pues para afirmarse, debe destruir. Hay una voluptuosidad en la bajeza y un triunfo en la derrota o humillación de las figuras de relación que son, a un tiempo, fútiles para su afectividad, pero imprescindibles para su afirmación masculina (Hirigoyen, 1999). Su frágil narcisismo le empuja a robar, a vampirizar a quienes trata. Luego carga sobre ellos sus propios fallos, externalizando cualquier culpa, sintiéndose víctima ultrajada. Primero enferma a sus víctimas para luego erigirse en su curador o en el atento esposo que se ocupa de sus parejas *des-carriadas* en la depresión o en las somatizaciones. Representa ese oxímoron que es el torturador salvavidas. Vacía a sus víctimas para luego 'salvarlas' (Bouchoux, 2016).

Cuando Bonino (1998) se propuso "deconstruir" la supuesta normalidad masculina, achacó gran parte de la culpa a los cuatro preceptos o mandatos que han pesado sobre el hombre; imperativos que han marcado una disyuntiva sobre el ser o no ser un hombre, que, en suma, es sobre la identidad/no identidad masculina. Responder a ese implícito: ¿Qué significa ser un hombre? Se ve atravesado por cuatro ideas tan básicas que parecen los cuatro elementos bioquímicos que componen el ADN: 1) No tener nada de mujer, 2) ser importante, 3) ser duro, 4) hacer mi deseo (cumplir mi deseo). De resultas, emerge una nor-

mativa hegemónica de género responsable de organizar la producción de masculinidades que pasan por ser adecuadas, integradas, correctas, pero que esconden una amplia diversidad de manifestaciones psicopatológicas. Sin embargo, convertir en paradigmática de la normalidad/salud la identidad masculina deja *oculta a simple vista* la perversión y el malestar múltiple que viven los hombres y más aún el *molestar* múltiple que causan a los demás (compañeros, hijos, parejas), sobre todo si se trata de mujeres (de *sus* mujeres).

La articulación de la identidad masculina tiene mucho que ver con la acomodación a unos ideales y arquetipos que están en la cultura pero que tejen también la subjetividad intrapsíquica. Bonino, hizo un perfil certero de H.M. al escribir lo siguiente:

tener una representación de sí como varón es el resultado de la constitución predominante de una subjetividad con límites yo/otros hiperreactivos, conformada por un yo centrado en sí y en el logro con la narcisización del dominio y la violencia, un Yo-ideal de perfección elevada y grandiosa, un sistema de ideales muy elevados centrados en el dominio y control de sí y otros (...), un superyó con alto contenido de mandatos narcisistas y de crítica severa, un predominio del deseo de dominio, un deseo sexual legitimado y vivido como autónomo, la proyección y el control de la acción como formatos de reacción frente al conflicto, un desarrollo logrado de habilidades instrumentales y un tipo de vinculación desconfiada y poco empática (Bonino, 1998).

Aplicando la peculiar psicopatología con visión de género que se extrae de su propuesta, me resulta útil entender a

H.M. a la luz de diversos malestares y molestares diversos:

MALESTARES MASCULINOS:

A.1. Trastornos por sobreinversión del par éxito-fracaso.

A.1.1. *Trastornos por búsqueda imperativa del éxito y control.*

A.1.2. *Obsesiones-compulsiones por la sexualidad propia o ajena...*

A.1.3. *Trastorno por sentimiento de fracaso viril.*

A.1.4. *Retracción vital, timidez, aislamiento, falta de deseo...*

A.2. Patologías de la autosuficiencia con restricción emocional.

A.2.1. *Síndrome de impasibilidad masculina.*

A.2.2. *Alexitimia: pensamiento operativo, trastornos somáticos, falta de empatía.*

A.2.3. *Fobia a la intimidad (guardar las distancias).*

A.2.4. *Dependencia de la pornografía.*

A.2.5. *Delirio de autosuficiencia.*

A.2.6. *Adicción a la tecnología.*

A.2.7. *Sobreinversión del quehacer para sí.*

A.2.8. *Homofobia.*

A.2.9. *Dependencia emocional de las mujeres (parasitismo emocional).*

A.3. Trastornos por sobreinversión del cuerpo-máquina muscular.

A.3.1. *Adicción a los gimnasios, deportes temerarios, con desgarros y fracturas.*

A.3.2. *Sobreinversión del cuerpo exterior y desinversión del interior.*

A.3.3. *Mal manejo de las enfermedades, hospitales, sangre, etc.*

A.4. Hipermasculinidades.

A.4.1. *Machismo grupal callejero, exceso de alcohol y drogas, emparejamiento con mujeres muy jóvenes,*

A.4.2. *Comportamientos contrafóbicos que esconden su vulnerabilidad.*

A.5. Patologías de la perplejidad o trastornos de la masculinidad de transición.

A.5.1. *"Perder el norte", no hacer pie ante la falta de referencias tradicionales.*

A.5.2. *Ocultamiento de los ajustes que se hacen en privado para no recibir burlas.*

A.5.3. *Crisis de identidad masculina.*

A.6. Trastornos derivados de orientaciones sexuales no tradicionales.

ABUSOS DE PODER Y VIOLENCIAS ("MALESTARES" Y MALTRATOS MASCULINOS):

Suelen ser egosintónicos.

B.1. Abusos y violencias de género.

B.2. Abuso de poder y violencias intragenéricos.

B.2.1. Jerárquicos y generacionales: Bullying acoso a los “menos hombres” o a los “menos enterados” (fanatismo): “menos dueños de la verdad”.

B.3 Abuso de autoridad y poder político.

B.4 Patologías de la paternidad y la responsabilidad procreativa:

B.4.1. *Dejación el rol continente/protector parental.*

B.4.2. Uso perverso de los hijos; uso sádico de la educación.

B.4.3. *Rivalidad patológica hacia los hijos varones.*

B.4.4. Huida o desentendimiento ante embarazo u obligaciones.

TRASTORNOS POR TEMERIDAD EXCESIVA:

Hipervaloración del enfrentamiento al riesgo. El riesgo de muerte, asegura la vida narcisista.

- conducción temeraria,
- adicción a la aventura, deportes y juegos desafiantes,
- prácticas sexuales poco seguras,
- apuestas,
- ingestas brutales de alcohol, comida o drogas.

TRASTORNOS POR INDIFERENCIA A SÍ O A OTROS/AS.

D.1. Patologías de la autosuficiencia indiferente o agresiva.

D.2. Autocentramiento: “Déjame en paz”.

D.3 *Insolidaridad, despreocupación por los prójimos.*

TRASTORNOS POR EXCESIVA OBEDIENCIA.

Normopatía viril o excesiva adaptación a los ideales de la masculinidad tradicional. No se queja, se pliega a la jerarquía, con la esperanza de trepar y llegar a la cúspide: trepa, aplanamiento vital, frecuentes somatizaciones.

TRASTORNOS POR REBELDÍA EXCESIVA.

F.1. Sociopatía, perversiones, antisocialidad.

F.2. Rebeldías adolescentes.

DEPRESIÓN MASCULINA: Suele ser una depresión enmascarada, camuflada bajo la acción, el ocultamiento emocional, la ira, la negación de la debilidad.

Su apariencia suele ser:

Aislamiento.

Irritabilidad.

Escapar de situaciones afectivas y sociales.

Se da el *modo huraño: aislamiento silencioso, que no acepta que le digan nada*, y el modo agitado, con predominio de la

irritabilidad, la explosividad y la amargura. Un animal enjaulado, hipersusceptible, hiperactivo e inaguantable por sus exigencias. Suele descubrirse por sus consecuencias: intoxicación frecuente, accidentes, suicidio, asesinato de hijos...

Masculinidad y perversión se conforman recíprocamente

De entre todas las viñetas clínicas resaltadas, emerge como común denominador una evidencia: la imposibilidad de vínculo fruto del fracaso en el apego infantil y de un narcisismo primario erigido sobre bases artificiosas y frágiles (ver ser vistos, aparentar, dominar, acaparar, poseer). La estructura perversa y cínica se sedimenta tempranamente por la introyección de la figura paterna, de muy parecidas hechuras a las propias, imagen y encarnadura de un ideal del yo deformado en la creencia de que sus rasgos llevaban aparejado el éxito social y económico, la hombría, el dominio patriarcal sobre la prole y el respeto temeroso de los plebeyos asalariados a su cargo.

Ese tipo de construcciones ideológicas y culturales persisten en mundos de pensamiento y acción que suelen quedar fuera de los consultorios, pues la incapacidad de introspección y mentalización por parte de personas tan primitivas como H.M., no demandan ayuda terapéutica que pase por la palabra. ¿Qué razones ciegas me guiaron a mí para aceptar un caso que, a juicio de Betty Joseph, podría parecer claramente inaccesible y a juicio de C.A. Paz inanalizable?: La sintomatología depresiva que en el momento de la consulta destacaba

por encima de cualquier otra consideración. Filtré la dificultad de adaptación de un hombre cuyo modelo mental y su patrón cognitivo estaba claramente desajustado del contexto, de un entorno que le aislaba y repelía porque él encarnaba coordenadas medievales de virilidad y lo repelía como apestado social. Él no buscaba en la terapia resolver su sufrimiento mediante su ajuste y cambio, sino potenciando el atractivo que garantizara la perpetuación de un modelo de poder y control sobre el otro. Por lo demás, sus objetos de relación debían adaptarse a sus pretensiones, abandonándolos si no cumplían la función de objetos-narcisistas, esto es: si no eran lo bastante guapas, ricas, interesantes, jóvenes, bien decoradas...

La personalidad perverso-narcisista de H.M. desemboca en depresión ante el fracaso de las construcciones idealizadas y fetichizadas de objeto. Cuando éstas se desmontan porque las mujeres yuguladas se apartan. Destruyendo su yo ideal fastuoso pero irreal y quebradizo, emerge la depresión narcisista. Las performances perversas que he narrado (muy sintéticamente) semejan ser el equivalente teatralizado de un yo maníaco omnipotente, mediante el cual puede inventarse, crearse y construirse como un impostor siendo el hombre/los hombres que nieguen la castración del hombre real, su impotencia, vejez, inanidad, soledad. Cruz y cara de un narcisismo primario cuarteado y cuestionado, puesto a prueba e invalidado, en cada ocasión en que ha necesitado sostenerse sobre pilares extrafamiliares.

Certificación de un nuevo hombre de narcisismo depauperado por la crisis del modelo patriarcal y el advenimiento de

mujeres libres, que pueden elegir (mejor dicho: pueden no elegirle), dejando en evidencia su ridiculez. Preferir la muerte antes que ser humillado o descubierto en su precariedad. La única forma de evitarlo es no admitir en su círculo a ninguna mujer *igual*, así puede anularlas, vejearlas o tiranizarlas.

Lo inquietante.

Crastnopol (2019), en su obra sobre micro-traumas, incluye una variante micro-traumática que denomina “intimidación inquietante”. En ella, uno se apodera del otro. La dulzura de la intimidad enmascara y oculta la agresión o el abuso que se comete. En cada pareja hay que distinguir cuál es el límite exterior, pero también cuál es el límite interior que se pone: el límite de intolerabilidad. Es claro que en las relaciones establecidas por H.M. buscaba crear intimidación pero elegía una forma perversa pues eludía la autenticidad. El resultado fue una simulación que precisaba crear la “cooperación deseante y seducida de un objeto externo”. Aparentemente, sus parejas son cómplices de sus de aproximaciones perversas, pero son forzadas a una complicidad con el juego de su perpetrador, sin disfrutar en absoluto del mismo, vivido como tortura. A H.M. la ‘intimidación inquietante’ no le provee alimento psíquico alguno, mientras que a sus parejas les roba esas confesiones *estimulantes* con la violencia de la posesión, so pretexto de construir un lazo fuerte de entrega mutua.

Adopto el criterio de McDougall (1998) para avalar el diagnóstico de masculinidad perversa, basada en: (1) *coacción* (dominio, ejercicio de poder) sobre un

sujeto no autónomo o vulnerable, (2) *ausencia de empatía con el otro*, o incluso despersonalización del otro. Por consiguiente, (3) hay una *falla* esencial en el *reconocimiento de la subjetividad* del otro, razón por la que también se produce (4) un *fracaso* inapelable en la *intersubjetividad*, en la mutualidad, en la reciprocidad y en la co-creación de un verdadero espacio de encuentro y fecundidad. Finalmente, (5) *ausencia de intimidad* porque no atribuye identidad al otro y porque anda buscando la suya propia.

Es patente la repetición de los guiones de vida transgeneracionales que pendulan entre lo mismo y lo idéntico, mostrando la clonación tanto en el contenido (sexual preobjetal), como en las formas (lenguaje, actitudes), y en el paso al acto perverso entre su padre y él mismo. Cada nueva repetición es una viga más en la edificación del mito familiar patriarcal. El ‘legado maldito’ que ha alcanzado tanto a H.M. como a sus otros hermanos procede de las identificaciones inconscientes alienantes (Faimberg, 1985) y opera como “fossilización psíquica”, “enquistamiento” de la masculinidad del padre-tío-abuelo¹, en una saga que se remonta al pasado (Kaës, 1998).

Busca objetos que no se rebelen, como no lo hizo la madre, que solo actuó póstumamente su ferocidad contra el padre. No por casualidad, todas las esposas de los hermanos y las suyas propias sí ejecutaron esos enactment que su madre no actuó, certificando con ello que reaccionaron a la obsolescencia del modelo patriarcal heredado. Ellas sí actuaron la

¹ Todos los hermanos se han divorciado, uno de ellos estuvo en la cárcel por violencia de género

y otro tiene una orden de alejamiento de su exmujer.

protesta desgarradora que su madre reprimió.

Subrayaré una vez más la escisión del afecto, que permite desplazar toda su carga sobre una sexualidad-cosa, prosaica y no vinculante. Casi retórico y capcioso es señalar la fijación ambivalente, no integrada, a sucesivos objetos parciales que le defienden de la fusión primaria con la madre (amada-odiada) y le protegen del riesgo incestuoso que su identificación paterna podía despertar. En la medida en que las mujeres-cosa de la pornografía o los clubs, podían ser despersonalizadas y mezcladas en una amalgama de cuerpos sin rostro ni nombre, solo quedaba preservado el nombre-rostro de la madre. Y en la medida en que él emulaba las gestas de consumo sexual masivo de su padre, su donjuanismo de tarjeta de crédito, podía incorporar la potencia del padre, librándose de su fantasma de impotencia y castración.

Despojamiento de subjetividad en la transferencia

Mi incomodidad contratransferencial derivaba de la inexistencia de subjetividad y de subjetivación. Ni la poseía él ni la buscaba o se la otorgaba a los objetos de trato (fueran éstos laborales, familiares o sexuales). La forma de comunicación neutra, distante, envolvía las sesiones de un aura maquinal e irreal. Veamos: al relatar cualquier episodio, la disociación se hacía patente con el uso de la tercera persona y de las expresiones impersonales: “uno está cansado de esperar a quien no llega”, “tener éxito con las mujeres te da puntos”, “se supone que se puede encontrar a alguien más joven y guapa que quiera estar con un

hombre de casi 60 años”, etc. No hay sujeto en el discurso, no hay implicación, no hay verdadera confesión o entrega de sí mismo. Su rostro, tanto como sus palabras, opacan, como si de una máquina expendedora de palabras se tratara, cualquier revelación de su mundo psíquico. Sin embargo, no veo en ello, en modo alguno, contención, represión o timidez, sino simulación. Juega a esconderse pretendiendo que el experto (la experta) le descubra, sin arriesgar su orgullo, poniéndolo a prueba, exigiéndole/me que le demuestre que valgo lo que paga por el cumplimiento de mi función.

Hoy puedo adoptar la creencia de Tabbia (2018b) según la cual la tarea acogedora de un psicoanalista: “consiste en ofrecer una “actitud placentaria” que transforme... actuaciones en significados, y excitaciones en vínculos, que transforme emociones en imágenes” (p. 3). Yo, inicialmente interpreté que buscaba esa ‘placenta analítica’ que le permitiera expandir y liberar su sufrimiento sin riesgos, pero tardó en mostrar toda variedad e inmensidad de elementos beta que fue desgranando, y aún hizo falta más tiempo hasta que mi mente pudo metabolizar la toxicidad que contenían y devolverlos transformados en elementos alfa, integrables. Tal fue mi ruta de viaje terapéutico, la aspiración que estimuló mi *furor sanandi*, pero claro es que fracasé en mi empeño. No podía haber intimidad porque no había intersubjetividad. Ni él era sujeto, sino arquetipo, ni yo era sujeto, sino función. Su repetición transferencial era la de una transacción comercial más; *él esperaba réditos, no cambios*, y yo era un vendedor más a quien engatusar con la autocompasiva imagen del ‘pobre de mí’.

H.M. reclama de mí una *función-ordenador (oracular)* convirtiendo la sesión en un simulacro de encuentro, reproduciendo el modelo de contacto cibernético que mantiene en sus redes sociales. Cada sesión deposita ante mí el encargo de procesar mentalmente un conjunto de síntomas o malestares, demandando de mí que ponga en su “carrito de la compra” virtual un elenco de soluciones y estrategias que luego intentará aplicar en su vida. Por ese motivo, mientras yo hable y le aclare, le interprete o le demuestre que intento conseguir algo, no es necesario registrar ni mi estado, ni mi aspecto, ni mis condicionantes físicos severos durante un tramo de la terapia. Yo fui despersonalizada en la transferencia como lo eran los contactos virtuales a los que acudía, o los compañeros fortuitos en sus reuniones de singles y las figuras intercambiables con las que se relaciona en los clubs o en sus viajes de negocios.

H.M. me hizo pensar en un estilo de *transferencia operatoria* (Zubiri, 2018). Su lenguaje descriptivo, enunciativo y concreto, revelaba padecer una grave alexitimia así como una fuerte disociación, un vacío pronunciado del nivel fantasmático e imaginario. Un agujero negro que hace densa la ausencia de mente tanto en él como en toda la red familiar y de la que dan cuenta sus numerosas y graves expresiones psicósomáticas. Nunca faltó a una sesión ni se retrasó, incluso a menudo solicitaba más sesiones de las acordadas semanalmente, pero no por ello abandonaba el estilo operatorio ni lograba ligar su angustia difusa con significantes verbales o emocionales.

La cortesía formal a la entrada y a la salida de sesiones es un envoltorio que transmite una microagresión y que ejercía

sobre mí en la transferencia un efecto microtraumático por encubrir los ataques al objeto que comprendían el transcurso de los cincuenta minutos de cada sesión (Crastnopol, 2019).

La impostura

Preguntándome acerca de todo ello, colijo que tras la envoltura perversa se aprecian dos problemas: la simulación (pseudoidentidad, personalidad como si, *pretend mode*) y la inexistencia de espacios intersubjetivos (intimidación). López Mondéjar (2019) acuñó la expresión *hombres huecos*, casi como si hubiera conocido a mi paciente. Claro es: si no hay sujeto, no puede haber espacio intra ni intersubjetivo. Si no hay sujeto auténtico, solo cabe la simulación relacional de relaciones decepcionantes y vacías. Las mujeres no son ‘objetos’ externos y no dejan en su psiquismo objeto interno alguno. Tan solo son ‘objetos de consumo narcisista’. La causa es temprana, viene de la incapacidad de amar de la madre: “no se produjo esa fusión necesaria con un objeto amoroso, esa alienación necesaria para posteriormente poder separarse y construirse. Un «yo» normal va a encontrar en condiciones corrientes un refugio en ese narcisismo sano, en ese amor a sí mismo” (García Beceiro, 2016). (H.M.) carecía de ese refugio.

El uso recursivo de las identidades falsas en las redes de contacto y su identidad fallida me remiten a la personalidad del impostor. En el retrato que hace García Beceiro (2016) del mismo, se vislumbra el hambre de identidad, la oquedad, el vacío narcisístico que conduce a buscar alguna clase de reconocimiento siendo otro. La solución maníaca o huida hacia delante del duelo no realizado por lo que no recibió de amor materno, degenera en un uso instrumental

de los objetos de amor, cuya función es llenar su falta de ser. Se da una alternancia entre las identidades simuladas grandiosas y deseables (en sus juegos depredatorios con las mujeres en internet) y la identidad victimista, quejosa y melancólica que muestra al comienzo de la terapia. Ha recibido el máximo daño y causa el máximo dolor. Nunca pudo habitar cómodamente su propio yo; no construyó un narcisismo saludable, sino lleno de heridas e imaginó que la solución estaba en recibir el refuerzo que las mujeres darían a sus alias. Intolerante a la verdad ni en sí mismo ni en ellas, sus objetos amorosos son pseudoobjetos que no le importan sino como alimento narcisista a la identidad que parasita. Racamier (1986) lo denominaría “caracterosis perversa” y Paul Dennis “perverso narcisista” (2012): lo erótico, aunque parezca ocupar un lugar relevante, solo está al servicio de la elevación narcisista de un yo inflacionario.

Se da una suerte de mecanismo de transformación en su contrario, pues cree que el triunfo para él está en pasar de la pasividad del hijo que acata y *traga* a la actividad del hombre que impone y fustiga. Las formaciones reactivas son también evidentes en sus mecanismos contradependientes. Tal como expresan Schejtman et al. (2017), y como comprobamos en H.M. en relación a sus parejas, la analidad ensuciadora y destructiva que vierte sobre ellas impide el desarrollo de la subjetividad de sus objetos relacionales. Obligándolas a ver pornografía, a oír sus gestas eróticas a través de la red, a detallar sus relaciones previas pese a su carga traumática, logra privarlas de voluntad y deseo propios, fagocitando y expropiando su intimidad, rompiendo cualquier posibilidad

de separación entre ambos, absorbiéndolas hasta alcanzar una fusión simbiótica.

La imposible Intimidad

Cuando la duración de algunas de sus parejas le hubiera permitido crear un espacio intermedio íntimo, lo evitó aterrado. En esos momentos, fomentaba el escparate narcisista: deseaba ser visto y admirado acompañado de bellas esposas que confirmaran su éxito y su condición de macho envidiado. El rechazo de ellas era vivido más como amputación que como pérdida, pues no es el objeto lo apartado, sino un atributo de su valor narcisista. La calle resultaba fóbica para él sin la compañía de una mujer bella, percibiendo entonces su fracaso de ser un hombre mutilado en su masculinidad. Complementariamente, el hogar era una jaula de leones y el placer de la intimidad una quimera (Bleichmar, 1999). La dulzura del exhibicionismo está en eludir la castración. Solo era hombre en la mirada de otros hombres que reconocieran su conquista; «Al perverso se le hace intolerable la intimidad, tanto la propia como la ajena (...), la acción del perverso atraviesa y penetra los más recónditos intersticios en donde la intimidad del otro, mora» (Tabbia, 2018b, p. 195).

Retrospectivamente, tiendo a pensar que su progresiva y casi constante impotencia se mostraba como un ensayo de neurosis, un modo de abandonar su recalcitrante perversión narcisista. Comenzó a suceder cuando comenzó a dudar de su valor narcisista como hombre. Cuando debía medirse con la mirada de una mujer deseada, entonces temía fallar y fallaba. Acaso entonces llegara a

contemplarse con la mirada de ellas. Acaso entonces podía comenzar a elaborar una teoría de la mente acerca de lo que ellas veían y su yo ideal maniaco se derrumbaba, se caía, metaforizado en su pene flácido.

Al no haber conservación del objeto más allá del fugaz arrebató pasional, sobrevénía el vacío que empujaba a una nueva búsqueda compulsiva. Destaco lo siguiente: siente dañada su imagen pública tras los divorcios; habla de sí mismo como un leproso social, se avergüenza del fracaso que proyecta en los ojos de sus paisanos. Pasear a solas lo estigmatiza y ha de fingir que camina presuroso a algún asunto. Por ello se refugia en su casa los días de fiesta o se embarca anónimamente en un crucero donde su soledad le cuestiona menos.

Sin embargo, el dolor narcisista que manifiesta no es tanto por no tener intimidad, sino porque los demás sepan que no la tiene, que está incompleto, que ha perdido el don de la conquista. El temor al encuentro fortuito con los *objetos menospreciados* y a recibir la mirada desvalorizante de sus vecinos-jueces, acrecienta su pudor y le recluye. Huye de su vulnerabilidad narcisista y de su *ansiedad a ser visto solo*, mediante la pornografía y la cibersexualidad que le proveen de una artificial exaltación de poder maniaco. Mirar es una forma de entrar parcialmente en el objeto, de asegurar la proximidad sin el riesgo al rechazo, la humillación o la burla: «si el paciente se siente menospreciado intenta revertirlo por medio de la incorporación de la superioridad y la proyección de la inferioridad» (Steiner, 2017, p. 224).

La intimidad, lo hemos dicho más arriba, es condición de la subjetividad (Martínez Álvarez, 2010) y requiere una apertura a

lo más particular del sujeto y un permiso para co-crear con alguien un espacio permeable en el que el yo y el otro penetren sin violencia ni miedo. Para él, la mujer solo cumple una función de sostén de su narcisismo, pero sería una amenaza si fuera reconocida en su separación e individualidad; razón por la que, para autorregularse, precisa anular y absorber todo rasgo que la personalice. Él invade, avasalla, culpabiliza, castiga y violenta para no sentirse forzado a reconocer su espacio propio y sostener la ilusión de dueño de todo. Se concluye que la mujer es el objeto narcisizante del que se nutre vaciándolo, cortando todas las vías posibles de apego. Puede decirse que toca sin encontrarse con el objeto, desafectiviza a sus contactos, apartándolos de su piel y su proximidad inmediatamente, como si sus cuerpos desprendieran radioactividad. Tras la brutal avidez posesiva (Fernández-Villanova, 2018), exhibe autosuficiencia y desprecio. Tal como han recreado Aisemberg et al. (2017), no alcanza a crear el 'borde íntimo' en virtud del cual la piel deja de ser frontera y membrana y pasa a ser punto de contacto e intercambio.

Fernández Miralles (2011) defiende la hipótesis de que este tipo de hombre no trata mejor sus necesidades de apego y afecto de lo que trata las necesidades de los objetos de su entorno, por lo que la propia masculinidad es un síntoma. Prescindir de la ternura y el apego es, en estos códigos terribles, devenir un hombre ante la mirada de otros hombres, salir de la urna de la infancia donde la madre y lo femenino tendrían un lugar. El ideal del yo del devenir masculino comporta y hasta exige abandonar cualquier barrunto de feminidad en sí mismo, y el reconocimiento de lo femenino como algo positivo. La aliena-

ción identitaria de H.M., como la de tantos hombres aferrados al modelo patriarcal de dominación, pasa por reprimir cualquier componente de sus necesidades emocionales, ora por infantiles, ora por femeninas: la roca viva de la pasividad de la que Freud habló en *Análisis terminable e interminable* (1937).

De las tres formas de relación que Levy (2018) glosa de Meltzer: ocasionales, contractuales e íntimas, obviamente H.M. alcanza las dos primeras, pero no ha logrado jamás la tercera; llega a concebirla en el pensar, pero no llega a anhelarla en el sentir porque teme la renuncia al poder totémico que ello supondría. Cuando sale del refugio esquizoide que supone su casa y su trabajo, donde puede sentirse abrumado por sus vacíos y fracasos, incluye en su pseudointimidad relaciones ocasionales (sean éstas de sexo fortuito o de amistad pactada en los clubes de solteros), o relaciones contractuales (matrimoniales y de páginas web) que, sin embargo, no tienen mayor valor subjetivador, porque no admite la diferenciación ni la distinción de peculiaridades. De hecho, él renuncia a cualquier dato personal que las mujeres quieran aportarle: gustos, intereses, circunstancias familiares, incluso ‘escape’ violentamente su desinterés y desprecio por todo ello, “le aburre que le cuenten cosas”, dado que eso dibujaría un perfil más completo e integrado de ellas y le obligaría a desvelar su impostura, dado que él no es quien dice ser en las redes. Para H.M., el control sobre los objetos eróticos, dosificando su presencia-ausencia, su grado de implicación, su volatilidad o permanencia, es condición de garantía de su dominio del espacio psíquico sin riesgo

narcisista. No olvidemos que: «La intimidad es entonces condición y efecto de subjetivación, de identidad» (Guillén Jiménez, Sáez Rodríguez, Sánchez-Palencia Ramos y Gállego Valverde, 2017, p. 146), por ello la rehúye.

El deseo, completamente dissociado del amor, se agota con la pura descarga eyaculatoria. Meramente expulsivo, no introyecta nada del objeto, porque el objeto es solo eso: objeto, y no siendo sujeto no puede darse, sino solo prestarse temporalmente al pasaje al acto del deseo. Para «habilitar la intimidad» (Granados Pérez, 2017), tendría que haber dádiva, entrega, y no solamente uso, explotación, apropiación del objeto. H.M. se limita a reproducir el esquema relacional paterno, como una condena transgeneracional (Sánchez-Sánchez, 2015).

H.M. y sus parejas coluden en un lenguaje perverso y sado-masoquista, creando un monstruo en el espacio intermedio entre ambos, normativizado con el uso, y configurando un lenguaje relacional implícito que ambos aceptan tácitamente: “es lo que hay-es lo que puede haber-es lo que debe haber”, hasta que la presencia de algún tercero (los amantes en el caso de la primera esposa, la familia en el caso de la segunda y los amigos en el caso de la tercera pareja) introduce la valoración dramática y actúa como cuña separadora al perfilarse con claridad el maltrato (Davins et al, 2012). Cuando los terceros resignifican la escena y las colusiones, comprueban su despojamiento, el vaciamiento de su identidad, la fagocitación a que han cedido, víctimas propiciatorias en el altar narcisista de H.M.

En cuando a las razones del impasse terapéutico que condujo al abandono del paciente, observo la imposibilidad de construir intimidad en el trabajo analítico (la atmósfera de que habló Ferenczi), tanto por mi defensividad contratransferencial ante sus maniobras de despersonalización e instrumentalización (que persistían pese a ser interpretadas), lo que a juicio de Tabbia (2018a) degrada la función alfa del terapeuta, como por su reluctancia a recibir y mentalizar visiones de sí mismo que amenazaran su estabilidad en la posición maníaca lograda con sus triunfos perversos. El resultado de todo ello es la soledad, que es refugio y garantía, por una parte, y aterradorante por otra, porque no ha logrado incluir ningún objeto suficientemente bueno habitándola (Winnicott, 1958).

Vampirización del objeto-mujer

Este hombre es un arquetipo de cierta masculinidad que hoy quisiéramos extinta. Un patrón que mantiene viva la vieja guerra de los sexos, pues no está dispuesto a ser con el otro ni para el otro o desde el otro: solo sabe ser contra el otro. Como refleja Fernández Miralles (2011), glosando a Kaufman:

Todo el modelo patrocéntrico, patriarcal, se sustancia en esa fractura que provoca la negación del otro como condición de la propia existencia. El otro es negado, pero como no puede desaparecer (salvo en situaciones extremas) es reducido a la categoría de objeto, es despojado de su subjetividad.

H.M. cumple con todas las limitaciones de la capacidad de amar de la que habla Kernberg (1995, 2011): no posee confianza en el otro, sino que lo destruye para no reconocer su otredad y no admi-

tir su envidia inconsciente (a su atractivo, a su dulzura, a su simpatía); no perdona ni repara las imperfecciones o fallos del otro, sino que castiga y chantagea a sus parejas por ellos, cobrándose siempre un tributo de expropiación y alienación; ignora las necesidades del objeto y no abandona la rivalidad sino que impone la prevalencia de sus caprichos; no flexibiliza ni adapta el lenguaje sexual sino que lo estereotipa, de forma que en vez de incorporar al otro, cambia de pareja para no cambiar de estilo ni de sentido sexual; finalmente, tampoco hace duelo al ser abandonado o rechazado, sino que sustituye al objeto, envileciéndolo aún más para así salir triunfante.

Puedo pensar que se trata de una complementariedad enloquecedora, o que estoy ante un «enlace pasional maligno» (Abelin-Sas, 2004), pero creo que hay una falla primaria en el desarrollo del narcisismo primario y la identidad tan frágil y vacilante, que no favoreció la resolución de una vergüenza primaria oculta (Lansky, 2010) y la sobrecompensó con una indignación incontrolada (Crastnopol, 2012) a través de pasajes al acto perversos y manifestaciones de un narcisismo intratable (Kernberg, 2014) que usa a los demás como asistentes personales expendedores de gratificación en el corto plazo.

Mención especial merece en el análisis del caso, el papel desempeñado en la relación perversa de objeto el uso de internet, causa detonante directa de la ruptura de su segundo matrimonio (al menos la causa que figuró como emergente en la solicitud de divorcio y la razón públicamente exhibida por su exesposa), y su segunda (¿o primera vida?) paralela en las redes. Canestri, prolo-

gando el incisivo y preclaro libro de Burdet (2018) parece estar pensando en H.M. cuando escribe:

«(El ordenador) exalta una falsa autonomía, niega la soledad y utiliza la exhibición permanente en una búsqueda desesperada de reconocimiento nunca satisfecho. Que confunde, obnubila el tiempo en un continuum de ficticia presencia, que incrementa en exceso, sin medida, la excitación externa e interna, que hace proliferar la pornografía, que fractura la relación entre sexo y afecto y convierte el afecto en una mercancía más. Que hace prevalecer la escisión sobre la represión como mecanismo de defensa, dando lugar a psiquismos disociados, fragmentados. Que privilegia el valor fetichista del objeto amoroso pues uno vale el otro» (Canestri, en Burdet, 2018, p. 4).

La recurrencia a los contactos online ejerce un papel excitatorio y calmante, como cualquier adicción a sustancias. Solo que hablamos de sustancia-persona, aunque virtual, intangible, inaprehensible, ficticia, teatral, quizá inexistente

fuera del simulacro. Burdet habla de la irrelevancia del otro del intercambio, de la descarga de sobreexcitación para lo que sirve cualquiera que cumpla los requisitos fetichizados por el deseo caprichoso y voluble. La doble faz que presenta H.M. es la del desesperado y la del apaciguado por la red. Es un esclavo de la cantidad sobrecompensando un gran vacío identitario. Internet es el pecho inagotable y pródigo. Succiona con avidez sus imágenes y mensajes hasta altas horas de la noche, con un hambre inextinguible, pero inmediatamente defeca y denigra a los objetos que le han nutrido e hinchado, cuando a la mañana siguiente se ve incapaz de soportar la soledad (Goldiuk, 2018). Abonado a la promesa infinita e inacabable de satisfacción, su alivio y su veneno provienen de la misma fuente y, curiosamente, estando el mundo real tan cerrado para él, este supermercado de la carne está abierto 24 horas cada día. Le tranquiliza la accesibilidad del producto y se siente colmado con un coleccionismo de sensaciones fugaces pero evanescentes que perpetúa la imagen del Don Juan en una trágica parodia.

Bibliografía

- Abelin-Sas G. (2004). Enlaces pasionales malignos. Separaciones imposibles. *Aperturas Psicoanalíticas* 18.
 Disponible en <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000308#contenido>
- Aisemberg P., Liberman A., Martínez A., Molins C., Puchol M., Suárez M^a A. & Tejedor P. (2017). Saberes, sabores y sinsabores de la intimidad. *Revista de Psicoanálisis de la APM* 80: 161-182.
- Bleichmar H. (1999). Del apego al deseo de intimidad: las angustias del desencuentro. *Revista Internacional de Psicoanálisis. Aperturas Psicoanalíticas* 2.
 Disponible en <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000074#contenido>

- Bonino, L. (1998): Deconstruyendo la "normalidad" masculina. Apuntes para una 'psicopatología' del género masculino. *Actualidad Psicológica*, XXIII (253). Disponible en <http://www.actualidadpsi.com/muestra2.php?numero=253>
- Bouchoux, J.C. (2016). *Los perversos narcisistas*. Barcelona: Arpa Eds.
- Burdet M. (2018). *Amar en tiempos de internet. ¿Me amas o me follow?* Madrid: Underbau.
- Crastnopol M. (2012). La indignación incontrolada: origen y consecuencias. *Clínica e Investigación relacional* **6** (1): 43-51.
- Crastnopol, M. (2019). *Micro-Trauma. Una comprensión psicoanalítica del daño psíquico acumulativo*. Madrid: Ágora Relacional.
- Davins M., Pérez-Testor C., Aramburu I. & Aznar B. (2012). Maltrato en la pareja. Una modalidad de relación dañina. *Temas de Psicoanálisis* **4**: 1-21.
Disponible en <http://www.temasdepsicoanalisis.org/2012/06/18/maltrato-en-la-parejauna-modalidad-de-relacion-danina/>
- Denis, P. (2012). Redefinición de la perversión. *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, **115**: 75-82. Disponible en <http://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201211505.pdf>
- Dryzun J. (2017). La intimidad como experiencia compartible. *Aperturas Psicoanalíticas*, **56**. Disponible en <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000988#contenido>
- Faimberg H. (1985). El telescopaje de generaciones: la genealogía de ciertas identificaciones. *Revista de Psicoanálisis de la APdeBA* **42** (5): 1043-1056.
- Fernández-Vilanova, R. (2018). Dime que soy tuya. Intimidad y pulsión posesiva. *Revista de Psicoanálisis de la APM* **33** (82): 173-186.
- Fernández Miralles, E. (2011). Observaciones previas a una psicopatología de la masculinidad. *Revista del Centro Psicoanalítico de Madrid*, **22**.
- García Beceiro, C. (2016). El impostor. *Revista del Centro Psicoanalítico de Madrid*, **31**. Disponible en <https://www.centropsicoanaliticomadrid.com/publicaciones/revista/numero-31/articulo-el-impostor/>
- Goldiuk H. (2018). Intimidad y la capacidad de "sufrir" la soledad. *Temas de Psicoanálisis* **15**. Disponible en <http://www.temasdepsicoanalisis.org/2018/01/31/intimidad-y-la-capacidad-de-sufrir-la-soledad-1/>
- Granados Pérez F. (2017). Habilitar la intimidad. *Revista de Psicoanálisis de la APM* **80**: 115-144.
- Guillén Jiménez R., Sáez Rodríguez P., Sánchez-Palencia Ramos S. & Gállego Valverde B. (2017). María, la imposible intimidad. *Revista de Psicoanálisis de la APM* **80**: 145-160.
- Hirigoyen, M.F. (1999). *El acoso moral. El maltrato psicológico en la vida cotidiana*. Barcelona: Paidós.
- Jablonka, I. (2017). *Laëtitia o el fin de los hombres*. Barcelona: Anagrama y Ediciones del Zorzal.
- Kaës R. (1991). *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu
- Kernberg O. (1995). *Relaciones amorosas. Normalidad y Patología*. Barcelona: Paidós.
- Kernberg O. (2011). Limitations to the capacity to love. *The International Journal of Psychoanalysis*.
- Kernberg O. (2014). El paciente narcisista casi intratable. *Aperturas Psicoanalíticas* **46**. Disponible en <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000836#contenido>
- Lansky M.R. (2010). La vergüenza oculta. *Clínica e Investigación relacional* **4**(1): 61-81.
- Levy R. (2018). Intimidad: lo dramático y lo bello en el encuentro y desencuentro con el otro. *Revista de Psicoanálisis de la APM* **33** (82): 207-234.
- Martínez Álvarez H. (2010). La intimidad asediada: psicoanálisis, deontología y cultura. *Perspectivas en Psicología* **7**: 58-65.
- McDougall J. (1998). *Las mil caras de Eros*. Barcelona: Paidós.
- Orange D.M. (2005). ¿Vergüenza de quién? Mundos de humillación y sistemas de restauración. *Aperturas Psicoanalíticas*, **20**.
Disponible en <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000338#contenido>

- Racamier, P.C. (1986). De l'agonie psychique à la perversion narcissique. *Revue Française de Psychanalyse*, 50(5).
- Sánchez-Sánchez T. (2002). Perversión: ¿estructura o defensa? *Clínica y Análisis Grupal* 24 (89): 99-118.
- Sánchez-Sánchez T. (2015). Guiones de vida transgeneracionales. La transmisión oculta de patología. *Temas de Psicoanálisis* 12. Disponible en <http://www.temasdepsicoanalisis.org/2016/08/04/guiones-de-vida-transgeneracionales-la-transmision-oculta-de-patologia/>
- Schejtman, J., Ragan, M.R. & Sperber, L. (2017). Desde la clínica de la perversion: la intimidad avasallada. *Psicoanálisis* 39 (1-2): 193-199.
- Steiner, J. (2017). La ansiedad de ser visto: orgullo narcisista y humillación narcisista. *Revista de Psicoanálisis de la APM* 81: 211-232.
- Tabbia, C. (2018a). La intimidad en el trabajo analítico. *Temas de Psicoanálisis* 15. Disponible en <http://www.temasdepsicoanalisis.org/2018/01/30/la-intimidad-en-el-trabajo-analitico-1/>
- Tabbia, C. (2018b). Modelo placentario de la intimidad. Comunicación inédita presentada al Simposio de la Sección Psicoanalítica de FEAP, Sevilla 2018.
- Verdú, V. (2001). El nuevo hombre. La liberación sexual masculina. En P. Roma (ed.), *Ser hombre*. Madrid: Temas de Hoy.
- Vidal, R. (2000). Comunicación violenta en el vínculo matrimonial. *Aperturas Psicoanalíticas* 6. <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000135#contenido>
- Winnicott, D. (1958). La capacidad de estar a solas. Disponible en <http://www.psicoanalisis.org/winnicott/estsolo.htm>
- Zubiri, M. (2018). La vida operatoria. La transferencia vacía. *Revista de Psicoanálisis de la APM* 82: 263-276.



*Ponencia dentro del Ciclo de Sábados: "Los Rostros de la Masculinidad", celebrado en AECPNA durante el curso 2019 - 2020.

****Sobre la Autora:**

Teresa Sánchez Sánchez es doctora en Psicología, psicoterapeuta psicoanalítica, ejerce en Salamanca desde hace 30 años (Centro "Athamor"), pertenece a la Asociación Psicoanalítica "Oskar Pfister", profesora titular de la Universidad Pontificia de Salamanca, profesora del Master de Psicología General, profesora y colaboradora en grupos de Psicoterapia en el Centro Self (adscrito a IPR), profesora del Máster y del Curso de Especialista en Psicoterapia Psicoanalítica codirigido y auspiciado por la Universidad Pontificia de Salamanca

Autora de varios libros:

"La mujer sin identidad" (Ed. Amarú)

De la Editorial Biblioteca Nueva:

“Psicoanálisis y psicología: convergencia y confrontación” y “¿Qué es la Psicósomática?: Del silencio de las emociones a la enfermedad”

“Psicoanálisis: evaluación epistemológica y modelos de validación empírica” (Ed. Universidad de Salamanca)

“Maltrato de género, infantil y de ancianos” (Ed. Universidad Pontificia de Salamanca).

Autora de más de 100 artículos publicados en revistas especializadas.

C/ Compañía 5. Salamanca 37002. tsanchezsa@upsa.es

2.4 LA MIRADA FEMENINA A LOS ROSTROS DE LOS HOMBRES DE HOY*. POR FRANCISCA CARRASCO**

Cuando acepté cerrar el ciclo sobre **Masculinidad**, yo creía tener las ideas más claras sobre este tema. No sé cómo el confinamiento y el parón en nuestras vidas contribuirán a que pueda exponer algunas para compartirlas con vosotros: si me ayudará o estará tan confusa como todo lo que nos rodea.

¿Cómo miran las mujeres a los hombres de hoy? Hemos tratado de responder esta pregunta en un seminario sobre la mujer. Una vez concluido, seguimos interrogándonos por el hombre de hoy y por la relación entre ambos.

Cuando pensaba en los hombres de hoy me vinieron a la mente algunas escenas contemporáneas. La primera imagen correspondía a un anuncio de desodorante. No me impactó la marca sino la imagen de un hombre cuadrado, negro, guapo a quien se le veía el torso desnudo, en una actitud prepotente, seductora y encantado de haberse conocido, que decía, con voz socarrona a la vez que impositiva, "SOY TU HOMBRE". La imagen entera lo presentaba sobre un caballo blanco, pero sentado al revés, sin ni siquiera tener que mirar a donde va; su traje, que son sus músculos, lo conducen; el caballo sabe a dónde lo ha de llevar; como en las películas del Oeste, los caballos, a los hombres de verdad, los entienden y los adivinan. Recuerdo como los hombres de mi tierra decían que no se podía prestar ni la pluma, ni el caballo ni la mujer; las tres cosas eran suyas, "cosas", las tres cosas propias de su posición masculina. La seguridad masculina dominando un animal no solo está en este anuncio, también en el anuncio del hombre de Vox paseando por las playas andaluzas,

seguros todos ellos de que son los verdaderos hombres.

La segunda imagen es una fotografía en el periódico *El país* exponiendo una pasarela de moda donde comentan que un gran modisto empieza vestir a los hombres con atuendos más femeninos. Al fijarme con detalle compruebo que se trata de chicos con pantalones cortos, calcetines hasta la rodilla y un bolsito de lado; pensé ¿esto es lo masculino?, ¿ser como chicos de colegio? ¿Aceptar lo femenino es tomar lo infantil? Es la versión de lo que para algunos ha sido ancestralmente lo femenino. A mí me parecía verdaderamente decepcionante que el cambio de la masculinidad tuviera esa cara.

Por otra parte, pudimos ver al bailarín Israel Galván en un espectáculo flamenco, bajo mi punto de vista estupendo, bailando de forma muy masculina y con traje de mujer. Es decir que, dependiendo de lo que el hombre piensa que es su ser hombre, así se vestirá, así será su semblante.

La masculinidad es la manera en que cada hombre vive su ser hombre, el modo en el que transita un hombre por su sexualidad y su género. Las imágenes en las televisiones de los "hombres de la manada", que aparecen en el video grabado por ellos mismos bailando por su hazaña, muestran el sexo como fin, la satisfacción inmediata sin consecuencias, sin tener en cuenta al otro, exenta de responsabilidad, de compromiso ético. Estas manadas que luego hemos podido sufrir repetidas veces, como muestra de una versión del hombre de

hoy. Podríamos pensar qué está pasando con el encuentro sexual y en qué lugar queda el otro, que no sea solo como medio de satisfacción erótica.

Vemos un espectro muy amplio en lo visual, en lo cultural y en lo político de las masculinidades actuales, de los semblantes del hombre hoy. Podemos comparar a Abascal (dirigente político de Vox) con Miguel Bosé como dos rostros del ser hombre hoy, ya maduros. En ese recorrido tan extenso encontramos que habrá mujeres que miran a este jinete (si no son racistas) como el colmo de la masculinidad; otras mirarán a estos chicos modelos como los hombres que les permiten un encuentro con un hombre no agresivo y al que cuidar como hijos; otras mujeres pueden sentir muy hombre a una figura como Bosé. Mujeres como las chicas víctimas de las manadas, que se confunden queriendo ser como el hombre y no calculan los riesgos, confiadas en la igualdad, sin tener en cuenta las diferencias y el lugar donde este tipo de hombres las colocan, negando lo evidente de la disparidad existente. Pienso en el juego de moda en la que hombres con el pene erecto, sentados, esperan a una mujer compitiendo entre ellos a ver quien sostiene más la erección y la mujer va de uno a otro entrando es este juego prestándose a la cosificación que esto supone. Como vemos el goce de la mujer se puede someterse a lograr ser la que más para el hombre. Todas estas feminidades en relación con la masculinidad las tenemos hoy en nuestro haber.

He tomado una reflexión de Gustavo (Dessal, G., comunicación personal, 2020) que nos planteaba las dificultades sobre la virilidad bajo la pregunta ¿Dónde están los hombres? Y lanzaba la idea de que las mujeres se quejan de que los hombres son tóxicos, pero a la vez les exigen ser viriles. Si seguimos a Lutereau podemos decir con él que ya no hay hombres (Lutereau, 2016). Entre “ya no hay hombres como los de antes” y querer ser protegida hay mucho que pensar: ¿quiere la mujer un hombre

como el de antes?, ¿antes de qué?, ¿antes de que dejen de ser viriles? ¿Y eso qué es?

Tenemos que pensar, como ya nos advertía Lacan, que la mujer no existe, sino que hay que construirse de una en una, como ya afirmó rotundamente Simone De Beauvoir. Corremos el peligro de pensar en las “mujeres” con mayúscula, adjudicándoles una universalidad inexistente: los rostros de la feminidad son tan variados como el de los hombres. Esto era, más o menos, lo que nos apuntaba Dessal.

Sea como sea, habremos de entender qué es esto de ser viriles y cómo a lo largo de la historia se ha entendido la virilidad. Para ello vamos a ver las conclusiones de algunos autores: Pierre Bourdieu (2000), en la *Dominación Masculina*, toma como ejemplo de la posición masculina en el Mediterráneo, cultura a la que pertenecemos, los campesinos de la montaña de Cabilia, porque mantienen unos comportamientos muy estereotipados y rituales, que representan una forma paradigmática de la visión falo-narcisista y androcéntrica que compartimos todas las culturas mediterráneas. Toda el área europea participa de la misma tradición, por más que la fama venga de los mediterráneos, ya en el libro *El folclore francés contemporáneo* Arnold Van Gennep (1992) recoge los mismos rituales en la Francia de comienzos del siglo XX.

Bourdieu afirma que los cuerpos tienen una construcción social y el orden de la sexualidad no está formado como tal, sino que las diferencias sexuales están inmersas en el conjunto de las oposiciones que organizan el Cosmos: los comportamientos y los actos están sobrecargados de determinaciones antropológicas y cosmológicas. No es una esencia. El cuerpo humano está socializado y se concibe dentro de lo que es natural y lo que no es natural: la naturaleza al servicio de la política. Hay un desplazamiento de todas las manifestaciones

cósmicas y sociales al cuerpo, de manera que todos los movimientos hacia arriba están asociados a lo masculino, por la erección o la posición en el acto sexual. Lo masculino entonces se opone a lo femenino de la misma manera que se oponen derecha e izquierda, lo frío a lo caliente; las diferencias se miden por la oposición.

La división entre los sexos parece estar en el orden de las cosas, tal y como están ordenadas la tierra, el sol, las estrellas. La fuerza del orden masculino no tiene ninguna justificación, no hay ninguna legitimación posible. El orden social funciona como una máquina simbólica: *“que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya: es la división sexual del trabajo, la distribución estricta asignada a cada uno de los sexos, de su espacio, de su tiempo, sus instrumentos”* Bourdieu (2000, p. 23).

El planteamiento es que el mundo social construye el cuerpo como una realidad sexuada, dentro de una lógica binaria y el programa social se aplica a todas las cosas del mundo, en primer lugar, al cuerpo en sí, a la realidad biológica. De esta manera, durante mucho tiempo la visión mítica del mundo arbitrariamente ha justificado como natural la dominación de los hombres sobre las mujeres. En segundo lugar, la diferencia anatómica aparece como la justificación natural de la diferencia entre los sexos.

En esta polaridad, la virilidad estaba tomada en el sentido latino VIR y se le atribuye a esta virilidad esta virtud natural e indiscutible: el viril es bueno y virtuoso, además de sabio. Podemos pensar que sabe lo que la mujer quiere, o lo que debe querer, pero este privilegio no deja de ser una trampa porque esta virtud entendida como su capacidad reproductiva, social y sexual también le impone una predisposición especial para la violencia. O sea, ser viril es ser violento, hombres para defender el territorio y así

-pensamos- se defiende la propiedad mujer, teniendo sobre ella todos los derechos.

Un hombre consulta porque no entiende cómo puede entrar en un ataque de ira en determinadas situaciones. Él piensa que no tiene causa lógica porque es de pronto y sin causa justificada. Con el tiempo podemos ver que esa reacción airada se produce cuando siente su masculinidad en entredicho, cuando se siente menos. Comenta: *quiero estar tranquilo, que no es no tener sangre en las venas*. Para demostrar que tenía sangre, que no estaba muerto como hombre, necesitaba volverse iracundo: una salida a las dudas de si se es o no se es hombre. ¿Cuántos hombres tienen esta salida y pasan al acto, agrediendo a la mujer que piensan comprometen su ser hombres?

En oposición a esto, la virtud en la mujer se corresponde femenina con la fidelidad que la hace digna del hombre. La virilidad es un concepto eminentemente relacional, construido ante todos y para todos los hombres, pero sobre todo contra la feminidad, en una especie de miedo a lo femenino. El hombre es evidente, la mujer es oculta y así también nos la describe Lacan (1972-1973), no se sabe lo que tiene. Para Freud es el continente oculto. Freud, en 1918, en su texto *El tabú de la virginidad*, nos plantea que el encuentro entre el hombre y la mujer produce angustia y se creó el tabú de la virginidad para mitigarla, para dejar la castración en ella y que su propiedad no fuera de segunda mano, comprobando así que tiene una mujer sin deseo más que por él. Así se evita pensar en su virilidad comparada con otro competidor y además se puede constatar que la mujer no solo es madre amantísima sino ser sexuado. El hombre, si es masculino, es noble; si no lo es, se atribuye a que es un bestia: de hecho, las madres dicen muchas veces “los

hombres son más nobles que las mujeres”, incluso a veces con la coletilla “las mujeres somos más liantas”. Los hombres son por el hecho de ser hombres, vienen con todos los suplementos, como los coches de alta gama.

Hay un doble estándar, en una asimetría radical, en la evaluación de los atributos masculinos y los femeninos. La dominación masculina convierte a las mujeres en objetos simbólicos; las coloca en un estado permanente de inseguridad corporal, con una dependencia simbólica del hombre, dependiendo de ser mirada por ellos, para tener un estamento. Para conseguirlo, la mujer ha de ser bella o “tener armas de mujer”, que en realidad consistía en poder tratar al hombre como un niño, sin que él se diera cuenta, haciéndole creer que su potencia es infinita, o haciéndole la promesa de hacer con él lo que su santa esposa no se atrevería jamás...

En esta concepción vemos que la mujer existe por y para la mirada de los demás. En este punto podemos definir la feminidad como una forma de complacencia respecto de las expectativas masculinas. De hecho, en la posición fálica, la mujer se brinda para cumplir el fantasma masculino en el acto sexual, *como manera de poseer al hombre*, nos dirá Lacan. Pero esto es el armazón del que hemos estado viviendo siglos en la cultura occidental, más o menos explícitamente según los países.

Para el hombre y para la mujer salir de las posiciones antropológicas y sociales, que Bourdieu nos aclara, es muy complicado, porque generación tras generación han sido los lugares transmitidos de lo que es ser un hombre y ser una mujer: sus identidades se apoyaban en estas adjudicaciones políticas. La subjetividad humana se fragua en la propuesta social, en el imaginario social imperante y en la interpretación que cada sociedad tiene del orden simbólico, es decir que la atribución que se le hace al hombre o a la mujer conforman el género con los valores y cargas que a cada

uno se le atribuye y es la política puesta en el cuerpo.

Bonino (2002) propone cuatro subjetivaciones producto de la ideología imperante. Creo que estas ideologías conviven en el momento actual y tienen efectos a veces incomprensibles para los sujetos que se ven presa de sentimientos que incluso detestan. Siguiendo un poco su idea podemos pensar en la subjetividad a través de la política social de la época.

La ideología patriarcal propone un sujeto “Hombre padre” con poder sobre las mujeres e hijos, y con mujeres que afirman el dominio masculino. La mujer que se adhiere a esta ideología imperante durante tantísimos años piensa como la hermana de Primo de Rivera, que, aunque no vivió en la Edad media, es acérrima defensora de esta ideología. Podemos oír sus palabras:

Todos los días deberíamos dar gracias a Dios por habernos privado a la mayoría de las mujeres del don de la palabra, porque si lo tuviéramos, quien sabe si caeríamos en la vanidad de exhibirle en las plazas. Las mujeres nunca descubren nada; les falta el talento creador reservado por Dios para la inteligencia varonil. La vida de toda mujer, a pesar de que ella quiera simular o disimular no es más que un eterno deseo de encontrar un hombre a quien someterse.

España ha vivido con esta ideología bastante tiempo. Me parece emocionante que la generación a la que pertenezco y las inmediatas anteriores hayamos podido cambiar esta barbaridad y hablo de generación tanto de hombres como de mujeres. Pero temo los aires viejos que circulan por nuestra sociedad en tiempo de crisis económicas. Se corre el peligro de que lo anterior gane la partida y de que la mujer de nuevo retroceda, para someternos a las necesida-

des sociales, intentando convertir en natural de nuevo lo que es pura política económica. Ya en la anterior crisis aparece como ineludible la liga de la leche para dejar la mujer unida al hijo y es difícil amamantar y ejercer como mujer en otros aspectos. Lo malo es que las mujeres consentimos y compramos algunas ideologías como verdades esenciales.

La ideología del individualismo de la modernidad supone la consolidación del estado moderno: el hombre accede a la razón y la ciencia aparece fundamentando las razones. El “Pienso luego existo” abre la puerta a la filosofía moderna y el individualismo entra en la sociedad dándole una fuerza al hombre que piensa poder controlar el mundo. Claro que luego vienen los virus y se cae esta fortaleza invencible. Hay cambio cultural en la relación hombre/mujer: entra en otra posibilidad el casamiento por amor y no por interés. El amor se convierte en un Dios al que la mujer le rinde pleitesía. Pero el hombre culto es el varón, la mujer queda en las mismas, aunque ahora puede ser amada no solo con el amor cortes. Mujeres adscritas a esta ideología sobrevaloran la inteligencia del hombre al que aman porque ser amada es poseer su inteligencia, no solo se posee al hombre en la cama. Cuántas mujeres hemos visto que son más médicos, militares o filósofos que el marido, aunque nunca hayan tenido acceso a esa profesión, ni estén preparadas para ello; es la manifestación de la posesión del amado. El amor las hace fáciles.

La vieja y muy actual necesidad de admirar a la persona amada hace que se vista de un plumaje colorido al amado, atribuyéndole las virtudes de las que hablábamos: se enamoran del amor y se adjudican al hombre que les gusta, o que piensan que las aman. Una mujer joven que pide ayuda para salir de una relación dolorosa de la que no se podía

apartar, ella mujer inteligente y muy divertida, comentaba que no sabía cómo le atribuyó a este hombre tanta virtud y amabilidad, cuando carecía de ella y concluía: *Cuando conozco a un hombre varonil que me interesa, me pongo dos corazones en los ojos y miro través de ellos; hasta que se me gastan puedo pasarlo fatal.*

Es la ideología donde predomina **la exclusión y subordinación** de la otredad. En la búsqueda de una esencia óptica, el hombre rastrea a sus iguales e intenta una identidad que nunca viene dada, sino que ha de encontrarse en las identificaciones. Para eso construimos un yo que imaginariamente nos calma ese sentimiento de no pertenencia y nos reúne con los iguales, que no es más que la idea de lo que se incluye y de lo que se rechaza, la necesidad de poner fronteras a la falta en ser que nos habita. El otro, el diferente, es excluido en momentos como este donde la virilidad está en entredicho y en los que los movimientos sociales luchan por la diversidad. Algunos hombres sienten que el orden simbólico les devuelve una imagen muy negativa donde narcisísticamente no pueden reconocerse y la cólera se manifiesta contra el diferente apareciendo de nuevo el nazismo y los nacionalismos como refugio narcisista de la imagen idealizada de sí mismo poniendo sobre la madre patria lo que se esperaba de la madre erotizada, tomando la imagen femenina lo que se espera de una madre: que solo me mire a mí.

La mujer captada en esta ideología necesita sentirse perteneciente al grupo dominante, por más que el hombre la considera no incluida en sus asuntos; son estas mujeres que dicen: *Las mujeres son más torpes, yo me llevo mejor con los hombres. Me entienden mejor.* En búsqueda de una identidad tomarían, según Freud, la deriva del complejo de masculinidad, sintiendo su propio género como despreciable.

El heterosexismo propone como única forma de contacto sexual el hetero, como forma de sostener la virilidad imperante y angustia ante la feminización en el que se siente que ser hombre es desear una mujer. Poniendo su rechazo a la propia homosexualidad la ira y el miedo a lo diferente. La revolución gay es la repuesta a esta ideología en la sociedad actual y su orgullo es el acontecimiento mundial que predica su caída.

Tendremos que pensar la subjetividad posmoderna, que es la que nos ocupa, con una cierta distancia para poder ver sus avatares. En los años 80 y 90 aparece este movimiento como crítica a la razón y a los convencionalismos: desaparece el usted; se instaura el valor de lo emocional e intuitivo, en detrimento de la ciencia y la verdad; el presente toma el lugar de lo que antes era el futuro; crece la prevalencia de las figuras públicas en detrimento de los hombres de ciencia, el consumo como forma de poder social y de proponer que cada sujeto proclame su propia realidad; el aquí y ahora toma el lugar del porvenir y el cuerpo adquiere un nivel de culto absoluto. Lo de “el hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso” ya no se lo cree nadie; los vellos no son bellos y se depilan las piernas como las mujeres. El problema es que la mujer ha entrado en la búsqueda de la igualdad y no sacrifica su vida profesional por el amor en ese proceso; pero en su búsqueda de juventud se somete a agresiones corporales en la necesidad de ser joven bella, excelente profesional y exitosa madre de familia, además de joven y hermosa. Todo esto para darse al hombre que le dé su amor único y verdadero, porque se libera, pero no de su necesidad de ser amada.

En todas las ideologías vistas tenemos que precisar que el hombre, al igual que la mujer, tiene sus mascaradas: el héroe, el patriarca y el monstruo son máscaras con las que busca ser amado, respetado y temido. Tenemos que pensar si estas mascaradas han caído en desuso o no. Desde mi punto de vista,

están “en tinguiringi”, en el aire, tanto para hombres como para mujeres que no pueden renunciar a la mascarada del hombre de ayer, sin seguir la propuesta de que ya no hay hombres y busca en un hombre algo de estas tres máscaras. Incluso algunos hombres homosexuales siguen los ideales de virilidad de los que hablamos y junto al exceso de perfección corporal se imbuyen en una dureza verbal y agresiva que les hace sentirse más hombre entre ellos. No así los queer que intentan parodiar la masculinidad hegemónica y plantear otra forma de ser hombre.

Ya desde la apertura de este ciclo sobre masculinidad, se nos hacía la pregunta de cómo de un niño fálico surge un hombre, pregunta muy interesante porque nos adentra de lleno en lo que para una mujer es ser un hombre y en lo que para un hombre es ser un hombre.

¿A qué tiene que renunciar el hombre para dejar de ser ese niño insoportable creyendo que es el portador del falo? Hemos de pensar que no lo tiene fácil porque lo social a veces ha contribuido a dejarlo en ese niño fálico que no puede soportar el sufrimiento, pero puede causarlo sin ningún remordimiento porque él lo tiene. La mujer quiere no tener que encontrarse con esta versión de la masculinidad, pero el yo a veces traiciona y fomenta esta posición masculina, producto de un trasvase transgeneracional de tantos siglos. Cuantas analizantes se dan cuenta de que muy sutilmente los hijos varones tienen más contemplación que las hijas, que las madres temen la frustración masculina más que la femenina. Pareciera que los varones tienen que aguantar menos, porque tienen más violencia, más/menos, da igual: el yo responde por más deseo de cambio que se tenga., aunque el convencimiento de cambio esté ahí. La historia se impone y las mujeres quedan perplejas con el descubrimiento de que están apoyando la dominancia masculina sin ser conscientes de ello. Ahora, en el confinamiento obligado, una madre me comentaba como

su hijo no podía soportarlo porque los hombres no pueden aguantar tanto.

El caso clínico que con gran maestría expuso el último día del ciclo Teresa Sánchez (comunicación personal, 2020) nos permitió ver como esta dominación masculina facilita sacar el niño fálico que lleva dentro y pasar al acto la fantasía de tener el falo. Mujeres actuales se dejaban vejar por él con un gran sufrimiento incluso con intento de suicidios, por alguna de sus parejas volviendo sobre ellas la violencia que él producía. Con más o menos claridad la sociedad es permisiva y un perverso puede actuar sin gran revuelo social sosteniendo que la mujer nunca tiene el estatuto de sujeto.

Las salidas de estas identidades son a veces lentas, a veces abruptas, y otras veces no queremos salir de esto por miedo a lo desconocido. Las mujeres no quieren ser dominadas y algunos hombres actualmente no tienen ningún interés en dominar, porque para el hombre estas mascaradas son también cárceles en las que se sienten constreñidos y anulados. Esto es verdad si no nos asomamos al panorama político, porque allí ser viril parece ir de la mano de nuevo con ser violento. Las palabras de descalificación a los diferentes, de enfado y lucha nos hablan de cómo estos hombres necesitan mostrar su virilidad manteniendo su territorio, su partido, su reino a través de la fuerza del verbo, más que pensar en unir fuerzas para salir de esta situación crítica. Las mujeres a veces se angustian frente a lo desconocido y frente a la pérdida de lo gratificante de una posición sumisa. A veces cuesta, pero también tendremos que pensar ¿por qué nos dice Dessal que las mujeres quieren que las protejan?; ¿que las protejan de qué? Tal vez lo que piden al hombre es que las protejan de esta dominación masculina: que las protejan de una sociedad que aún no ve a la mujer en igualdad, *protégeme de los tuyos de*

tu masculinidad dominante, e incluso protégeme de mi misma idea de ser menos, tu amor me protege incluso de mi masoquismo.

Rodrigo Bilbao (comunicación personal, 2020) nos introduce en la importancia de diferenciar entre sexualidad y sexua-ción; nos aclara que ser hombre no es ser portador del falo y que ser mujer no es estar castrada y no tenerlo, sino que tiene que ver más con cómo se posiciona cada sujeto en relación al goce. De manera que aquellos sujetos que gozan desde la posición fálica son hombres, y los sujetos que no sólo gozan de lo fálico, sino que además gozan de un goce que se viene llamando No-todo (no todo es fálico); se posicionan como mujer, tengan o no tengan el apéndice.

Freud ya nos dijo que la anatomía no era definitoria, pero también es verdad que la sociedad en la que vivimos, aunque no estrictamente como Cabilia, bebe de estas influencias. Incluso Freud, como hombre de su tiempo, en su teoría marca que el hombre piensa que la mujer no tiene el pene por cumplir las fantasías incestuosas de las que ellos también son deseosos y la única manera de conservar el atributo fálico es no accediendo a estas fantasías para no ser castigados, como ellas, con la ausencia de este apéndice que las hace “ser menos”.

Hasta ahora estamos en una lógica binaria, como decíamos al principio, entre lo crudo y lo cocido, el hombre y la mujer son las dos formas únicas de diferenciar los sexos.

Pensemos entonces cómo el encuentro del hombre con la mujer es un encuentro donde él piensa que la mujer merece un castigo, y este encuentro siempre produce angustia, de la que nos habla Freud en su texto *El Tabú de la virginidad* de 1918.

Estas certezas se van rompiendo con la entrada de la mujer en lo social y la caída de la extrema dominación masculina que quiebra la lógica fálico-castrada. En el intento de salir de esta lógica y de poner las cosas no en oposición, Lacan (1971) abre la posibilidad de entender ser hombre o ser mujer desde otra perspectiva. Pero también desde esta lógica, ya hace una aseveración definitiva: ser madre no es ser mujer. Recoge el cambio social imperante con la entrada de la mujer en lo social tras la segunda guerra mundial.

La salida de la posición dominante, la necesidad de encontrar una nueva identidad femenina, es la que se hace evidente en este mundo nuestro de hoy. Como decíamos arriba, no podemos buscar la esencia del ser porque no existe más que una carencia de esta esencia. La falta en ser del hombre es tan evidente como la carencia óptica de cualquier hablante, sea hombre o mujer. Así como la mujer ha de encontrarse en su ser una, creo que la masculinidad tiene que encontrarse en su ser uno, en su goce no todo. Es verdad que Lacan hablaba de que la mujer no existe y el hombre sí. Tendremos que pensar si eso es mantenido hoy y el hombre es el mismo que el del siglo XX. A falta de esencia tenemos semblantes, según Jacques Alain-Miller; el semblante sería aquello que incluye lo simbólico y lo imaginario frente a lo real. Es decir, está compuesto del orden simbólico reinante, más lo que cada uno define e interpreta (al modo neurótico, psicótico o perverso) que constituye dicho orden simbólico reinante. En nuestra sociedad falocéntrica el hombre puede y ha podido mostrar este poder fálico como semblante masculino prestado y adquirido en lo que lo que la política le adjudicaba (Miller, J. A., 1993).

Alberto Constante (2006) en un artículo llamado “Derridá, memoria de la exclusión”, me ha hecho pensar en las consecuencias de la exclusión de la mujer de

la vida pública. La mujer tiene su identidad basada en una diferencia impuesta jerárquicamente por el hombre:

“Tal como concibe Derrida. La creación de una identidad implica el establecimiento de una jerarquía entre hombre y mujer etc. Una vez hemos comprendido que toda identidad es relacional que la afirmación de una diferencia es una condición previa para la existencia de cualquier identidad – es decir, la percepción de otra cosa que constituirá su “exterior” entonces podemos empezar a comprender por qué dicha relación siempre puede convertirse en caldo de cultivo del antagonismo, ...un nosotros por la demarcación de ellos se conviertan en amigos y enemigos. Esto sucede cuando el otro que hasta entonces era considerado como diferente, empieza a ser percibido como alguien que cuestiona nuestra identidad y amenaza nuestra existencia “

El pasaje de lo diferente a la amenaza de la identidad es lo ocurrido con los hombres y las mujeres; las olas feministas sienten a los hombres como peligrosos para la adquisición de la nueva identidad femenina; de ahí la toxicidad atribuida al hombre como peligro para la asunción del “nosotras”. Y la ferocidad de ciertos hombres ante el movimiento feminista también es producto del peligro que supone el “vosotros” para la identidad masculina imperante. De nuevo la mujer quiere, como el hombre, definir sus fronteras haciendo casta.

Una vez reconocida que las palabras de Pilar Primo de Rivera son el peaje para estar en la sociedad impuesta por el hombre. Es fundamental para este cambio que la mujer tome consciencia, separando maternidad y feminidad. La aparición de los anticonceptivos permite y da cuerpo a esta separación haciendo

evidente que la mujer puede tener deseo sexual más allá de la procreación. También los estudios de género contribuyen a que las mujeres puedan tomar conciencia de su exclusión ancestral y con esta memoria histórica asumir distintas posiciones: hacer su casta excluyendo al hombre, o intentando tomar su lugar en una rivalidad insostenible. Así van surgiendo las olas feministas en la búsqueda de una salida a la adjudicación de lo que se veía diciendo que era el sexo femenino.

De manera simultánea a los movimientos feministas, aparecen mujeres que defienden lo suyo, mujeres que quieren desbancar y ocupar el lugar del hombre; otras que buscan la igualdad de derechos aceptando las diferencias. Vemos así que hasta que la mujer no pueda mirar al hombre fálico con la distancia suficiente como para parecer un anacronismo y tomar una posición irónica sobre ello, no tiene entonces más remedio que pasar individualmente por algunas de estas posturas.

Los hombres quieren tomar nuevos caminos, pero al igual que la mujer les cuesta abandonar las identificaciones con la figura hegemónica y potente que por el hecho de ser hombre parecían tener. Hay hombres que mantienen las posiciones masculinas heredadas tal cual, en una lucha exacerbada por conservar el privilegio. Hombres que la única forma de mantener su virilidad es, como el paciente que nos contaba Teresa, actuar frente a la mujer perversamente; otros que luchan por salir del machismo visceral que la sociedad les ha inculcado, solo que a veces les traiciona lo aprendido de siglos transgeneracionalmente. Hombres que se hacen un lío a la hora de tomar posiciones diferentes borrando las diferencias incluso fisiológicas, porque la mayoría de los jóvenes para decir que van a tener un hijo dicen “estamos embarazados”, negando el compromiso

real del cuerpo de la mujer en este hecho. Luego del parto toman atribuciones a veces en competencia directa con el espacio que la mujer necesita para desprenderse de ese algo que ha llevado nueve meses en sus entrañas: una mujer viene a consulta con la idea de estar pasando una depresión post parto, ya que siente que todo lo hace mal, porque su marido baña a la niña, le dice cómo y cuándo debe darle de comer y ella no tiene lugar.

De una generación a otra los rostros de la masculinidad pueden cambiar sensiblemente. Oigamos la transición de un hombre pensando en la masculinidad del padre, un padre que él ha visto siempre mujeriego, dice:

“mi padre siempre cuenta cuando hace alguna labor atribuida socialmente a las mujeres, lo hace para dar la imagen del esposo perfecto cuando no lo ha sido en lo que debería ser, lo marca para que veamos que no descuida cosas especiales, para dar una versión más completa de sí mismo. Me sorprende que lo haga, a mí ni se me ocurriría porque lo hago todos los días, entre otras cosas porque vivo solo, pero cuando he vivido con una mujer la distribución de tareas estaba perfectamente hecha...”

El alarde del padre lo ve anacrónico, el hombre representado por su padre, fálico, que intenta tomar algunas virtudes sin poderlas hacer suyas, ya no es el hijo. Podemos pensar que este hijo no siente que es más perfecto por acceder a tareas femeninas.

El pasaje del hombre fálico al hombre no-todo tiene muchas dificultades, porque cuando se cuestiona la identidad masculina o femenina, de alguna manera amenaza nuestra existencia y apa-

rece un vacío que no se sabe cómo rellenar, porque si no se es quien se pensaba que era, ¿quién es?

Albero un hombre que sufre, de los que podríamos llamar *hombre de hoy* ("no-todo"), inteligente, formado, separado de la madre de sus hijos, que llega a análisis por una conflictiva con la demanda que le hace su nueva pareja, quiere tener un hijo suyo porque el reloj biológico le apremia. Él sabe que tener un hijo es una complicación terrible en estos momentos, cuando todavía sus hijas no han podido resolver la separación de los padres y el divorcio con su ex pareja no está psíquicamente resuelto, por ahora no puede pensarse siendo padre de nuevo. La demanda de ella es "si me quieres, me tienes que dar un hijo para que yo pueda llegar a ser una mujer". Es una mujer aposentada en el quicio de la puerta entre lo antiguo y lo nuevo, una mujer que tiene acceso a un trabajo exitoso, pero que su concepto de ser mujer sigue anclado en un pasado-presente porque no se concibe ser mujer sin el representante fálico que es un hijo: "*si no tengo un hijo soy nada, seguiré sin que nadie me tome en cuenta*". El deseo de ella se convierte en el pedido de una señal de amor, al modo si me quieres, dámelo. Alberto sufre mucho porque tampoco él sabe si tiene que acceder al deseo de ella dándole todo a la mujer que ama, y si él tiene derecho a decir que no sin comprometer su amor por ella, y si él tiene derecho a no desear un hijo. La mujer tiene la certeza de que si no se compromete con el deseo de ella es que no la quiere, que no es un hombre como Dios manda. Metido en esta problemática entre la demanda y el deseo me cuenta este sueño: *soñaba con una fila de mujeres con trajes antiguos y se pregunta ¿de verdad nos conquistaron los griegos? Se establecieron, pero no nos controlaron, no nos conquistaron. Llega a una casa tétrica con un gran cuadro muy bien iluminado, un cuadro de tres mujeres, pero no sabía si eran tres sirenas o tres brujas, seguidamente aparece un mayordomo que me dice "esta*

es la habitación del niño" y doy un grito ahogado.

¿Cuál será la verdad de este Alberto? El niño que hay en él se aterroriza, las asociaciones del sueño giran alrededor de las mujeres de su vida con quienes se ha sentido como Ulises, agarrado al palo del árbol para no seguir los cantos de sirena. No sabe si esta petición de su pareja de tener un hijo es un canto de sirena o el de una bruja que lo empuja a una situación sin salida, embrujado; no sabe si quiere o no acceder a la demanda de ella. Lo que plantea es que, como no sabe decir que no a una mujer o a casi todo el mundo, no se siente tampoco con el derecho a decir que sí.

Podríamos decir que la mujer puede pensar que este hombre no quiere comprometerse, pero no es ésta la problemática de Alberto; su conflicto es que él también quiere saber si desea tener otro hijo. Se trata de la apertura del hombre a no saber lo que es ser hombre, a tener que construir su hombría, su masculinidad llena de angustia a unos y a otros, porque las respuestas a los conflictos planteados hoy no son las mismas que en otros momentos. Pero a veces el yo habla como si no nos perteneciera y así, una mujer que quiere un hombre sensible, afectuoso, sin certezas frente a los cambios en la masculinidad hoy se siente desorientada y le puede exigir actitudes pasadas. Porque perder lo poco bueno que tenía le resulta tan difícil como al hombre perder lo suyo.

Hasta aquí tenemos las versiones y rostros del hombre post moderno, ¿qué viene después? A mí, que no tengo nada claro todo esto y que sí me produce muchas preguntas, me preocupan las posiciones psicoanalíticas adscritas a parroquias o partidos que defienden posiciones repetidas y que pueden hacer mucho daño.

Veamos que el ser parlante se divide según su adicción al goce, no es lo mismo sexualidad que sexuación y resulta una diferencia compleja, difícil, hablar de

mujeres con pene y hombres con vagina, porque pienso que lo real tiene su lugar y que de alguna manera influye, lo que podemos pensar es que el psicoanálisis tal como viene siendo da pocas respuestas al cambio social y a veces las respuestas son muy enlatadas.

A modo de conclusión de estas reflexiones sobre la masculinidad, me planteo la pregunta sobre ¿cómo situarnos frente a las nuevas realidades de la sexuación hoy en día cuando no hay una lógica binaria atribuida con la que identificarse? Es muy claro que Freud y Lacan estudian las diferencias entre el hombre y la mujer desde una lógica binaria. La sociedad empieza a no aceptar esta lógica de los opuestos y necesita hablar de formas de la sexuación no binaria. Es decir, no se identifican ni con el hombre ni con la mujer; son géneros llamados fluidos que transitan por varias identificaciones de género y como tal tienen un goce sexual que tendremos que conceptualizar. La expresión género no binario se aplica a las personas que se identifican con lo que podríamos llamar un tercer género o con ninguno.

Frente a la lógica binaria y en contra de las adjudicaciones sociales hoy se practica una sexualidad diversa, así como es diversa la familia y la pareja, el sistema binario ya está cayendo: Valentina Cassachia (2018) comisaria del simposio de género líquido comenta que hay una es-

cala amplísima de variantes entre el género masculino y el femenino y que deberíamos de dejar de nombrarnos hombre o mujer, no poner género que es una invención patriarcal como veíamos al principio.

Esto parte de la idea de la modernidad líquida, como dice Zygmunt Bauman (2003), una sociedad que rechaza cualquier tipo de compromiso derivado de la práctica sexual, manteniendo un sexo que se sostenga sobre sus propios pies, evaluable sólo si es o no gratificante; es decir, un sexo que no tenga posibilidad de hacer acontecimiento en la psique del que lo práctica.

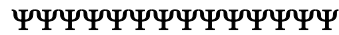
Sin embargo, la clínica analítica está llena de personas que sufren por una práctica exigida socialmente y que no obstante las cambian como sujeto y hacen síntomas o la mayoría de las veces sienten que su ser sujeto se tambalea entrando en ataques de angustia sin saber quiénes son, en una despersonalización absoluta.

Tenemos que pensar que la mujer mira al hombre, a los rostros de hoy, al hombre moderno, al post moderno, al de género líquido desde la identificación que la sostiene, siendo cierto que al hombre de la sociedad actual le es más fácil acceder a esta falta de acontecimiento psíquico, porque la mujer sigue pensando que el amor es lo que la hace ser.

Bibliografía

- | | |
|---------------|---|
| Bauman, Z. | (2003). Modernidad líquida. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica. |
| Bonino, L. | (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. Dossiers Feministes, No 6. Barcelona. |
| Bourdieu, P. | (2000). La dominación masculina. Barcelona. Editorial Anagrama |
| Cassachia, V. | (2018) El desconocido género líquido. Barcelona. La vanguardia. |
| Constante, A. | (2006). Derrida memoria de la exclusión. España. A parte rei, No 43. |
| Freud, S. | (1905). <i>Fragmentos del análisis de una histeria</i> . OC. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu. |

- | | |
|----------------|---|
| Lacan, J. | (1913). <i>Tótem y Tabú</i> . OC. Tomo XIII.
(1972-1973). <i>Aún. Seminario 20</i> . Buenos Aires. Ediciones Paidós
(1971). Seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante. Buenos Aires. Ediciones Paidós |
| Lutereau, L. | (2016). <i>Ya no hay Hombres: Sobre la destitución masculina</i> . Buenos Aires: Argentina. Lambaré 893. |
| Miller, J. A. | (1993). <i>Mujeres y semblantes</i> . Buenos Aires, Argentina Cuadernos del pasador. |
| Van Gennep, A. | (1992). <i>Manuel de folklore français contemporain</i> . Paris. Maisonneuve & Larose |



*Ponencia dentro del Ciclo de Sábados: “Los Rostros de la Masculinidad”, celebrado en AECPPNA durante el curso 2019 -2020.

**** Sobre la autora:**

Francisca Carrasco es psicóloga clínica, psicoanalista, docente de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid, coordinadora y profesora del Master de Psicoterapia Psicoanalítica de la Universidad Complutense de Madrid miembro didacta de la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica.

3 SUMANDO APORTACIONES

- **Lola López Mondéjar:** “Masculinización* de las mujeres/ Feminización** de los hombres, ¿Vidas Cruzadas?”
- **Luciano Lutereau:** “Ni Neuróticos ni Psicóticos: Solteros. El Fin de la Masculinidad en el siglo XXI”.

3.1 MASCULINIZACIÓN* DE LAS MUJERES / FEMINIZACIÓN** DE LOS HOMBRES, ¿VIDAS CRUZADAS? POR LOLA LÓPEZ MONDÉJAR***

En mi libro de ensayo, *Si digo agua, ¿beberé? Psicoanálisis y creatividad*¹, dediqué un par de capítulos a plantear la feminización de la literatura escrita por hombres, mostrando algunos ejemplos de cómo los protagonistas masculinos de relatos y novelas de escritores que en la actualidad cuentan entre los cuarenta y los cincuenta años, se alejan del diseño de los imaginados por escritores que rondan ahora los ochenta, o que nos dejaron a lo largo de este siglo XXI, que respondían a una masculinidad hegemónica tradicional.

Por el contrario, muchos de los protagonistas masculinos actuales reconocen a las mujeres como compañeras y formadoras de su identidad, como quienes les enseñaron a ser “hombres”, y muestran más abiertamente su vulnerabilidad que lo hicieron los personajes de las novelas del XIX. Algunos de ellos insisten en que han sido sus compañeras sentimentales quienes les han ayudado a abandonar una masculinidad hegemónica, rígida, sin subjetivar, que les hacía daño; otros reconocen la influencia de sus abuelas o de sus madres como beneficiosa para el hombre que ahora son. Por

otra parte, la descripción de relaciones de amistad con mujeres ya no es tan excepcional ni en la literatura ni en el cine. Nada que ver con los personajes masculinos de García Márquez, por poner un ejemplo, que utilizan a las mujeres desde una posición de poder, donde el sujeto son únicamente ellos, y donde muchas veces las protagonistas femeninas son exclusivamente objetos sexuales sin identidad propia.

Lo mismo sucede con algunos de los protagonistas de ciertas películas contemporáneas que se adentran en interrogar una masculinidad que ya está despojada de los atributos de dominación que exhibía el cine clásico. Especialmente, subrayamos la aportación de la película *Fuerza mayor*², de Rubén Östlund (2014) donde es la mujer quien recupera para el marido su rol de padre poderoso, perdido frente a ella y frente a sus hijos en un momento de cobardía en el que los abandona frente a un peligro. La película es altamente recomendable como ejemplo de una masculinidad en crisis, si bien reproduce el rol femenino de la madre que se inmola psíquicamente para *salvar* la autoridad perdida del padre.

¹ López Mondéjar, Lola, *Si digo agua, ¿beberé? Psicoanálisis y creatividad*, Grupo5 editorial, Madrid, 2018.

² <https://blogs.laopiniondemurcia.es/microscopias/2015/03/04/fuerza-mayor/> Reseña de *Fuerza mayor*.

Las conquistas del feminismo han colocado a los hombres en lugares donde nunca estuvieron, generándoles grandes incertidumbres sobre su identidad. La llamada *crisis de la masculinidad* que se ha instalado entre nosotros desde finales del siglo XX, arroja un panorama complejo. Por una parte, muchos adolescentes, jóvenes y hombres ya maduros, se afirman en los valores convencionales de la masculinidad hegemónica (MH), que reivindican como señas de identidad, como podemos observar en militantes de los partidos de derechas y ultraderecha que han surgido en nuestro país. Los hombres barbudos de Vox son la expresión casi caricaturesca de una masculinidad de cazadores, dominadores, exculpadores, actuadores, el hombre fuerte y narcisista de la iconografía Marlboro³. El discurso en la televisión del cantante El Fary sobre lo que llamó El blandengue⁴, se hizo famoso y profético, porque detectaba una tendencia hombre hacia una masculinidad distinta a la tradicional, y la oposición de quienes se identificaban con esta a esa nueva masculinidad emergente.

Mientras que amplios grupos de adolescentes se atrincheran en estas masculinidades con-

vencionales frente a las incertidumbres de género, esta incertidumbre lleva a otros a explorar, a veces precipitadamente, las opciones *trans*, cuando la perplejidad sobre su identidad se hace presente en sus vidas al final de la pubertad y comienzos de la adolescencia, y el fácil acceso a los videos de jóvenes *trans* en las redes les proporciona un rápido modelo a seguir. Este grupo de jóvenes que transitan entre un género y otro, o que reinventan una masculinidad híbrida muy teatral, están en las antípodas de los primeros.

Pero, entre quienes se refugian en las masculinidades tradicionales y quienes transitan hacia una identidad fluida, muchos de los hombres que hoy se encuentran entre los treinta y cuarenta años se esfuerzan por adaptar su comportamiento a las exigencias de igualdad que la sociedad actual les impone, si bien en su interior, como afirma el escritor noruego Karl Ove⁵ en sus autobiografía, *Mi lucha*, habita todavía en muchos aspectos un hombre del siglo XIX. En esta lucha constante por modificar lo aprendido respecto a la masculinidad y adaptarse a las demandas de una identidad menos tradicional, más igualitaria, la presencia de sus compa-

³ <https://www.elsalvador.com/noticias/internacional/recuerdas-los-anuncios-fallece-el-hombre-marlboro/657486/2019/> Dejo aquí para los más jóvenes la imagen del hombre que protagonizó el famoso anuncio de cigarrillos, cuya representación de la masculinidad se convirtió en un tópico.

⁴ <https://www.periodistadigital.com/cultura/musica/20190710/di-scurso-hombre-blandengue-fary-tve-1984-video-689403991622/> Dejo aquí el vídeo y las palabras de El Fary, síntesis del pensamiento del hombre convencional español.

«Siempre he detestado al hombre blandengue, y además también he podido analizar que la mujer tampoco admite al hombre blandengue... La mujer es muy pícara, valga el sentido de la palabra, porque como bien he dicho en otras ocasiones, yo lo que más valoro en esta vida es la mujer. Sin la mujer la vida no tendría sentido... Pero la mujer es granujilla y se aprovecha mucho del hombre blandengue. No

sé si se aprovecha o se aburre. Y entonces le da capones y todo...»

«El hombre debe de estar en su sitio y la mujer en el suyo, no cabe duda, porque la mujer tiene esos derechos que yo respeto y más tenía que tener porque la mujer se lo merece todo... Pero, amigo mío, el hombre no debe nunca de blandear. Debe de estar ahí porque, entre otras cosas, creo que la mujer necesita ese pedazo de tío ahí. Al hombre blandengue le detesto. Ese hombre de la bolsa de la compra y el carrito del niño... Me parece bien... Pero ya te digo que la mujer abusa mucho de la debilidad del hombre».

⁵ Karl, Ove, Knausgard, Un hombre enamorado, Anagrama, Barcelona, 2016.

ñeras sentimentales, que les exigen y les educan en un titánico esfuerzo por hacer la convivencia más agradable y sintónica con los requisitos de la igualdad, es indispensable.

Algunos de estos hombres, sin embargo, han preferido crear grupos de iguales para conversar sobre una identidad masculina que ya no les convence y avanzar hacia nuevas masculinidades, más igualitarias, abandonando modelos aprendidos en un trabajo constante de desidentificaciones y nuevas identificaciones. La pregunta sobre qué es ser un hombre no tiene fácil respuesta, como no la tiene qué es ser una mujer, pues partimos del rechazo de las viejas teorías esencialistas y pensamos la identidad de género como una construcción social que se aprende de forma preformativa durante la socialización, mediante la reiteración de mensajes y normas prescriptivos (lo que ha de hacerse, lo que aparece como del orden de los ideales) y proscriptivos (lo que no ha de hacerse, lo prohibido, del orden del superyó).

Desde este planteamiento, feminidad y masculinidad se construyen en cada contexto histórico: no era lo mismo el hombre y la mujer de la Viena finisecular o la Inglaterra victoriana, donde prevalecían las identidades eran sólidas y complementarias que caracterizaban al hombre y la mujer modernos, que los hombres y las mujeres posmodernos que produce el neoliberalismo, individualistas, cuyas identidades están en constante revisión.

La identidad es una ficción, hasta cierto punto necesaria, que suple la percepción angustiosa de nuestra carencia óptica, de la vivencia de vacío y fragmentación, la falta en ser que está en el centro de lo humano, a poco que separamos/podamos acercarnos a explorarlo.

Por otra parte, el proceso de adquisición de la identidad se hace por oposición a otra cosa (nosotros-ellos, por ejemplo), y, en el caso de la masculinidad y la feminidad, sus características convencionales se oponen y –según el famoso

mito de la media naranja– se complementan, creando un binarismo de género que hoy, en la llamada modernidad líquida, está saltando por los aires.

Veamos qué está sucediendo del lado de las mujeres.

Una parte de ellas asume los valores de la feminidad convencional, sobre todo amplios sectores de mujeres con escasa formación o con valores ideológico-religiosos concretos, como los seguidores del Camino Catecumenal, familiarmente conocidos como los Kikos, o las afiliadas a partidos de derecha y ultraderecha. También las asociaciones que reivindican una maternidad de entrega absoluta al bebé, como la Liga de la leche, o las seguidoras de la llamada Crianza de apego, reivindican comportamientos maternos muy vinculados a una feminidad convencional, si bien en estas últimas opciones encontramos también mujeres que luchan al mismo tiempo por la igualdad y defienden una ideología abiertamente de izquierdas, que no entra en contradicción con el rol de entrega maternal que defienden, sino que identifican este con un retorno a el ethos de cuidados que era propio de la feminidad y que habría que universalizar hoy para ambos sexos.

Otro importante grupo de mujeres lucha por la igualdad de distintos modos, tanto en la intimidad de sus casas y de sus familias como en el espacio público. Los valores del feminismo han calado ampliamente en nuestra sociedad, como lo demuestran las publicaciones de revistas y libros que reivindican la libertad y la autonomía para la mujer en distintos ámbitos, así como las multitudinarias manifestaciones del 8M que se producen tanto a lo largo y ancho del territorio español como a nivel mundial. Aunque no se definan a sí mismas como feministas, una gran mayoría de mujeres ha incorporado esos ideales de igualdad, aunque entren en contradicción con identificaciones más

tradicionales también inscritas en ellas vía madres o abuelas. Se trata de mujeres que intentan integrar una ética del cuidado —en la maternidad, las relaciones afectivas y de amistad con la autonomía y el reconocimiento profesional, ensayando de forma creativa modos personales y únicos de ser mujer, madre y trabajadora. Son mujeres que sufren una tensión constante entre lo aprendido (exigido por un supe-
 ryo y un Ideal del yo que pugnan por imponerse) y lo que desean adquirir (representado por nuevos ideales en tensión con los anteriores), en un conflicto que nunca está exento de culpa. La función maternal de las jóvenes madres de entre treinta y cuarenta años está llena de interrogantes sobre su dedicación a los hijos y su entrega profesional, así como sobre la difícil integración de una y otra. La sensación de ser siempre insuficientes en todos y cada uno de los roles que ejecutan es fuente de un profundo malestar y de sentimientos de culpa.

Sin embargo, en el extremo opuesto a este, otro amplio grupo de mujeres ha adoptado sin interrogarlos los modos de la masculinidad más convencional, masculinizándose, es decir, incorporando los valores convencionales de la Masculinidad hegemónica (MH), una asimilación que se observa tanto en el espacio público como en el privado. Esto es, enfrentadas a la crisis de los modelos que regían para ambos géneros, su identidad ha incorporado miméticamente el modelo masculino, mucho más afín y productivo para el mundo laboral y para las relaciones sociales que impone el neoliberalismo y el mercado: importancia extrema del logro, desapego y fácil deslocalización, entre otras exigencias.

Veamos algunos ejemplos que, aunque parezcan anecdóticos, son un síntoma de la masculinización que intentamos analizar aquí.

En el espacio público se han normalizado las *despedidas de solteras* en las que las jóvenes amigas de la novia festejan del mismo modo zafio e hipersexualizado que lo hacían los hombres la entrada de esta en el matrimonio y en una “fidelidad”, al menos contractual, que parece justificar el cariz sexual de una fiesta que se supone sirve de despedida de la libertad anterior. De ahí que se alquilen los correspondientes boys, con sus chistes eróticos y su parafernalia hipermasculina, sin modificar una coma de los espectáculos a los que nos tenía acostumbrados las despedidas de solteros de los jóvenes⁶, excepto el sexo de las participantes y del chico que les brinda el espectáculo erótico. En mi artículo, *¿Libres para imitarlos?*⁷, hago una crítica de esta adopción imitativa y en absoluto creativa de los modos masculinos de celebración, de los ritos de paso, por parte de amplios grupos de chicas.

Cuando conversamos con estas jóvenes *masculinizadas*, observamos que confunden los comportamientos que antes eran exclusivo patrimonio de los hombres, pues estaban penalizados en la socialización de las niñas —comportamientos como la desinhibición sexual explícita, por ejemplo—, con la libertad sexual y la igualdad entre los géneros. Ser iguales es para ellas convertirse en machitos, con los mismos defectos ancestrales que ellos. Esta tendencia llega al cine en forma de comedias como *Una noche sin control*⁸, de Lucia Aniello, o a series de televisión como *Girls*⁹ o *Euphoria*¹⁰, donde

⁶ <https://www.youtube.com/watch?v=WM7UiDiDAKQ>, video de despedidas de solteros y solteras.

⁷ <https://tribunafeminista.elplural.com/2019/02/libres-para-imitarlos/>, ¿Libres para imitarlos?

⁸ <https://www.filmaffinity.com/es/film531640.html>, Una noche sin control.

⁹ *Girls*, 2012, autores: [Lena Dunham](#), [Judd Apatow](#), [Jenni Konner](#), [Lesley Arfin](#), [Murray Miller](#), [Sarah Heyward](#), [Bruce Eric Kaplan](#), Moivistar +.

¹⁰ *Euphoria*, 2019, Sam Levinson, HBO.

mujeres adolescentes y jóvenes repiten los modelos masculinos sin interrogarlos. Los stripper, la promiscuidad sin reflexión, o una iniciativa sexual tan insensible y procaz como la que era patrimonio de los varones –tan criticada por un cierto feminismo y por muchas mujeres, como veremos– se muestran como un signo de libertad, como sinónimo de igualdad, ya que, como afirman las propias adolescentes: ¿si ellos pueden hacerlo, por qué no yo?

Esta igualdad mimética tiene sus defensoras teóricas, que califican a quienes la cuestionan como inquisidoras y puritanas¹¹, pues una característica de la masculinidad que copian es la ausencia de reflexividad, la exculpación y la proyección defensivas. En el mismo sentido de esta masculinización, esta vez entre las mujeres adultas, el turismo sexual se extiende en los países desarrollados¹², donde se organizan viajes organizados para tal fin, tanto en África como en Latinoamérica, tal y como antes era frecuente que hiciesen los hombres en Cuba o en Tailandia. El fenómeno ha sido tratado por el director austríaco Ulrich Seidel en una excelente película, *Amor*¹³, que forma parte de su trilogía, *Paraíso*. El turismo sexual de las mujeres maduras nos indica que cuando se tiene poder económico e independencia, y no se está asistido por un necesario pensamiento crítico, la igualdad puede convertirse para amplios grupos de mujeres en la imitación de las peores costumbres de los varones, sin interrogar ni cuestionar si merece la pena adoptarlas. Cosificar al otro, comprar sus servicios sexuales, es algo a lo que la lucha por la igualdad iniciada por las mujeres a mediados de los años 60 se

ha opuesto desde su inicio. No obstante, como un tímido resto distintivo, que nos habla de la diferente educación sentimental que recibieron los hombres y mujeres que hoy tienen entre cincuenta y sesenta años, las mujeres que optan por este tipo de turismo parece que necesitan que los jóvenes a los que pagan finjan amor, fingimiento al que los jóvenes contratados se prestan.

También el cine brasileño ha representado a la mujer madura y adinerada que contrata a un gigoló en *Doña Clara*¹⁴, protagonizada por la actriz Sonia Braga. En sus reuniones de café, las amigas se pasan el teléfono del hermoso joven que presta sus servicios sexuales de forma elegante y discreta. Una prostitución de lujo como a la que antes tenían acceso los hombres. La representación de esta práctica que Doña Clara, la protagonista del film, adopta, está exenta de cualquier tipo de juicio moral por parte de su entorno más íntimo y, aparentemente, del director del film.

No obstante, el consumo de prostitución masculina por parte de mujeres es muy bajo, por no decir insignificante, si bien existen web para reclutar a gigolós¹⁵ o chicos de compañía, pues el mercado no deja nicho alguno sin explotar. Si lo traemos aquí es como un ejemplo de ese mimetismo, de la homogenización con hábitos masculinos que es una tendencia.

Mucho más peligrosos, por mayoritarios, parecen ser los modos que han adquirido los ritua-

¹¹ https://www.elespanol.com/cultura/20181006/loola-perez-violaron-no-malestar-fantasias-violacion/343216887_0.html
Loola Pérez

¹² <https://elordenmundial.com/rumbo-al-sur-el-turismo-sexual-de-las-mujeres/> Rumbo al sur, el turismo sexual de las mujeres.

¹³ <https://www.filmaffinity.com/es/film605225.html>, Amor, Ulrich Seidel.

¹⁴ Doña Clara, dirigida por Kleber Mendonça Filho en 2016.

¹⁵ <https://www.solo-para-mujeres.com/formar-parte/>
<https://www.placerparamujeres.es/hombres-de-compania/>
Solo-para-mujeres. Com

les de conquista actuales, ya que modifican sutilmente las identidades de los jóvenes y la sexualidad misma.

Como he analizado ampliamente en algunos artículos, nos encontramos con una forma de búsqueda de relaciones sexuales y afectivas que he denominado *el Modelo Tinder*¹⁶, una forma de protocolizar las relaciones calcada de la masculinidad hegemónica, donde se abandona la afectividad en favor de un sexo sin compromiso; modelo que se ha exportado a las mujeres, que lo adoptan con poca resistencia, haciendo gala de esa plasticidad que tanto nos caracteriza.

El *Modelo Tinder* tiene sus detractoras, que nos advierten que practicarlo sin más no es sino proporcionar a los hombres un tipo de sexualidad coital y poco atenta a las necesidades de las mujeres; sexualidad que el patriarcado ya venía proponiendo desde la revolución sexual de los 60 disfrazándola de liberación, pero sin atender a las necesidades afectivas de las mujeres que hicieron esa misma revolución. Quienes lo defienden¹⁷, reivindican una igualdad hombre-mujer en cuanto al tipo de deseo, afirmando que las mujeres también quieren y pueden gozar de una sexualidad sin afectividad, y tildando de puritanas a quienes interrogan el modelo de sexo sin afecto.

Sin embargo, no se trata de esto. No se trata de que algunas jóvenes puedan estar cómodas con este modo de encuentros que privilegian la relación sexual rápida y sin conocimiento del

otro, sino que ese único modelo se instituya como un imperativo cultural para estar en él, llamémosle, “mercado afectivo-sexual”. Un mercado donde no hay reconocimiento intersubjetivo, sino un uso del otro como función, reificándolo, cosificándolo como si se tratase un producto a consumir¹⁸.

Es por esto las detractoras del *Modelo Tinder* crecen a medida que las jóvenes descubren la cosificación que supone para ambos miembros de la eventual pareja mantenerse enganchados a un dispositivo que pone a su disposición un supermercado de ofertas inabarcables. Entre sus detractoras más lúcidas se encuentra la periodista y ensayista Judith Duportail¹⁹, quien en un reciente artículo afirmaba lo siguiente²⁰:

Es urgente que nos neguemos a la separación forzosa del sexo y las emociones e inventemos nuevas maneras de conectar. Levantar la cabeza del teléfono móvil es levantar la cabeza, sin más.

Como bien pueden imaginar quienes han seguido mis trabajos, no se trata de oponer ninguna objeción moral, sino de denunciar la negación de las necesidades erótico-afectivas de las mujeres que este tipo de aplicaciones trae consigo, o bien, para las más adaptadas, la asunción sin cortapisas de un modelo de relación mercantilizado, basado en la incorporación

¹⁶ https://www.infolibre.es/noticias/opinion/plaza_publica/2018/10/15/el_modelo_tinder_mayo_del_68_87675_2003.html El Modelo Tinder y mayo del 68.

¹⁷ <https://cxt.es/es/20180606/Firmas/19986/follar-empatia-sexo-patriarcal-feminismo-Loola-Perez.htm>, Follar con empatía: otra lección puritana que se disfraza de feminismo, Loola Pérez. “Follar con empatía en el sexo casual es muy difícil e incluso cuando no se trata de un encuentro esporádico, la mayoría de los mortales no follamos para poner a prueba nuestras habilidades de empatía, comunicación y asertividad. ¿No suena esto sumamente ridículo?”

¹⁸ Aunque carezco de datos estadísticos, he recibido en la consulta algunas jóvenes que se mantienen vírgenes porque rechazan las formas de relación actuales. Más allá de las inhibiciones intrapsíquicas, es evidente que se protegen de unos intercambios que les producirían mucho dolor, pues temen con razón ser tratadas con menosprecio. El miedo al rechazo es también frecuente entre quienes usan la aplicación.

¹⁹ Duportail, Judith, El algoritmo del amor. Un viaje a las entrañas de Tinder, Contra, Barcelona, 2019.

²⁰ Amigos con derecho a roce, Judith Duportail, El País, <https://elpais.com/autor/judith-duportail/>

al mundo afectivo de los valores coste-beneficio que imperan en el mercado neoliberal, o bien ha señalado en sus libros²¹ Eva Illouz²².

Es preciso que las mujeres reflexionen sobre si sus necesidades y expectativas a la hora de encontrarse con el otro pasan o no por los rituales que exige Tinder, y que dejen de asumir sin más propuestas que siguen los modelos patriarcales y del mercado, que universalizan lo que era antes patrimonio de lo masculino. Esto no excluye que haya encuentros Tinder que deriven en relaciones estables de pareja, puesto que la aplicación se ha convertido en uno de los lugares más consultados para encontrarla, siendo utilizada por millones de personas en todo el mundo.

En el ámbito de lo privado la cuestión es también compleja, quizás más sutil, pues entramos en el territorio de lo interpersonal con todos los matices que precisa sumergirse en él.

Durante décadas se diferenciaba entre las características de género que se les atribuían tradicionalmente a las mujeres y a los hombres. En las primeras eran más frecuentes la autoinculpación, la capacidad de introyección (y mentalización), la reflexividad, la búsqueda de la afectividad por encima del mero encuentro sexual, el cuidado de las relaciones, o la respuesta depresiva (reflejo de la misma autoinculpación) ante la angustia, así como colocar el amor como sostén del narcisismo, por encima

del logro profesional. Mientras que en los hombres se manifestaba más la exculpación –la culpa es siempre del otro–, con la consiguiente proyección hacia afuera de lo malo, la falta de reflexividad que se vincula a lo anterior (alexitimia funcional), las actuaciones y adicciones como manejo de la angustia (la depresión quedaba encubierta bajo el alcoholismo o la conducta temeraria, por ejemplo, mucho más tolerables para la representación de la masculinidad que la vulnerabilidad depresiva) y el logro profesional como eje del narcisismo, por encima de las relaciones afectivas. Si bien ser un hombre era también, tener/poseer una mujer y una familia. Respecto a los diferentes modos de enfermar que una socialización y otra traía consigo, con exquisito sentido del humor, Luis Bonino, quien lleva décadas investigando sobre las masculinidades, afirmaba que, mientras que las mujeres sufrían malestares, los hombres provocaban “molestares”, dado que su tendencia a la exculpación hacía que su malestar siempre acabase fastidiando al otro y negando su propia participación en el conflicto. De ahí que las mujeres son aproximadamente dos veces más propensas que los hombres a sufrir depresión, y consuman más hipnosedantes²³, y a la inversa, que los hombres consuman el doble de alcohol que las mujeres y sean más propensos a las conductas de riesgo.

Sin embargo, hoy observamos una clara tendencia hacia una masculinización universalizada, expresada en la cada vez más frecuente ausencia en las jóvenes de los rasgos adscritos a la feminidad mencionados más arriba, y una

²¹ Illouz Eva, *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Katz editores, Buenos Aires, 2007

²² La sexualidad es ineludible: hoy el sexo precede al amor, Entrevista con Eva Illouz, *El País*,

https://elpais.com/cultura/2015/03/26/actualidad/1427384053_822164.html

²³ Un estudio de la Agència de Salut Pública de Barcelona, en colaboración con el Instituto de Salud Carlos III concluye que el 6,7% de los 7.942 hombres

entrevistados para este trabajo manifiesta un consumo de riesgo de alcohol. Para el grupo de mujeres (6.171), la cifra se reduce a la mitad, al 3,5%. El consumo recurrente de cánnabis también es casi cuatro veces superior en hombres que en mujeres (3,7% frente al 0,9%), mientras que en el caso de los hipnosedantes la situación se revierte y son las mujeres las que consumen casi el doble que los hombres (15% frente al 7,6%).

progresiva adquisición de los que eran más frecuentes en los varones. El resultado es que las adolescentes y jóvenes configuran identidades muy afines a las de la Masculinidad Hegemónica, produciéndose una progresiva homologación de las conductas y las subjetividades.

Pongamos un ejemplo: muchas jóvenes llegan a la consulta sostenidas en un mantra inamovible: *Yo soy así*, que funciona como una holo-frase, como significantes solidificados que no dejan lugar a la asociación ni a la introspección, tal y como sucedía a menudo con los pacientes masculinos. Al respecto, suelo decir, sin duda exagerando, que si Freud hubiese recibido a las mujeres jóvenes de hoy nunca hubiese descubierto el inconsciente, dada la escasa mentalización que presentan frente a la capacidad asociativa que manifestaba Anna O y de las burguesas y aristócratas pacientes del padre del psicoanálisis, en la Viena finisecular.

Las jóvenes de hoy se muestran reacias a la introspección, prefieren actuar, exculpar, consumir sustancias y eludir el conflicto intrapsíquico con actuaciones interminables, que las alejan de él. En la literatura, Luna Miguel, en su novela, *El funeral de Lolita*²⁴, representa a la perfección las defensas y estrategias que una joven milenial, la también llamada generación Y, pone en marcha para elaborar un duelo, tal y como expuse en mi reseña sobre su libro²⁵: comida, alcohol, movimiento. Es solo un ejemplo de este tipo de defensas cada vez más frecuentes.

Pero veamos qué sucede en las parejas heterosexuales actuales. Una pareja de jóvenes es un espacio donde se entrecruzan los esfuerzos de los chicos por abandonar la dominación y adiestrarse en la igualdad, y el esfuerzo de las chicas por no ser explotadas en lo doméstico y

evitar entrar en una dinámica donde se sienten “madres” de su parejas, en el sentido de tener que educarles en el terreno doméstico. El entrecruzamiento de las expectativas, conscientes e inconscientes de ambos producirá malentendidos frecuentes. A menudo, y con la mejor voluntad, el chico intentará adoptar las responsabilidades compartidas a pesar de su educación patriarcal, pero nunca alcanzará a hacerlo en la medida que se lo requiere la chica, y esta se verá obligada a “educarlo como un hijo”, nos dicen, al tiempo que este necesario tutelaje en la igualdad trae como consecuencia un involuntario descenso de la atracción que él le provoca. En mi obra teatral, *El sueldo*²⁶, exploré desde la comedia la relación de una mujer en la treintena cuya pareja está en paro, que inventa una fórmula para que él conserve ciertas actitudes de la masculinidad en la que ha sido educada, que la ausencia de independencia económica del hombre le impide realizar. La pareja se lleva bien, tiene una hija de cinco años que el hombre cuida con mayor dedicación que ella, al estar en casa y la madre trabajando. Pero ella echa de menos gestos masculinos que, si bien racionalmente puede reconocer su insustancialidad, no dejan de incomodarla y de disminuir su deseo hacia él. Gestos tan banales como que la invite a cenar de vez en cuando. Para ayudar a que él recupere su atractivo, perdido junto a su independencia económica, decide pagarle un sueldo acorde con las tareas domésticas que realiza, de manera que con él pueda conservar esos signos de virilidad que ella tanto echa de menos. Una graciosa solución que inspirada en la realidad de una paciente.

Las dificultades en la convivencia de los hombres y las mujeres en transición hacia modelos

²⁴ Miguel, Luna, *El funeral de Lolita*, Lumen, Barcelona, 2018.

²⁵ <https://www.infolibre.es/noticias/los-diablos-azules/2019/02/01/abanico-lecturas-nomadas-91407-1821.html>
Abanico de lecturas, Lola López Mondéjar, Infolibre, 1 de enero 2019.

²⁶ *El sueldo*, Lola López Mondéjar, microteatro. Pueden encontrar el texto íntegro en:
<http://www.lolamondejar.com/mialias.net/index.php/teatro/>

nuevos de masculinidad y feminidad se complican si a los problemas intersubjetivos como el que hemos expuesto arriba se unen los conflictos intrasubjetivos. Por ejemplo, imaginemos que el joven que intenta aprender responsabilidades compartidas es sensible a los reproches de su compañera porque le recuerdan los de una madre insatisfecha que nunca se mostró orgullosa de él, por lo que, en el conflicto actual con su pareja puede responder de forma desproporcionada a sus recriminaciones, con un inopinado enfado. Y, de parte de la joven, pensemos que la necesidad de reiterarle a su pareja sus obligaciones, obligaciones que él apenas puede identificar porque no ha sido educado en ellas, le produce un malestar cuyo origen no acierta a precisar, pero que vincula al menosprecio que su propio padre le hacía a su madre, que debía insistirle sobre ciertas tareas domésticas una y otra vez, lo que la niña vivió como humillante. Una dinámica que, ya adulta, tratará de evitar en su relación actual, por lo que, cada vez que tiene que repetírle sus tareas a su compañero, además del enfado de él, cae en un episodio de tristeza y desesperanza como el que la falta de armonía entre sus padres le producía, respondiendo de forma que tampoco se corresponde con el motivo *real*²⁷ del altercado.

Vemos cómo las interrelaciones entre los géneros en crisis son mucho más complejas que cuando los roles estaban muy claros y la violencia se ejercía mayormente contra la autonomía psíquica de la mujer, que se rebelaba con síntomas que los médicos del XIX y principios del XX llamaban histéricos.

La identidad sexual se adquiere mediante un complejo entrecruzamiento de identificaciones procedentes de los progenitores de ambos gé-

neros y de los adultos significativos, entrecruzamiento que cristaliza en una determinada configuración, siempre dinámica, pero que conserva las huellas y la historia de su formación. Abandonamos la bisexualidad original, y la bisexualidad de nuestras identificaciones, por amor a los padres; un amor que nos hace reprimir unos rasgos y acentuar otros, según los mandatos de los roles de género. La indicación de los progenitores, Eres un niño, o eres una niña, se convierte en una guía de conducta, en una identificación; identificación que está en consonancia, la mayoría de las veces, con nuestro sexo anatómico. Cuando la diferencia sexual anatómica se descubre, entre los dieciocho meses y los dos años, aproximadamente, la vagina y el pene solo servirán de confirmación, o se producirá su rechazo en los pocos casos en que no haya habido concordancia entre la identificación sexual y el sexo anatómico. En el 99, 9% de los casos, un niño se desprenderá de lo que se considera femenino para adecuarse a lo que la sociedad determina que es “masculino”, y otro tanto hará la niña con lo masculino, adhiriéndose a lo que se considera femenino. Si bien en el inconsciente convivirán siempre las identificaciones primeras cruzadas, y la primitiva bisexualidad.

Pero hoy aquellos roles de género que hasta el segundo tercio del siglo XX estaban bien definidos, están desdibujados; el perfil de lo que sea un hombre o una mujer se difumina y se abre a un abanico de posibilidades diversas que amplían el campo de los malentendidos a la hora de convivir en pareja.

En su afán por agradar a las mujeres con las que se relacionan, muchos hombres se dulcifican, se instruyen en el cuidado, mentalizan más, muestran sensibilidad y búsqueda de

²⁷ Bien sabemos que no existe nada que podamos calificar estrictamente como *real* en lo humano, sino que todo está

resignificado, transformado e interpretado a la luz de motivaciones inconscientes.

afecto, mostrando su vulnerabilidad, sin desprenderse de identificaciones femeninas (por cierto, procedentes del padre y de la madre, no olvidemos esto); y en el afán de no caer en las clásicas representaciones femeninas de sumisión y docilidad, muchas mujeres se identifican con rasgos de la masculinidad hegemónica: exculpación, proyección, dominación, falta de reflexividad, preocupación por el logro y promiscuidad sexual (por cierto, procedentes tal vez de la madre, y no solo del padre, o en ningún caso del padre; el inconsciente es así de complicado).

El problema al que asistimos cuando tratamos estas nuevas feminidades y masculinidades es el de las contradicciones intrapsíquicas que se encuentran tras ellas, la tensión que internamente producen y su articulación con las relaciones de pareja. Las mujeres niegan sus necesidades afectivas para adoptar un modelo masculino de funcionamiento sexual y social; los hombres no siempre pueden reconocer el esfuerzo que sus intentos de responder a las demandas de sus compañeras sentimentales les comporta, la vulnerabilidad que despierta, la feminización que advierten, a veces con placer, con temor y disfunciones sexuales otras. Para muchos varones, el encuentro sexual está lleno de incertidumbres sobre si darán o no la talla. Una talla que instituyen los modelos de una sexualidad pornográfica y ficticia, genitalizada e inventada en los montajes de las películas porno; así como el temor a que su pareja sexual tenga más experiencia que ellos mismos. El saldo de estas amenazas puede muy bien ser la disfunción eréctil, que se ha incrementado

notablemente entre los hombres menores de cuarenta años.

Para las mujeres, por su parte, surge el temor a que tras el encuentro, esporádico o no, se produzca la desaparición del partenaire sexual, algo que se ha llamado *ghosting*. Para defenderse de esta situación de abandono tras la cita, las jóvenes se han especializado en lo que se ha dado en llamar *Síndrome Tinderella*²⁸: flirtear online y no realizar el encuentro presencial, puesto que conocen de antemano cómo este termina.

La mercantilización de la educación sentimental en la sociedad del capitalismo digital ha traído de la mano la instrumentalización del otro, que no es más que un producto entre los miles que se ofertan en las pantallas de nuestros móviles. Por otra parte, la educación pornográfica que se ofrece hoy a los jóvenes²⁹ ha introducido como modelo una sexualidad genital que apenas tiene en cuenta el erotismo y la seducción.

Se ha investigado cómo el consumo de pornografía produce profundos cambios en el organismo y en el psiquismo; la adicción a la dopamina³⁰ que estimula su visionado ha contribuido a que la educación sexual y afectiva de los niños y los jóvenes (que se inician en el consumo de porno a partir de los nueve años) sea eminentemente pornográfica y violenta. El modelo pornográfico de relación toma a la mujer como objeto del varón, mientras que el hombre se identifica momentánea y peligrosamente con la fantasía de invulnerabilidad, al mostrar en la pantalla un uso omnipotente del cuerpo propio y del otro. La violencia es un ingrediente cada vez más exigido en la representación pornográfica de la sexualidad, puesto que la adic-

²⁸ <https://www.mujerhoy.com/vivir/sexo-pareja/201801/20/tinder-ligar-sindrome-tinderella-mujeres-20180117150150.html> El placer de ligar o el síndrome Tinderella.

²⁹ Jon E. Illescas ha analizado ampliamente en su libro, *Educación tóxica. El imperio de las pantallas y la música dominante en niños y adolescentes*, El Viejo topo, Madrid, 2019, la educación que reciben los niños y jóvenes entre nuevo y dieciocho años, observando el predominio de los valores machistas tanto en la música que escuchan como en la

pornografía, que empiezan a consumir a partir de los nueve años.

³⁰ ¿Por qué se excitan? Lola López Mondéjar,

<http://www.laopiniondemurcia.es/opinion/2018/05/03/excitan/918855.html>

ción a la dopamina exige contenidos progresivamente más violentos para que esta alcance los niveles necesarios para obtener el mismo efecto que antes obtenían videos menos crueles. La pornografía produce adicción y tolerancia igual que las drogas, y se necesitan dosis la dopamina necesaria para un placer que se hace difícil de conseguir con su consumo excesivo. Además, el placer sexual se experimenta en la superficie, el interés por la realidad del cuerpo del otro disminuye y, con frecuencia, en los hombres que se masturban con porno, aparecen problemas de disfunción eréctil. En un estudio realizado en 2011 sobre la incidencia de disfunción eréctil en distintas edades³¹, se establecieron dos grupos; el de los “mayores” (entre 40 y 80 años, no educados en la pornografía) y los “jóvenes” (entre 18 y 40 años, la generación del porno rápido y de fácil acceso en Internet, sin esperas). En contra de lo esperado, la generación de edades entre los 18 y los 40 fue la que padecía un mayor porcentaje de disfunción eréctil. Algunos hombres comienzan a excitarse más y mejor con las pantallas que con sus parejas de carne y hueso.

Pero los efectos de la educación sexual pornográfica solo empiezan aquí, sus derivados se alargan hacia la relación entre los géneros en materia de cortejo y de expectativas.

He tenido pacientes que han sido abordadas por los chicos de manera abiertamente grosera, enarbolando una supuesta complicidad sexual que habla del imaginario que estos chicos tienen de lo que ellas esperan que ellos hagan. Aunque se equivocan. Sin embargo, muchas mujeres, en una nueva demostración de la plasticidad del ser humano, un nuevo síntoma de la facilidad con que nos amoldamos al deseo de los otros, son cómplices de la dinámica que se les impone para no quedar fuera

del mercado afectivo-sexual. No sin malestar, a veces poco identificado.

En un estudio efectuado por Cordelia Fine y Mark A. Elgar³² en el campus de distintas universidades de EEUU, se advirtió que en los encuentros esporádicos las chicas no conseguían el orgasmo (pues rara vez los chicos se ocupan de su placer), y tenían riesgos mayores que los hombres de ser abusadas o contraer enfermedades de transmisión sexual. A pesar de esta insatisfacción expresa, las chicas continúan buscando.

Un joven paciente adicto a las citas Tinder, que aseguraba que hasta la entrada en terapia no había pensado nunca en el placer de las chicas, que intercambiaba sin cesar, dado que tenía hasta cuatro encuentros distintos a la semana, me preguntó durante una sesión: *¿Por qué si yo no las tengo en cuenta, ellas me vuelven a llamar?*

Una interrogante que explora abiertamente la demanda negada de afecto que tienen las jóvenes; afecto que no se atreven a pedir abiertamente por miedo a ser consideradas pesadas, puritanas o antiguas y salir del marco que exige el mercado actual del amor; afecto que prefieren ocultar para responder a lo que el chico les propone. Por otra parte, tal y como observa Irene Meler³³:

Pero mostrarse en soledad no tiene el mismo sentido para una mujer joven que para un varón de edad semejante. Él puede ser percibido como un ser autónomo, mientras que ella exhibe una lastimosa carencia, un fracaso en la obtención de una compañía masculina que, en ese contexto, funciona como un fetiche. Esta es

31 [HTTPS://WWW.MDPI.COM/2076-328X/6/3/17/HTML](https://www.mdpi.com/2076-328X/6/3/17/HTML) IS INTERNET PORNOGRAPHY CAUSING SEXUAL DYSFUNCTIONS? A REVIEW WITH CLINICAL REPORTS.

32 Fine, Cordelia, Elgar, Mark A. *Hombres promiscuos, mujeres castas y otros mitos*. Revista Investigación y ciencia, nº 494, noviembre 2017.

33 Meler, irene, *Mujeres postmodernas: entre la tradición y el cambio*, El Psicoanalítico, número 7, octubre 2011, monográfico: ¡Mujeres!

una curiosa pervivencia del control social característico de la pre-modernidad, en el corazón del desierto postmoderno.

Para adaptarse a esta situación las jóvenes se contrarían, niegan sus emociones, se acomodan a las exigencias de un marco de relación que no ha tenido en cuenta la especificidad del deseo femenino. En muchas de ellas la adaptación ha sido exitosa, pero el modelo predominante es un modelo patriarcal, que separa la sexualidad del afecto y elude el reconocimiento intersubjetivo.

Para adaptarse a esta situación las jóvenes se contrarían, niegan sus emociones, se acomodan a las exigencias de un marco de relación que no ha tenido en cuenta la especificidad del deseo femenino. En muchas de ellas la adaptación ha sido exitosa, pero el modelo predominante es un modelo patriarcal, que separa la sexualidad del afecto y elude el reconocimiento intersubjetivo.

Si la relación se establece, los problemas son otros.

Para todos los grupos sociales, la promesa de felicidad de la sociedad posmoderna, neoliberal e individualista, en la que vivimos, está vinculada a la experiencia del amor romántico, que representa el éxito afectivo. Sin embargo, este amor romántico esperado no es más que una ficción, dado que se trata de un ideal que eleva a la categoría de amor la exaltación de las primeras etapas del enamoramiento (pasión erótica, proyección e invención del otro, novedad, intensidad emocional), de tal forma que, cuando en la pareja aparecen las primeras diferencias y los primeros conflictos, el ideal romántico se pone en entredicho y, en lugar de aceptar que el otro de la realidad no puede ser como el otro soñado, en lugar de explorar quién

es la persona que tenemos delante, se interroga el afecto mismo: si tenemos diferencias, discusiones, malentendidos, ha de ser porque esto que siento no es verdadero amor. El amor romántico, por supuesto, ha de estar exento de conflictos. Además, ahí afuera hay cientos de posibilidades de encontrarme con alguien con quien el ideal de amor inventado por el mercado, las canciones, la literatura o el cine, pueda hacerse realidad. De esta forma, las parejas no resisten los embates del conflicto que es consustancial en la construcción de un encuentro entre dos subjetividades, y se rompen. Según datos publicados por la oficina de estadística comunitaria, Eurostat, el 57,2 % de los enlaces terminan en divorcio y el aumento de personas que viven solas crece cada día en toda Europa. Es evidente que la cultura del individualismo no nos enseña a convivir como sujetos interdependientes, y que el engañoso ideal de amor romántico que hoy predomina no incluye el esfuerzo por aceptar la realidad del otro, lo que exigiría el verdadero reconocimiento intersubjetivo. El amor maduro o de largo recorrido es un trabajo de la voluntad que se opone tantas veces a la pulsión, un predominio del deseo de perseverar que se impone sobre la apetencia³⁴.

Las dificultades que hemos expuesto aquí, junto al ritmo de trabajo actual o la velocidad que imprimimos a la vida, que no deja tiempo para el cuidado de los afectos; la educación pornográfica que causa el abuso y adicción a la pornografía; así como la crisis de la masculinidad y una feminidad en procesos ambas de reinención, hacen complicado el encuentro entre los hombres y las mujeres, de manera que hoy, a pesar de encontrarnos en un clima liberal, se tienen menos relaciones sexuales

³⁴ Al analizar la naturaleza del amor y otras cuestiones relacionadas con este artículo he dedicado el libro de ensayo

sobre el que trabajo actualmente, *Involuntarios e invertebrados*, espero que de próxima aparición.

que hace treinta años³⁵, lo que no deja de ser una interesante paradoja.

Apenas una referencia a la pandemia del COVID 19 que estamos viviendo antes de dar por terminados, que no concluidos, estos apuntes.

Numerosos analistas aventuran importantes cambios en las relaciones afectivo-sexuales tras la crisis sanitaria que vivimos desde marzo de 2020; crisis cuyo final no estamos en condiciones de precisar. Para algunos analistas, la desconfianza hacia posibles contagios y el obligado distanciamiento social podrían traer de la mano el retorno a la pareja estable, supuestamente más segura. Pero no creo que sea así. De hecho, parece que entre los jóvenes menores de treinta y cinco años, el uso de las aplicaciones de citas aumentó³⁶ durante el confinamiento. También aumentó la duración de las conversaciones³⁷ por chat, lo que podría hacernos pensar en un mayor conocimiento de los interlocutores, que sería bienvenido. No lo sabemos aún.

Por último, creo que, más que hacia una masculinización de las chicas, adoptando modos de la masculinidad hegemónica, deberíamos caminar hacia una androginia psíquica de ambos géneros que estimo necesaria y fructífera, una posición subjetiva donde tanto hombres como mujeres integren el cuidado con la autonomía, la reflexividad con la asertividad, la libertad sexual con las necesidades de reconocimiento y

afecto, la feminización de los hombres en cuanto al acceso a una mayor reflexividad y preocupación por el cuidado, y la adquisición de las mujeres de mayor autonomía.

Surgen constantes llamados de atención sobre el hecho indiscutible de que se puede alcanzar el bienestar psíquico manteniendo lazos afectivos profundos donde quepa la intimidad, no solo con la expectativa de una vida en pareja. Una sólida red de amigos, el compromiso social, las relaciones presenciales y cercanas son fuentes de satisfacción y otorgan sentido a la vida humana. Somos seres cuya necesidad de los demás ha sido negada por el individualismo, poniendo en un amor-ficción todas las expectativas de una prometida felicidad³⁸.

Sin embargo, este camino es largo, y las dificultades a las que se enfrentan los peregrinos, muchas. De ahí que apreciemos un constante aumento de las familias monoparentales, o del creciente número de mujeres que renuncian a la maternidad, un refugio que evita la difícil confrontación con el otro a la que hemos brevemente aludido y, también, un modelo de consumo de bienes grato al sistema neoliberal e individualista que deberemos abandonar en el incierto mundo de cambios (climáticos, económicos, de modos de ocio y de relación) que nos espera en un futuro ya muy próximo.

Pero cualquier acercamiento al mundo de los afectos es siempre insuficiente. Sigamos, pues, pensando juntos.

³⁵ <https://www.bbc.com/mundo/vert-fut-39900429> Las razones por las que cada vez tenemos menos sexo.

³⁶ https://cronicaglobal.espanol.com/creacion/vida-tecky/uso-apps-ligar-se-dispara-entre-jovenes-pese-confinamiento_332193_102.html El uso de apps para ligar se dispara entre los jóvenes pese al confinamiento.

³⁷ <https://www.levante-emv.com/vida-y-estilo/tecnologia/2020/03/30/tinder-confinamiento-apps-citas->

reinventan/1995689.html El Tinder del confinamiento: las apps de citas se reinventan.

³⁸ El imperativo de la felicidad es otro de los pilares del capitalismo avanzado, un imperativo que, curiosamente, nos hace infelices. Pero esta es otra historia.



*Como se ve a lo largo del artículo, el uso de los vocablos “masculinización” y “feminización”, no hace referencia a ninguna esencia de lo masculino o femenino, sino a las características en las que se socializaba tradicionalmente a hombres y mujeres en el patriarcado y, primordialmente, en Occidente. Características que tienen una génesis histórica, por tanto modificable.

**También quiero hacer notar que en este caso, solo me refiero a las relaciones heterosexuales.

*****Sobre la autora:**

Lola López Mondéjar es psicoanalista y escritora. Últimas novelas publicadas: Mi amor desgraciado, La primera vez que no te quiero, Cada noche, cada noche (todas ellas en Siruela). Los libros de relatos: Lazos de sangre y Qué mundo tan maravilloso (Editorial Páginas de Espuma) y los ensayos, Una espina en la carne. Psicoanálisis y creatividad (Psimática) y Si digo agua, ¿beberé? Literatura y psicoanálisis (Grupo5 editorial), así como numerosos capítulos de volúmenes colectivos. Ha publicado artículos en los diarios: Infolibre, eldiario.es, La Opinión, Tribuna feminista, El País digital; y en las revistas especializadas: El psicoanalítico, Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, Aperturas Psicoanalíticas y Revista del Centro Psicoanalítico de Madrid, entre otras. En la actualidad prepara un libro de ensayo sobre la individualidad en el Antropoceno.

3.2 **NI NEURÓTICOS NI PSICÓTICOS: SOLTEROS. EL FIN DE LA MASCULINIDAD EN EL SIGLO XXI. POR LUCIANO LUTEREAU***

En estos días una noticia ha conmovido al mundo. La Organización Mundial de la Salud (OMS) –según han informado diferentes medios– incluyó a las personas que no forman una relación de pareja en el grupo de los “infértiles”. El fundamento de la decisión radica en la buena intención de ampliar derechos, esto es, que aquellas personas que no pueden procrear por motivos biológicos puedan acceder igualmente a la fertilización *in vitro*. No obstante, como suele ocurrir con las buenas intenciones, pueden producir un efecto sorpresivo. En este caso, la conclusión que se desprende casi de manera literal a partir de la sanción es afirmar que ser soltero es una discapacidad!

Llegados a este punto, podríamos preguntarnos, ese revés que expone la declaración de la OMS, ¿no impone pensar que puede haber algo sintomático en la soltería? Cuando digo “sintomático” no me refiero a algo patológico en sentido estricto, sino a un uso amplio de la palabra, es decir, como sinónimo de “conflictivo”. Un síntoma es un modo de resolver un conflicto y, a veces, hasta puede ser lo más sano que alguien hace en cierta circunstancia. Por ejemplo, así como una noche de fiebre intensa es parte –en algunos casos– del proceso del restablecimiento del cuerpo, un síntoma psíquico puede ser la mejor manera de atravesar un conflicto que, hasta ese momento, permanecía mudo. Esto vale tanto para fenómenos cotidianos de la vida de un niño, como cuando llama la atención de sus padres y, para el caso, les devuelve un mensaje que invierte su expectativa –recuerdo a esa madre que preparó a su hija para un examen durante una semana entera y esta reprobó en el tema más evidente y que era de mayor interés para la madre, ¿no alcanza esta situación para que el síntoma señale que, antes que de un déficit cognitivo, se trata de una pregunta (“¡Me lo hizo a propósito!”, dicen algunos) acerca de cómo hay cosas de su madre que esa niña se niega (porque no puede o no quiere) a escuchar?–; pero también vale para la vida de todo adulto, como le

ocurre a ese varón que se pone celoso cuando empieza a sentirse enamorado. Aquí los celos no son algo patológico sin más, un error que deba ser erradicado sin más, sino la oportunidad de una interpretación que sobre todo cambie la vida de quien ama. Es esta la diferencia entre síntoma y problema, según la cual este último se resuelve objetivamente, dado que requiere una solución que le ponga término en la realidad, mientras que los síntomas llevan a que cambiemos nosotros, para que la realidad pueda cambiar después. Si yo soy celoso, puedo alejarme de la mujer que amo para no sentirme así; puedo ponerme posesivo y arruinar la relación; y así muchas más reacciones que evidencian tratar mi síntoma como si fuera un problema. Ahora bien, si me decido a analizar mis celos, aprenderé seguramente a vivir el amor de una forma diferente, con menos dependencia y temor. No se trata, entonces, de que mi síntoma tenga que ser eliminado, sino de que lo atraviese para que lo más profundo de mí ser tenga otra chance de vivir. Seguramente no dejaré de ser celoso, pero sí podré evitar actuar mis celos –despejar las infinitas suposiciones a que me llevan, las malas intenciones que no puedo dejar de atribuir y otros condimentos que cualquier celoso conoce– para no dañar al otro ni echar a perder una relación por inseguridad. Volvamos a nuestro soltero.

En cierta ocasión Jacques Lacan se refirió a la “ética del soltero” (a partir de un comentario al escritor Henri de Montherlant y su novela *Los solteros*): soltero no es quien no tiene pareja formal (marido o esposa), un soltero no es alguien a quien le falte la pareja, sino aquel que rechaza que su lazo con otro pueda ser el de una pareja. Ser soltero es más bien una actitud psíquica y, por lo tanto, alguien puede estar casado legalmente y portarse como un soltero –por ejemplo, cuando evita hablar de su pareja en público–, tanto como puede haber quien no tenga una relación regular ni conviva con otra personas, pero en sus encuentros ocasionales

no se niegue a la interpelación del otro, al compromiso que puede implicar el vínculo amoroso cuando no se trata al otro como un mero instrumento de placer personal. Soltero, entonces, es quien no quiere saber nada de un lazo que lo comprometa con otro. ¿No es lo que le pasa al celoso que mencioné en el párrafo anterior, que huye para evitar el conflicto y prefiere la comodidad de estar tranquilo, quizá siempre en relaciones que solo se basan en la seducción? ¿No es el caso de aquellos varones que, hoy en día, dicen “No busco nada serio”? Me interesa que Lacan habla de una “ética” para referirse al soltero, porque sin duda tiene que ver con una forma de posicionarse y de actuar. Ser soltero no es un estado civil, sino un modo de andar en la vida y de relacionarse con los demás. Por eso al principio calificué de paradoja el resultado de la noticia de la OMS: no creo que los solteros sean discapacitados, sino que son personas que eligieron un modo de vida basado en desconocer el compromiso con el otro. Es claro que la OMS y yo no hablamos de las mismas personas, sino que tomo esa noticia para partir de un síntoma social: la dificultad para formar vínculos amorosos duraderos.

“El soltero es el que se hace el chocolate solo”, dijo también Lacan en el seminario *El reverso del psicoanálisis*, esta vez con una alusión al artista Marcel Duchamp. Sin duda, de acuerdo con la metáfora culinaria, podríamos sostener con ironía que quien logra cocinar para uno solo es una persona que está gravemente enferma (¡lo digo en chiste! Como contrapunto a lo que antes dije que un síntoma no necesariamente es algo patológico). Es que al cocinar para uno solo siempre corroboramos una especie de “falta de proporción”: o bien no es suficiente o, por lo general, queda un resto. Entonces, ¡conflicto! Hay diversas formas de tratar ese resto conflictivo, ya sea ponerlo en el freezer, guardarlo en un tupper como almuerzo para el día siguiente, comerlo sin ganas tan solo para que no quede o no tirarlo. *Tan solo*. Y muchas personas hoy dan cuenta del profundo malestar que les causa cenar en soledad, ya sea porque lo hacen mientras miran televisión o están en la computadora, o parados junto a la mesa o directamente de la olla. Sin duda la soltería tiene un costo muy grande: “Cuando sos joven podés coquetear con las ganas de quedarte sola, porque siempre hay alguien en al-

guna parte, para visitar, para que venga a visitarte, si no estás con pareja, están los amigos, pero con los años la soledad ya no hace compañía”, me dijo hace poco una mujer que rondaba los 40 años

Ese resto conflictivo (“sobras” se lo llama a veces) que se produce en el momento de cocinar y comer, instituye la hipótesis de que el ser humano puede estar abierto al encuentro con el otro en el más trivial de los actos. En efecto, nadie cocina para sí mismo y como resto obtiene una paella. Nadie hace una orgía gastronómica cuando está solo, sino que reserva ese resto que invita a un otro o, mejor dicho, que hace del otro un invitado. No por nada muchos encuentros amorosos inician por la invitación a cenar.

La noticia de la OMS es inquietante. Nuestra época está obsesionada con hacer de las cuestiones sexuales un asunto de “salud”. La creciente normativización biopolítica a que esto conduce podría ser preocupante. Científicos y especialistas investigan las más diversas maneras de cercar el sexo: otra noticia reciente – basada en esas triviales investigaciones de científicos de Connecticut, Michigan, Massachusetts u otra ciudad norteamericana, que los portales matutinos replican– afirmaba que tener sexo durante la mañana estimula el ritmo cardíaco. Sin embargo, nadie se pregunta por qué en la sociedad actual mucha gente no tiene con quien compartir una cena. En este sentido el psicoanálisis es la única práctica que interroga a contrapelo los actos mínimos por los que alguien sufre en su vida cotidiana.

La comodidad ante todo

Es una queja habitual, en nuestros días, la denuncia de que los varones rehúyen los compromisos. No solo no quieren casarse, sino que marcan todo tipo de distancias con sus “parejas” (a las que incluso llaman “la chica con la que estoy saliendo”). Se ha pasado del nombre propio de la enamorada (que tanto costaba confesar) a la descripción definida: “la vecina del tercer piso” o “la amiga de la prima de un amigo”.

“Así estamos bien”, suelen decir los varones; o bien, ante el menor avance de ella: “No te confundas”, como si el deseo pudiera no implicar

una confusión, ese punto en que el encuentro sale del anonimato y se convierte en una relación. El varón de nuestro tiempo, en muchos casos, rechaza esta coyuntura, como si se hubiera apoderado de él una suerte de tabú del contacto. Por esta vía, actúa cierta posición cínica que no es más que un modo de conformismo narcisista. Se rechaza la interpelación del otro, se prefiere hacerse reconocer como deseante antes que realizar un deseo. Por eso a veces alcanza con la seducción virtual, con la galantería que no lleva al encuentro, que queda en el mero flirteo.

Eventualmente, se puede permanecer en esta actitud durante mucho tiempo. Era el caso de un muchacho al que, en cierta ocasión, le pregunté: “¿Cómo se llama la chica con la que estás saliendo *hace un año*?”. Sin embargo, mi pregunta no lo incomodó. El soltero contemporáneo es impermeable al tiempo y sus efectos, esa incidencia del factor temporal que en psicoanálisis llamamos “castración”.¹ De este modo, la ética del soltero es la de quien nada quiere saber de la castración, es decir, de la pérdida que constituye el erotismo. Si alguien no está dispuesto a perder, tampoco podrá amar mucho. Porque ¿quién puede dudar de que el amor es una pérdida de tiempo? Los enamorados pierden tiempo cuando divagan mentalmente y piensan en quien aman en lugar de hacer las cosas que tendrían que hacer; pierden también dinero, ¿o no es común escuchar hoy en día que muchos varones evalúan las salidas con mujeres como un “gasto”? El soltero, en cambio, prefiere mantenerse —de acuerdo con el título de un libro de Eva Illouz—

en una “intimidad congelada”,² a veces capturada en un perfil de red social, en el que todas las posibilidades son virtuales y, por lo tanto, ninguna se efectiviza.

Recuerdo otro caso. El de un muchacho que me hablaba de una conferencia de Michel Foucault sobre la muerte del autor. Realizaba toda una explicación intelectual sobre el sujeto en la modernidad y el yo posmoderno confundido con el murmullo anónimo del lenguaje. Le dije que esa “confusión” bien podía justificar la cobardía: firmar algo siempre tiene un costo. Se rió y recordó haberme dicho antes que, para él, el matrimonio no era más que una firma. Sin embargo, había que ir a firmar... Quedó tocado y continuó: tenía la fantasía de que formalizar el vínculo con su “chica”. Me reí de que también la llamara “compañera”; entonces le dije que compañía se hacían los pájaros. Él entendió que yo había dicho: “los pajeros”. En fin, si formalizaba la relación ya nada sería igual y, por cierto, no lo sería. Se lo confirmé.

“Firmar como novio”, dijo, y se rió nuevamente al pensar que esta era una función vacía. “Es ir a poner la cara en las reuniones, estar para la foto, hacer el papel de boludo”. Yo escuché otra cosa y le dije que, en su caso, era también una manera de evitar la fantasía de ser engañado. Solo a los novios se les mete los cuernos. “Oh sí, estoy mirando a tu novia ¿y qué?”, le canté (una canción de Babasónicos). Y, por unos segundos, con esa irre realidad instantánea que a veces tienen las sesiones de psicoanálisis, cantamos juntos.

¹ La idea de castración tiene muchos sentidos en psicoanálisis. A lo largo del libro iré desplegando algunos de ellos. Desde ya que no es una noción que se deba entender en sentido literal; por ejemplo, en este párrafo quiere decir algo bastante sencillo: que el tiempo nos condiciona, que neuróticos son aquellos que viven en la fantasía porque en esta no hay tiempo, es decir, siempre es posible hacer tal o cual cosa, con solo quererlo; por eso también podría decirse que neurótico es quien vive aferrado a posibilidades, a mundos posibles, mientras que el tiempo es real, porque nos muestra que a veces queremos ciertas cosas, pero aun así se fue el tren, como le ocurre al muchacho obsesivo que piensa con llamar a

su ex para decirle que la ama y, en efecto, lo hace, pero dos años después, cuando ella ya está en pareja con otro y le dice: “¿Cómo puede ser que me lo digas ahora? ¿Sabés el tiempo que te estuve esperando?”. No quiere decir esto que lo adecuado sería que alguien actúe en el tiempo preciso, porque justamente no hay nada más obsesivo que esperar el tiempo oportuno. Como canta Jorge Drexler en su canción *Inoportuna*: “¿Quién sabe cuándo es el momento de decir ‘ahora’?”. En definitiva, en un análisis se aprende a actuar con cierta prisa, al menos para que no sea demasiado tarde.

² Eva Illouz, *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires, Katz, 2007.

Luego se acordó del famoso chiste en que una chica dice que tiene novio y el seductor responde “No soy celoso”. “No autorizarse a ser el novio para evitar los celos”, le dije.

No obstante, ¿no se trata de que todo varón condescienda a ser un poco cornudo para ser el hombre de una mujer? En un viejo seminario de 1996, pero aún de mucha actualidad, Philippe Julien recordaba que ya el escritor François Rabelais, en el siglo XVI, decía: “Toda mujer, aunque estuviera en cierto modo satisfecha sexualmente por el hombre, siempre está como en otro lugar”. Lo interesante es que Rabelais llama a esta actitud “*coquage*” (de acuerdo con el tesoro de la lengua francesa: “poner los cuernos”). En definitiva, la puesta de cuernos es un rasgo inevitable del matrimonio, que nombra más bien que a una mujer no se la puede poseer (¡cuántos casos de feminicidios se explican por ese deseo de posesión!), no se la puede tener “toda” (¡el pobre varón paga con celos esa impotencia!), salvo que se la tenga como perdida; pero ¿qué significa “perder a una mujer”?

Las mujeres son del padre

En su libro *Tótem y tabú*, Freud propuso un mito originario de la civilización: en una época primitiva, habría habido un padre que poseía a todas las mujeres a costa de los hijos. Fue duramente criticado desde diferentes sectores: filósofos, antropólogos, y aún hoy ciertos sociólogos se burlan del padre del psicoanálisis. Sin embargo, Freud jamás quiso reconstruir un momento históricamente verdadero. En todo caso, el mito freudiano es una suposición presente en la fantasía de todo varón. Detengámonos en el contenido de esta ficción.

La idea de que habría habido un momento primitivo en que el padre gozaba de todas las mujeres, y que solo tras la muerte del padre, los hermanos se reconocieron como tales, en un pacto que recuperaba (a través de la culpa internalizada) la posibilidad de un lazo, esta vez entre semejantes, es algo que se desprende de situaciones concretas. Es el caso, por ejemplo, de todo varón que vacila ante la más nimia (y, por eso mismo, crucial) de las decisiones: la de ponerse de novio o establecer una pareja.

¿Cuántas veces he escuchado a varones ofrecer los más diversos argumentos para evitar dar ese paso? Porque “si me pongo de novio, entonces no voy a poder salir con otras mujeres”, decía un muchacho, para quien la fidelidad no era (sus dichos lo demostraban) una imposición abstracta (un ideal social) sino una consecuencia ética de su acto, por lo tanto, mejor mantenerse un paso detrás de esa implicación y declararse “poliamoroso”, pero de una forma particular: hacer del poliamor un modo de pedirle al otro que le permita (casi un pedido de permiso) tener otros vínculos. O bien, el caso de otro joven que sufría esta coyuntura con una encrucijada que podría ser típica (en la neurosis obsesiva): al ponerse de novio y visitar por primera vez la casa familiar de su pareja, siempre —y en esa fatalidad se reconoce el síntoma, el retorno de un conflicto no resuelto— se encontraba con que le gustaba también la hermana de su novia. Podría haber sido una amiga, o una prima, o cualquier otra mujer que sirva a los fines de expresar el desgarramiento del ser moral que impone una decisión de este tenor.

Por eso muchos varones de nuestro tiempo directamente optan por ahorrarse el conflicto. Y valga la metáfora del ahorro para denotar el carácter avaro de esta posición. Realizan lo que llamo una “regresión al erotismo anal” —basado en la retención y en no querer perder nada— que los deja en una actitud especulativa y calculadora. Pueden parecer grandes seductores, pero son dosificadores de un amor que se da con cuentagotas. Dan lo (poco) que tienen, cuando el amor es dar aquello que falta. Quien da lo que (le) sobra, no ama; que solo ama quien da lo que (le) falta es obvio si pensamos en que, en última instancia, quien ama se da a sí mismo o, como dice la canción de Sui Generis: “No pido nada a cambio de darte, lo poco que tengo, mi vida y mis sueños”.

Por lo tanto, ¿qué posición para estos varones retentivos? Lo diré así: no pueden perder la fantasía de un padre al que le dejan las mujeres, porque elegir una mujer podría ser quitársela. Pueden incluso estar identificados con ese padre que las posee a todas, pero tenerlas a todas es lo mismo que estar con ninguna. Esto que parece abstracto se puede ilustrar con una figura de nuestro tiempo que bien podría ser la de Hugh Hefner y su ejército de conejitas de

Playboy, es decir, un hombre mayor que de lo único que puede gozar es de su impotencia. ¿Por qué digo que permanece impotente quien no realiza el acto parricida de quitarle una mujer al padre? Porque permanece en una actitud contemplativa, es decir, pasiva; y si bien la impotencia de la que hablo es eminentemente psíquica, lo cierto es que las consultas por impotencia (física) se han multiplicado en los últimos años.

“Estoy mirando”, dicen muchos de los potenciales clientes de negocios y vidrieras. “Estoy mirando”, dicen muchos de los varones de nuestro siglo que prefieren la posición del espectador (por ejemplo, en las redes sociales y aplicaciones de chat) antes que el acto. El varón pasivizado mira y no toca, no se anima al acto parricida de competir con el padre. En otro lugar volveré sobre la importancia de la fantasía parricida como resorte fundamental de la masculinidad; aquí me refiero a la fantasía inconsciente basada en la suposición de un padre que sería el que goza de todas las mujeres.³

Sin embargo, ¿no es el psicoanálisis la experiencia que enseña que sólo se tiene una mujer cuando se la pierde? Ya antes dije que todo marido es un poco cornudo, ahora podríamos bromear y decir que una mujer se casa con un hombre, a condición de que este acepte que ella ama a otro (sea que lo llamemos Serrat, Sabina, Sandro, y para cada letra tendríamos un nombre propio). ¡Todas las mujeres son de

Serrat! Ya lo sabía Fabián Casas cuando escribió en *Ensayos bonsai*: “A mí me gusta Serrat. A mi mamá también le gusta Serrat y me lo hizo escuchar infinidad de veces”. Esta fantasía es la que subtiende muchos de los celos del varón actual, cuya resolución puede entenderse con esta referencia a lo materno.

Porque, ¿desde dónde ama una mujer a estos hombres ejemplares? Por lo general, desde un punto de vista maternal. La adoración por el ídolo no expone más que una actitud tierna. Además, las mujeres siempre nos son infieles con los hijos. Este es un aspecto estructural que el varón de nuestro tiempo rechaza: perder la mujer en favor de los hijos. Por eso no pocos problemas conyugales de nuestro tiempo se desencadenan con el acceso de la descendencia, como ocurre sobre todo con padres celosos de sus hijos que no pueden dejar de hacer reclamos sexuales que desconocen el puerperio. No por nada cada vez más varones deciden no tener hijos. Esta decisión encubre muchas veces los celos y el miedo a la infidelidad de la mujer, que cuando se la teme con otro varón es porque esconde que ella, como madre, siempre relega al marido a un lugar secundario en escala de importancia. Así me lo dijo una vez un paciente: “Es muy fuerte ser padre, ahí te das cuenta de que sos la segunda persona más importante para tu mujer”. Me acuerdo que le respondí: “No me gusta contradecir a los optimistas”.

³ Resumo el hilo argumentativo de estos párrafos con esta pregunta: ¿por qué los varones son celosos de las mujeres? No es claro decir que es porque el deseo es posesivo, ya que la pregunta se desplazaría: ¿cómo los varones llegan a tener un deseo posesivo? Decir que es porque vivimos en una sociedad patriarcal, es decir, alegar un determinismo cultural tiene el problema de que podría objetarse que la cosa es al revés: que es por los deseos que tenemos que vivimos en una sociedad determinada. ¿Qué viene primero, el deseo o lo social? Pero ¿qué deseo no es social? Por lo tanto, dar cuenta de lo social es explicar los deseos y por eso el psicoanálisis es también una psicología social. Es lo que Freud desarrolla en el mito que vengo comentando, donde explica que los primeros celos del varón son hacia el padre, hacia el deseo del padre que los excluye: un hijo es quien tiene celos de ese otro varón que es el padre, con cuyo deseo se identifica y, por lo tanto, solo con el costo

de ser pasivizado es que puede ser deseado por el padre; así surge el parricidio y la culpa, porque no puede haber duelo por alguien cuyo deseo se deseaba, solo culpa e identificación narcisista: así el varón empieza a desear a las mujeres, con el deseo del padre, y al desearlas se juega una contradicción: con ese deseo verifica el parricidio (y la culpa, por eso los celosos suelen pedir perdón después de sus escenas o sentirse avergonzados), pero lo necesita para recuperar al padre (por eso el varón busca en la mujer al padre, que puede ser el de ella con el que competir; o, de otro modo: una mujer es lo que media entre un varón y otro varón). Los varones son posesivos, entonces, por esa raíz homoerótica que es la relación con el padre (por eso es incompleta la hipótesis tradicional que atribuye una homosexualidad latente al celoso): en los celos de un varón se trata de la pasividad (que solo puede ser con el padre), de decir “El padre es mío” a través de la pasivización de la mujer.

ψψψψψψψψψ

***Sobre el autor:**

Luciano Lutereau es psicoanalista, doctor en Psicología y Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Este artículo es un fragmento de su próximo libro *El fin de la masculinidad. Cómo amar en el siglo XXI*, que concluye la serie iniciada por *Más crianza, menos terapia* (2018) y *Esos raros adolescentes nuevos* (2019).

4 CINE Y PSICOANÁLISIS

4.1 DEL SER AL HACER... PARA VOLVER A SER. POR DANIEL O. ANTAR* Y MELINA RIGONI**

Femenino, masculino. Dos adjetivos que sustantivados desafían la condición biológica, esa que se deberá carear con lo que de específico tiene el mamífero humano: la subjetividad. Esa que lo remite a una dialéctica sin fin: la de lo somático y lo psíquico, que no es tan sólo biografía personal, sino asimismo, transgeneracional.

Si ello es así, hablar de masculinidades, como lo hace la propuesta temática de AECPPA para su revista *En clave psicoanalítica*, será tan válido como hablar de feminidades. Y nosotros recogemos ese guante de pluralización, que ostensiblemente desafía toda una historia apropiadora del género. Desafío que ya cobró valor desde la acuñación freudiana de la sexualidad humana como *psicosexualidad*. Ser hombre, ser mujer, a partir del psicoanálisis ya no son categorías signadas por el sello biológico sino fundamentalmente por las vicisitudes de la identificación; vicisitudes irreductibles de una persona a otra.

El cine, esa actividad tan propia del ser humano, como actividad mitopoyética, pone al alcance nuestro, y muchas de las veces con magistral arte, las vicisitudes de esa dialéctica entre el soma y la experiencia humana, es decir entre aquella biología y la tramitación diría, biográfica ampliada en lo transgeneracional. O sea, nos habla de ese campo sutil que nace en el soma que se va deslizando a un cuerpo de historia, de experiencias afectivas y de emociones encontradas. Nos traslada en fin a otro es-

cenario que es espacio erógeno, que es, siempre un espacio vincular. Pero valga subrayar que cuando hablamos de tramitación, no decimos historia sino más bien historización; es decir, lo que cada uno de nosotros hace con su historia...y claro está, con lo que ella “ha hecho” también de cada uno.

Citaremos al pasar tres vertientes de este arte, que pensamos vienen en nuestra ayuda a la hora de pensar estas cuestiones: los films *Rompecabezas*, de Natalia Smirnoff, y *Tomboy*, de Céline Sciamma, y por otro lado, la entrañable serie *Anne with an E*, de Niki Caro, basada en las novelas de *Anne of Green Gables*, de Lucy Maud Montgomery.

En *Rompecabezas*, en la magistral actuación de María Onetto, vemos a una mujer, María del Carmen, que trata de volver a reconstruir –en la alegoría del juego de puzzles- el identikit de su persona en el contexto de una generación que le ha impedido a la mujer singularizarse. Necesita a partir de su cumpleaños número cincuenta –puesta en crisis mediante-, reformular un modo de integración psíquica que ha perimido en la dirección de la búsqueda de su dicha personal. A su lado, vemos al mismo tiempo hacer lo mismo a Juan, su marido, luego del desconcierto que le producen los cambios de “su” mujer. Este, hasta allí estaba muy afianzado en una identidad masculina muy pertinente a una generación; un rol de “marido proveedor” que concibe a su compañera atada a los menesteres de la casa y los hijos. Vemos

así, al lado de la mutación que comienza a operarse en María del Carmen, una “masculinidad” en reformulación, que se desvanece en su afianzamiento y crece en una supuesta debilidad como efecto de un “ablandamiento afectivo” que le permite resituarse –mucho mejor– no solo frente a su compañera sino a su vida en general.

En *Tomboy* nos encontramos frente a la gran actuación de Zoé Héran, con una muchachita púber, Laure, refractaria a portar la identidad que su sexo de nacimiento le indica y cuyos padres hasta allí han sostenido. Entonces Laure, que recientemente ha arribado a un nuevo barrio, se presenta frente a los niños del lugar como un niño, llamado Michael. Pero no es tan fácil. Michael deberá enfrentarse a su marca biológica, hasta allí forzada al ocultamiento frente no tan sólo a sus coetáneos sino también a sus padres mismos. Lo que queda subrayado en este bello film, entre muchas otras cosas, es que lo “masculino” aparece como una opción de *ser en el mundo*, más allá de la condición biológica al nacer. La dificultad estriba en que Laure para ser Michael debe apelar a un “como sí” no tanto por su deseo como por el deseo del otro. Esto es, que se va operando un desplazamiento sutil donde Laure, debe ficcionar su dinámica emocional hacia una figuración que le permita sentir que es aceptada como tal. Ello lo podemos ver en la enternecedora y al mismo tiempo, cruda escena en que debe apela –para asistir a un paseo balneario– a un símil pene de plastilina por temor a la descalificación, ya acontecida en una escena anterior. Ese acto tierno y cruel, además, le permite identificarse con el género masculino en ese momento (así como en otro momento deja que Lisa lo maquille). Michael elige un camino de virilización, pero no desprecia el opuesto, sabe que la dinámica de lo masculino y lo femenino se puede transgredir todo el tiempo. Luego de nadar con sus nuevos amigos, y de medir su fuerza cuerpo a cuerpo en otro ritual viril, Michael guarda el pene de plastilina en la caja donde están sus dientes de leche. Un lugar donde

confluyen las cosas que deben caer, los vestigios de su identidad en proceso de metamorfosis.

Por último, en la serie *Anne with an E*, vemos a Anne, una muchacha en el amanecer de su adolescencia, ejemplarmente interpretada por la joven actriz, Amybeth McNulty, intentando a partir de ser adoptada por dos entrañables hermanos, que la rescatan de una sufrida y traumática orfandad, reconstruir su deseo de vida y de ser amada, en una suerte de resiliencia activa a favor de los derechos femeninos en el contexto de una sociedad victoriana que comienza a incubar muy débilmente el lugar de la mujer. Por lo que no será un detalle que se plantea al comienzo mismo de la serie, el hecho de que aquellos hermanos, tuvieran que sortear la contrariedad que supuso que en lugar de un muchacho, le entregaran a una joven.

También aquí vemos al hombre reformular su identidad masculina como pudiendo comenzar a ser otra cosa que ejercicio del sometimiento no sólo de la mujer sino de sus propias emociones; camino claramente funcional a una mujer, dispuesta a asumir una posición progresivamente activa, para cuestionar ese lugar de opresión y cosificación, como orden establecido y naturalizado.

En las tres propuestas podemos abreviar en la indicación de Donald W. Winnicott, acerca de la existencia de elementos femeninos y masculinos puros en ambos sexos. Dicha tesis resulta muy orientadora en el intento de vislumbrar más profundamente la compleja madeja de la cuestión en torno a la identidad de género. Donde más allá de la libre elección y de cómo ello dinámicamente se reconfigura con el avanzar de los tiempos, seguirá siendo tarea de los psicoanalistas discernir lo que en cada caso se juega y eventualmente se presenta como escenario de sufrimiento psíquico.

En relación a esta tesis, nos es muy útil tener presente la idea de que en términos emocionales la cuestión del *ser* parece estar arraigada

en el vínculo materno-filial temprano. Si ello es así, y si como advertía dicho autor “No hay nada que podamos llamar bebé”, cuando alude a la idea de que en ese momento temprano de “dependencia máxima” del bebé, no hay discriminación del estado de fusión con la madre, es claro que bien puede caber a este momento evolutivo un componente que deviene estructural: *lo femenino*. Luego, la salida de ello, pero con ello, o sea lo femenino, es el pasaje al *hacer*; actividad en que dicho autor, ve nacer al elemento masculino de la personalidad. Emergencia independiente, subrayamos una vez más, de la portación de sexo al nacer

Volviendo entonces a Tomboy, Laure a través de Michael busca un modo de hacer asentado

en una identificación desde donde poder “ser”. Esa identificación, no es otra cosa que un surco por donde desplegar al ser. Y de distinto modo, pero en la misma línea lo vemos en María del Carmen, en *Rompecabezas*, y en Anne, en *Anne with an E*, quienes en su búsqueda de restablecer algo del orden de su identidad, asumen un rol activo desde el *Hacer* por recuperar sus derechos...de *Ser*

En cualquier caso, se trate de hombre o mujer, lo que como psicoanalistas podemos decir que está en juego, es el recupero a través del formato imaginario eventual, de los espacios del *ser* y el *hacer* en una sinergia que dignifique la singularidad por la que procuramos la dicha



Bibliografía

Antar, Daniel Omar: Del montaje pulsional al vínculo, XXXVII Simposio anual de APDEBA “Lo inconsciente y lo pulsional en la clínica actual. Ecos de la metapsicología freudiana”, octubre, 2015.

- Dialogando con Ana Frank. Acerca de la adolescencia. Ed. Milá., Buenos Aires, 2014.
- Acerca de la felicidad. Del placer al bienestar. Ed. Letra Viva, Buenos Aires, 2020.
- Francoise, Doltó - La imagen inconsciente del cuerpo, Ed. Paidós, Barcelona, 1984.
- Freud, Sigmund: - Obras Completas, Ed. Amorrortu Editores.
- Winnicott, Donald W. - Realidad y Juego, Ed. Gedisa, Buenos Aires, 1972.



Sobre los autores:

*Daniel Omar Antar es psicólogo clínico con especialidad en niñez y adolescencia, miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina, coordinador de “Amigos de APA”; coordinador de la Sociedad Argentina de Cine y Psicoanálisis, autor de los libros: “Dialogando con Ana Frank. Acerca de la adolescencia.” Ed. Milá, Buenos Aires, 2014, y “cerca de la felicidad. Del placer al bienestar”. Ed. Letra Viva, Buenos Aires, 2020. Correo: danielomar.antar@gmail.com

****Melina Rigoni** es profesora especializada en discapacitados visuales y licenciada en psicología. Realizó un posgrado en psicoanálisis en el Centro Sigmund Freud de Estudios Psicoanalíticos. Trabajó como psicóloga en el Hogar Nuestra Señora del Valle, dependiente del Consejo Nacional de Niñez Adolescencia y Familia, y en consultorio particular. Actualmente se desempeña en la Escuela para niños, niñas y jóvenes con discapacidad visual Santa Cecilia.

También ha incursionado en el campo de la fotografía, siendo compiladora de “La infancia menos pensada”, un libro que reúne algunas de sus fotografías, publicado con motivo del 80º aniversario de la Escuela Santa Cecilia. Correo: melrigoni@gmail.com

